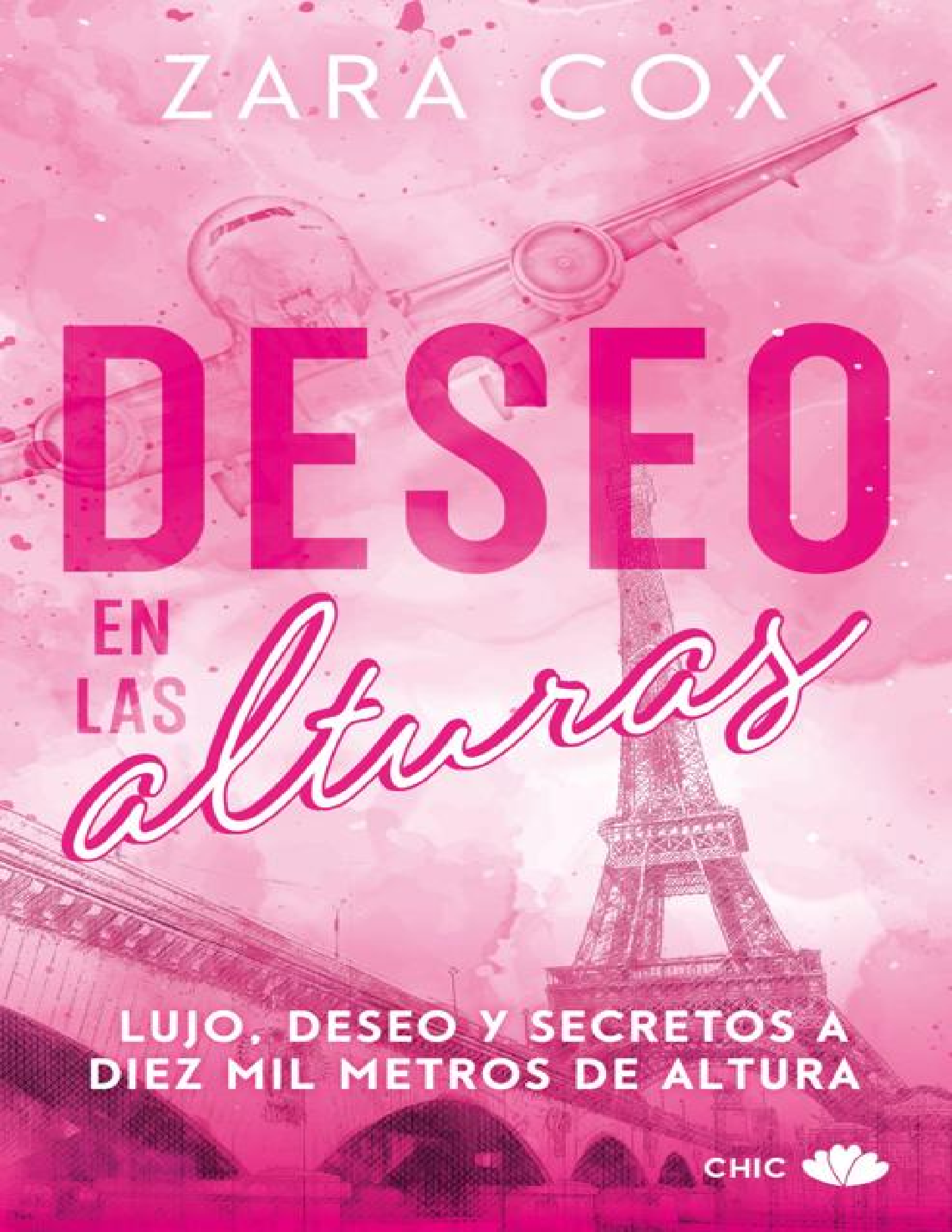
ZARA COX

DESEO EN LAS *Alturas*

LUJO, DESEO Y SECRETOS A DIEZ MIL METROS DE ALTURA



CHIC

Zara Cox

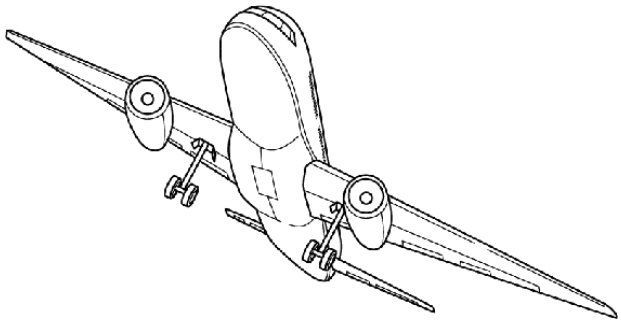
Deseo en las alturas

Traducción de
Isabel Fuentes



A mis preciosas y voraces amigas lectoras que lo quieren todo: un multimillonario guapísimo y atormentado, que sea complaciente y dé buenos orgasmos.
Este libro es para vosotras. Xoxo

Capítulo 1



Lo primero que vio Bethany Green al abrir su buzón aquel viernes por la tarde fue el sobre índigo. Entre el resto de propaganda y facturas, destacaba como una joya exótica en el polvo.

Aunque no quería ilusionarse por precaución, se le aceleró el latido del corazón. Con los dedos temblorosos, cogió el sobre rectangular: era real, y pesaba.

—Madre mía, ha llegado. De verdad ha llegado —murmuró, dándose cuenta de que hablaba sola, aunque en el vestíbulo vacío de su edificio.

Metió rápidamente el correo en su bolso enorme y se apresuró hacia el ascensor. En cuanto apretó el botón del cuarto piso, volvió a sacar el sobre. Las palabras escritas al frente, en letras doradas en relieve, eran simples: «Su invitación». Le dio la vuelta. Sin remitente. No era de extrañar. Porque, sinceramente, nadie en su sano juicio rechazaría esa invitación.

Diez minutos después, Bethany, pese a haber cogido fuerzas con medio vaso de rioja, seguía sin reunir valor para abrirla. El zumbido agudo de su teléfono le hizo dar un brinco. Sin apartar la mirada del sobre, que descansaba ahora sobre la mesa de centro, tanteó unos segundos entre los cojines del sofá hasta que sus dedos encontraron el móvil.

—Seguimos con lo de las tapas en una hora, ¿verdad? —la voz de Keely Benson, su mejor amiga, sonó cortante con su marcado

acento neoyorquino de Brooklyn.

Keely era neoyorquina de pura cepa, no del norte del estado como Bethany. En más de una ocasión, a lo largo de su larga amistad, Bethany había dado gracias al cielo por tener a Keely en su vida. Había estado a su lado cuando Bethany recibió la peor noticia de su existencia.

—Eh… Sí…, supongo —respondió Bethany, todavía absorta en el sobre.

—¿«Supongo»? ¿Cuántas veces te he dicho esta semana lo importante que es esta noche para mí? Joder, Bethany, si me dejas tirada, no te lo perdonaré nunca. Sabes que Clark jamás se decidirá si soy demasiado directa. Necesito que me frenes un poco. Una vez lo tenga en mi piso estaré bien, pero no puedo dejar que se me acobarde en la cena, y para eso te necesito allí.

—Madre mía, Keel, nunca he entendido esa adicción tuya a los frikis.

Su amiga soltó una carcajada graciosa que empezó como una risita de colegiala y terminó como el gruñido de una dominatriz. Bethany había visto a hombres adultos babear como niños cuando Keely reía.

—No tienes que entenderlo, chica. Solo tienes que venir y echarle una mano a tu amiga.

—Yo… Vale, sí, iré.

Keely resopló con impaciencia.

—De acuerdo, cuéntame qué pasa. No habrás tenido otro encontronazo con la sargenta de hierro, ¿verdad?

Bethany esbozó una sonrisa ante el apodo que le habían colocado a su jefa tocapelotas.

—No, está fuera de la ciudad hasta el martes.

—Entonces, ¿qué demonios ocurre?

—Ha llegado —soltó Bethany, incapaz de guardarse la noticia por más tiempo.

—¿Ha llegado? ¿El qué?

—Una invitación. Al Indigo Lounge.

Silencio. En todos los años que llevaba conociéndola, Bethany jamás había visto a Keely quedarse sin palabras. Que lo hiciera ahora le hizo latir el corazón a toda velocidad. Su amiga sabía, igual que ella, lo que aquel momento significaba.

—Estás de coña —susurró al fin.

—Te juro que sí —contestó Bethany, con una risa que le brotó de la garganta, mitad incrédula, mitad asustada. Aún no podía creer lo que veían sus ojos.

—¿La has abierto? ¿Qué pone? ¿Cuándo te vas? ¿Cuánto dura? ¿Puedes llevar a alguien? ¡Vamos, suéltalo todo!

—Todavía no la he abierto. Y, en serio, Keely, creo que no quiero hacerlo.

—¿No quieres abrirla o no quieres aceptar la invitación?

—Eh…, ¿ambas? Es imposible que pueda ausentarme con tan poco margen. Además, tengo demasiado trabajo. Junio es el mes más ajetreado, justo antes de que todo el mundo se largue de vacaciones… No es nada práctico…

—¡Bethany! —la voz acerada de Keely la interrumpió.

—¿Sí?

—¿Cuánto vino te queda en casa?

Bethany consiguió por fin parpadear y enfocar la vista lejos del sobre índigo. Miró hacia el pequeño hueco del pasillo que llevaba a la cocina y contó.

—Tres tintos, un blanco y un rosado. ¿Por qué?

—Estaré allí en veinte minutos. Llevo la cena.

—¿Y Clark?

Keely suspiró.

—Aunque me duela renunciar a un buen pene de friki buenorro, Clark puede esperar. Esto es demasiado importante como para dejarte hacer lo que sé que estás pensando hacer.

—Pero…

—Veinte minutos. —Colgó.

Bethany se obligó a respirar, a controlar el temblor de las manos. Dio otro sorbo de vino y cogió la invitación.

Indigo Lounge, propiedad del multimillonario Zachary Savage, de treinta y un años, el quinto hombre más rico de Estados Unidos.

El reportaje que había leído sobre él en la revista Time el año anterior se extendía sobre su instinto empresarial de rey Midas e insinuaba unos orígenes humildes, aunque sabía que en gran parte era material reciclado de otros artículos. El reservado Zach Savage apenas había revelado nada de su vida al entrevistador.

La foto utilizada era antigua, de los años posteriores a la universidad, pero no por eso dejaba de ser evidente que, a los veinticinco, Zachary Savage era magnético y atractivo, con unos ojos capaces de captar y retener la atención de cualquier mujer y de hacerla desear conocer al hombre tras aquella sonrisa enigmática y sensual.

Hoy por hoy, todo lo que se sabía de él era que vivía en algún lugar de la costa oeste, probablemente San Francisco, que poseía varias mansiones en todo el mundo y que tenía intereses en múltiples negocios, el más célebre de ellos Indigo Lounge.

Desarrollados en diez aviones privados superjumbo, los lounges ofrecían entretenimiento adulto exclusivo. Los rumores hablaban de palacios aéreos del sexo, pero los detalles eran un secreto tan bien guardado que solo lo conocía la élite más selecta.

La empresa de eventos donde trabajaba Bethany había intentado captar su negocio el año anterior, sin éxito. A ella, como parte del equipo de licitación, le habían encargado averiguar todo lo posible sobre Zachary Savage.

Haber obtenido tan poca información enfureció a sus jefes y puso su puesto en Neon Events, Inc. en peligro. Tuvo que dejarse la piel después de aquel fiasco para redimirse ante su supervisora directa, Sheena Malcolm.

El sonido del portero automático interrumpió sus pensamientos. Se levantó de un salto, abrió la puerta a Keely y esperó junto a la entrada.

Su amiga rubia de ojos verdes salió del ascensor con su habitual paso decidido y provocador, una bolsa de comida china en una mano

y dos bolsas de fin de semana de Louis Vuitton en la otra.

Bethany frunció el ceño al verla pasar.

—¿Y esas bolsas?

Keely las dejó junto al sofá más cercano y se dirigió a la cocina.

—Una está vacía, es para ti, cuando te convenza de que vas a hacer ese viaje. La otra es por si he perdido todos mis poderes de persuasión y no lo consigo; en ese caso, tú y yo nos vamos a los Hamptons el fin de semana. Dicen que hará entre treinta y treinta y cinco grados. Si no puedo sudar entre mis sábanas con Clark, al menos sudaré en la playa mientras hablamos seriamente de cómo llevas tu vida.

Cogió dos platos, volvió al salón, sirvió pollo Kung Pao y fideos en la pequeña mesa del comedor y empezó a repartir.

Bethany contuvo la reacción instintiva que le provocaba la palabra «playa» e intentó disimular el estremecimiento de miedo. Keely lo advirtió de todos modos.

Su mirada se suavizó con simpatía.

—Vaya. Olvida lo de la playa. De hecho, olvida todo el plan alternativo. No te va a hacer falta.

—En realidad, sobre la invitación… —empezó Bethany.

Keely frunció el ceño y la señaló con los palillos.

—Ya te has autoconvencido de no ir, ¿verdad?

—No creo que pueda cogerme vacaciones, Keel.

—Claro que puedes. Tu tía Melanie ha tenido su segundo infarto en dos meses. Todos esos dónuts y costillas grasientas de las que los médicos le habían advertido al final le están pasando factura. Nadie sabe si la pobre tía Mel saldrá adelante esta vez.

—Madre mía, Keely, la tía Mel está tan sana, o más, que los caballos que monta todos los días. Hablé con ella por su cumpleaños la semana pasada y estaba hecha una rosa.

—Sheena la de las pelotas de acero no lo sabe. Acaba de aprobarte todas las vacaciones acumuladas de los dos últimos años para que vayas a acompañar a tu tía moribunda en Montana. Y… —Keely sacó el móvil del bolsillo y se lo enseñó—, acaba de

responderme diciendo que también está de acuerdo en que sea yo quien la mantenga informada, así que no tendrás que llamarla cada puto día.

Bethany se quedó boquiabierta.

—¿Has hecho la maleta, pedido comida y mandado un mensaje a mi jefa pidiendo días libres en…, ¿qué?, ¿veinte minutos?

¿Solo para que me vaya a ese viaje?

—Ajá.

—¿Y Sheena se ha tragado la excusa que te has inventado?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Todavía cree que dejé Neon el año pasado porque me provocó una crisis nerviosa y no porque Rubio Events me fichara. Seguro que está muerta de miedo pensando que puedo demandarla. —Keely sonrió y le tendió un plato humeante—. Me encanta cuando pones esa cara.

—¿Qué cara?

—La de no saber si besarme por haberte salvado o abofetearme por dejarte sin excusas.

—Sí, porque ya he aprendido, para mi desgracia, que cuando estás tan decidida una de las dos acaba arrepintiéndose. Y la mayoría de las veces soy yo.

Keely la apartó con un gesto y se acercó al sofá que Bethany había dejado libre minutos antes. Se quedó mirando el sobre con el mismo asombro que ella había sentido desde que lo recogió del buzón hacía casi una hora.

—Guau. O sea…, la hostia.

Bethany soltó el aire despacio y se sintió un poco mejor al ver que no exageraba la magnitud del asunto.

—¿Sí, verdad?

Keely asintió.

—Tenemos que abrirlo, chica. No vamos a enterarnos de los detalles jugosos mirando el sobre toda la noche.

Inspiró hondo, lo cogió rápido de la mesa y lo abrió rasgándolo.

Bethany contuvo la respiración hasta que la necesidad de oxígeno la obligó a inspirar con ansia.

—¿Qué pone?

—Sales el domingo desde Newark. Primera parada, Shanghái… Tendrás guía personal, chef y guardaespaldas durante toda la experiencia… ¡Santo cielo!

—¿Guardaespaldas? ¿Por qué iba a necesitar…?

Keely levantó la mano.

—Segunda parada, Bora Bora. Dios, Bethany, ¡mataría por ir a Bora Bora! Tercera, las islas Aleutianas… ¿Dónde demonios están?

Bethany se encogió de hombros y Keely siguió.

—Cuarta parada, Londres; quinta, Montecarlo. —Suspiró, perdida en sus pensamientos—. Es la hostia, Bethany, increíble. ¿Te imaginabas que te tocaría el premio cuando te enteraste de que Indigo Lounge elegía cada año a un invitado comodín, gratis?

—No. Si pensábamos que era una broma, ¿te acuerdas? O sea, ¿para qué quiere una empresa multimillonaria regalar una oportunidad así?

—Quizá Zachary Savage quiere evitar dar una imagen de capullo superrico.

—No sé si le importa mucho su imagen, ese hombre no concede entrevistas y vive prácticamente recluido —comentó Bethany.

—Pues ni idea. Pero no vamos a hacerle ascos al regalo. —Apuntó a Bethany con la esquina del sobre—. Esta invitación ha caído en tus manos y vas a ir. Punto.

Bethany apretó los labios para contener la avalancha de objeciones que pugnaban por salir. Por un lado, estaba emocionada, más que emocionada. Por otro, su autoestima había sufrido un golpe brutal seis meses antes, cuando su novio de toda la vida la había dejado… por otro hombre. La conmoción por la doble traición de Chris aún no se le había pasado. Últimamente se preguntaba si alguna vez se le pasaría.

—¿Qué más pone? —preguntó, para distraer a ambas de los motivos por los que dar aquel paso le resultaba tan abrumador.

Keely bajó la vista al papel.

—Lo de siempre: confidencialidad total y absoluta o te quedas sin riñones, nada de drogas a bordo… Nada de drogas a bordo… Nada de drogas o serás procesada… Joder, insisten bastante con lo de las drogas.

—Tal vez alguien tuvo una mala experiencia a bordo.

—Puede ser… Hay entretenimiento las veinticuatro horas, pero las suites privadas son privadas. Joder, como vuelvas y me digas que no saliste de tu suite, te mato. —Keely le clavó la mirada.

—Aún no he dicho que vaya, Keel.

Su amiga suspiró y dejó caer el sobre.

—Mira. Sé por qué no quieres ir. Chris, el capullo te dejó hecha polvo con lo de que prefería a los hombres, lo entiendo. Ni siquiera me pasó a mí y me traumatizó la hostia. Pero tienes que pasar página, coño. Has fundido seis vibradores en seis meses y Dios sabe cuántos consoladores más, y esos son solo los que me has contado…

—¡Keely!

—Te vas a destrozar el clítoris si sigues usando esos cacharros a pilas y, créeme, te hará falta cuando aparezca un hombre de verdad. En serio, ¿es que no echas de menos lo auténtico? Un cuerpo cálido contra el tuyo, una polla dura dentro de ti…

El calor subió a las mejillas de Bethany y se dejó caer en el sofá.

—Vale, lo echo de menos, pero…

—Nada de peros.

—¡Sí hay peros! Hostia, Keely. La última polla dura que tuve dentro prefería el sexo anal con otros hombres. ¿Cómo no voy a tener un puto complejo?

Los ojos verdes de Keely se suavizaron.

—Ya, claro.

—Esas son historias que leemos en revistas cutres y con las que nos reímos. ¿Sabes lo que es darte cuenta de que de repente esa chica eres tú? ¿La que no era bastante para su novio, y él se fue a la cama con otro tío? —Aun después de tanto tiempo, decirlo en voz alta le revolvía el estómago de dolor, rabia y repugnancia.

Keely negó despacio, pero enseguida adoptó esa expresión suya, la de «te quiero, pero…».

—No, no sé lo que es, cariño, pero tampoco voy a dejar que te escondas para siempre por culpa de ese imbécil. No hay mejor manera de superarlo que abrirte a nuevas experiencias. Vas, tienes un rollo pasional sin compromiso en los brazos del lujo total, vuelves y sigues con tu vida. Bethany, el Indigo Lounge no podría ser más perfecto para ti ahora mismo.

—No es tan fácil…

—Sí que lo es. Tienes que sacarte a tu ex del sistema, y un palacio aéreo del sexo es justo lo que necesitas. Deja de resistirte, porque no pienso dejar que te acobardes, B. Es hora de volver al mundo real. —Cogió su plato en la mano y apoyó la espalda en la silla, con los palillos en posición—. Ahora come, que vas a necesitar fuerzas para cumplir la lista de cosas que te he preparado.



El domingo amaneció luminoso y soleado sobre Nueva York.

Bethany seguía en la cama, todo su cuerpo alerta, estremecido por una emoción que no sentía desde hacía mucho. Sería el momento perfecto para una sesión con su Rabbit, pero Keely había confiscado todos y cada uno de sus aparatitos de placer antes de marcharse como una diva la noche anterior.

Cuando Bethany le suplicó, ella le entregó uno nuevo, todavía precintado, que ahora estaba guardado en uno de los dos bolsos de viaje a los pies de la cama.

—No puedes abrirlo hasta que hayas pasado un día completo a bordo, y solo en caso de emergencia. Y si vuelves con él sin estrenar, te querré para siempre.

Con un suspiro de resignación por la pérdida de Dildo Pete, Bethany se levantó y se metió en la ducha.

Veinte minutos después, el superagresivo acelerón de Keely en el adorado Mini Cooper de Bethany, de nombre Hermione, la hizo

estremecerse.

—Prométeme que tratarás bien a Herm mientras no estoy.

—Solo es un coche, B.

Discutieron todo el camino hasta el aeropuerto de Newark sobre el trato lamentable que Keely le daba a Hermione, pero ambas guardaron silencio cuando entraron en la zona de jets privados.

El jet del Indigo Lounge era inconfundible. Un inmenso y reluciente superjumbo negro, decorado con dos finas líneas color índigo que iban del morro a la cola, imponía su presencia sobre los aviones más pequeños y de colores claros.

Keely redujo la velocidad mientras se quedaban boquiabiertas ante el jet.

—Me muero de envidia, tía. Acuérdate de que me debes una. Podría haber tenido a Clark la noche del viernes y la de ayer recitándome la secuencia de Fibonacci mientras me lo follaba hasta dejarlo hecho polvo. Y ahora lo único que tengo es porno de empollones para hacerme compañía mientras te imagino pasándotelo de lujo en ese avión. Al menos prométeme que te vas a desmadrar un poco, ¿eh?

La mirada de Keely era una mezcla entre la de una hermana preocupada y la de una profesora severa. Detuvo el coche frente a un edificio de cristal y acero que tenía sobre la puerta principal un letrero que decía «El Indigo Lounge — Suite Ejecutiva para Invitados».

Bethany asintió.

—No puedo prometerte que me vaya a desmadrar, pero sí que me lo pasaré bien.

Esbozó una sonrisa y vio cómo Keely se relajaba un poco.Si es que alguien tan nerviosa como ella era capaz de relajarse.

—Genial, ahora… ¡Fuera, hala! —Keely acompañó sus palabras con un gesto de la mano.

Bethany abrió la puerta del coche, puso los pies en el asfalto caliente y sonrió.

Mientras se dirigía al maletero para coger sus maletas, una ráfaga de viento apareció de la nada y le levantó la falda del vestido.

Se oyó un silbido por lo bajo.

—Cristo, menudas piernas.

Mientras cogía las maletas, se dio la vuelta y vio a tres tíos guapos, vestidos como si acabaran de salir de una revista de moda.

Oyó la risa satisfecha de Keely.

—Ya veo que empiezas con buen pie —dijo mientras se quitaba las gafas de sol de la cabeza para ponérselas sobre los ojos—. *Adiós, amiga*.

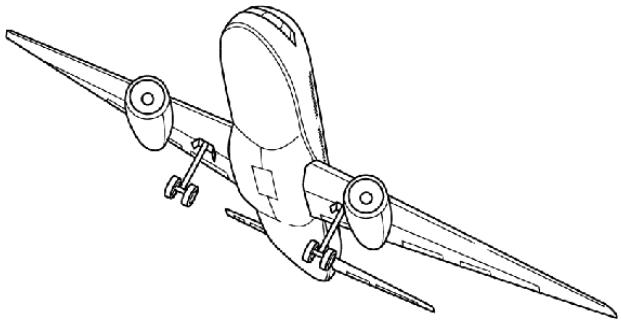
Bethany apenas tuvo tiempo de cerrar la puerta de golpe antes de que Keely acelerara con un chirrido de neumáticos. La pobre Hermione iba a sufrir de lo lindo. Se dirigió a la oficina del Indigo Lounge, intentando no encogerse de dolor al pensar en el destino de su coche.

Los tres tiarrones estaban entrando en el edificio de cristal. Ella los siguió despacio, con el pulso retumbándole ante la idea de que estaba cruzando el umbral hacia lo desconocido. Echó de nuevo un vistazo al enorme jet negro e índigo, mientras una mezcla de miedo y emoción le recorría la espalda.

Era la oportunidad de su vida.

Tenía dos opciones: huir y evitar enfrentarse a la posibilidad de soltarse y divertirse, o aferrarse a esta experiencia con la esperanza de que le ayudara a desterrar el dolor de los últimos meses de una vez por todas.

Capítulo 2



Zachary Savage alzó la vista de los documentos que estaba revisando y observó a tres hombres que entraban en la Suite Ejecutiva para Invitados.

Desde su posición tras la pared acristalada de la oficina que le había requisado a su asistente en la entreplanta, los siguió con los ojos entornados.

El líder de la banda de rock Friday's Child era inconfundible. En lo que le parecía otra vida, Zachary había ido a un par de sus conciertos. Pero aquello fue antes de que todo se fuera al traste.

Como de costumbre, cualquier pensamiento sobre cómo había cambiado su vida en los últimos seis años le tensó la mandíbula con una mezcla de ira y dolor.

Si hubiera sabido que esta escala iba a coincidir con uno de los vuelos del Indigo Lounge, habría hecho otros arreglos y se habría apartado de recuerdos tan dolorosos.

Qué demonios, ya estaba allí.

Que normalmente hiciera la evaluación de invitados desde la comodidad de su despacho en San Francisco no venía al caso. La escala desde Londres para repostar su avión estaba durando más de lo previsto. Trabajar mientras esperaba ayudaba a contener la inquietud que seguía al acecho en su interior.

Intentó volver a ponerse en modo trabajo. Hasta ahora había comprobado la información de todos los pasajeros que embarcarían

en su avión salvo una.

Por lo que había podido averiguar, los miembros de la banda estaban limpios. Nada que indicara consumo de drogas ni borracheras. Las otras seis personas que viajaban en esta experiencia del Indigo Lounge habían sido examinadas con igual rigor. Siguió con la mirada a los músicos hasta la recepción y los vio coquetear con la recepcionista.

Aburrido a más no poder, volvió la vista a los papeles. Solo quedaba una incógnita.

Bethany Green. La comodín.

Su invitación se había enviado tarde, pero ya habían comprobado los antecedentes. Estaba limpia.

Justo iba a pasar a la página de la fotografía cuando un destello amarillo le llamó la atención.

Estaba de pie enmarcada en la entrada del edificio, con dos grandes bolsas de viaje en la mano y un bolso enorme colgado de un hombro.

El cabello oscuro y largo le caía en abundantes ondas sobre los hombros desnudos y los brazos. Zach no pudo ver su rostro con el sol de espaldas, pero lo que vio de su cuerpo le robó el aliento mientras algo despertaba dentro de él.

La manera en que se sostenía le intrigó; un punto insegura, pero plantada en el umbral, como si se estuviera convenciendo de dar el siguiente paso. En su mundo, las mujeres se deleitaban siendo dominantes, se esforzaban por no mostrar debilidad en su presencia con la esperanza de impresionarlo.

Ver a una mujer que reconocía su vulnerabilidad y luchaba por asumirla tenía algo extrañamente cautivador. Se puso en pie y caminó hasta el ventanal, sorprendido por lo mucho que deseaba verla.

El viento empujaba su vestido corto contra unas piernas largas y sensuales, piernas que parecían no terminar nunca antes de curvarse para enmarcar unas caderas rotundas y un vientre firme y plano.

La polla de Zach dio un respingo, lo dejó atónito con un hambre que su existencia hastiada no le permitía desde hacía mucho. Cuando su mirada llegó a sus pechos, dejó escapar un gruñido y se dio cuenta de que tenía los dedos apoyados contra el cristal, la cabeza casi tocándolo mientras forzaba la vista para verle la cara.

Pero seguía en sombra, clavada en el umbral del edificio, indecisa entre entrar o darse la vuelta.

«Entra».

Se percató de que había susurrado las palabras y se quedó helado, con un punto de desconcierto que le frunció el ceño. Mientras observaba, ella ladeó la cabeza y alzó una mano para apartarse la melena lujosa del rostro. Y aun así no conseguía verla.

Pero, con el cabello retirado, alcanzó a ver un cuello estilizado, piel suave.

El hambre creció, le golpeó por dentro como un ser vivo. Su polla, ya completamente despierta, exigía acción. Acción que no había tenido en semanas porque incluso la idea del sexo le aburría soberanamente. Hasta ahora.

Inspiró hondo, con cada nervio del cuerpo en tensión por verla del todo.

«¡Entra!».

Ella siguió jugueteando con el pelo, sosteniéndolo hacia atrás. Él se puso más duro, casi mareado por la fuerza de la erección.

Por fin, dio un paso al frente.

El aire se le escapó a Zach cuando vio su rostro. La sensación lo embistió con la fuerza de un huracán de categoría cinco. Sus facciones eran voluptuosas; la boca rosada, llena y deliciosamente curvada como hecha para dar besos… a él. Pómulos altos y una naricita respingona completaban el cuadro deslumbrante, y él la observó sin pestañear mientras ella entraba en su territorio.

Con cada paso que daba, sentía una descarga poderosa que le atravesaba. Cuando estuvo justo debajo de él, tenía el puño clavado en el cristal, con el cuerpo y las emociones en llamas.

Ella alzó la vista directamente hacia él, pero, claro, no podía verlo a través del espejo unidireccional. En ese ángulo, su cara resultaba aún más impresionante, con unos ojos azules limpios que brillaban con una mezcla de entusiasmo y aprensión.

Zach quería todo su entusiasmo y nada de su aprensión. Demonios, la quería y punto.

No, «querer» se quedaba corto para describir lo que le recorría. La desesperación que le bullía por dentro era tan ajena como apremiante. Él no hacía cosas espontáneas. No ansiaba a una mujer con solo verla. Hoy en día, sus novias se elegían con cuidado y se examinaban a fondo.

Y, sin embargo…

Ella bajó la mirada, sacudió un poco la cabeza como para despejarse y miró a su alrededor. En cuanto la vio dirigirse al mostrador donde el grupo de rock estaba registrándose, Zach soltó una palabrota.

Salió corriendo de su despacho antes de terminar la retahíla de tacos.



Bethany intentó sacudirse la extraña sensación que se había apoderado de ella y avanzó hacia la recepción, donde una diosa rubia de infarto estaba terminando el registro del último del grupo de hombres. Uno de ellos, moreno y con una cazadora de cuero que parecía carísima, le echó una mirada y le guiñó un ojo.

No era tan ingenua como para confundir su interés, pero igualmente le respondió con una sonrisa algo tirante.

Ahora que estaba allí, fuera del radio de la seguridad arrolladora de Keely, la asaltaban las dudas. Y aquella sensación que había tenido un momento antes al levantar la vista hacia el cristal esmerilado, esa impresión de estar al borde de un precipicio, mirando de frente al peligro…, bueno, la había acojonado de verdad…

Una puerta a su lado se abrió de golpe y Bethany se quedó muerta.

¡La Virgen!

Era la encarnación de todos sus sueños húmedos. El dios viviente de sus fantasías sexuales, ensoñaciones y anhelos hecho realidad.

Unos ojos color pizarra se fijaron en ella desde un rostro tan increíblemente bello que se le secó la boca. Su mirada descarada transmitió un impulso salvaje de electricidad sexual directo entre sus piernas. Al moverse como un animal apenas encorsetado por la civilización, su clítoris despertó al instante; contra la teoría de Keely, por lo visto no estaba muerto del todo.

Todo se desvaneció, todo ser humano del entorno dejó de existir al ver al dios ante ella. El dios vagamente familiar…

Tenía los hombros anchos, fuertes, imponentes. Era de una estatura pasmosa, fácilmente un metro noventa, con el pelo negro como la camiseta que llevaba, combinado con unos vaqueros negros que realzaban unas caderas estrechas y unos muslos tensos, viriles.

Unas botas curtidas y una cazadora de cuero color chocolate remataban el envoltorio, sin disfrazar el aura de masculinidad brutal que emanaba de él.

La miraba como si tuviera derecho a hacerlo, como si fuera suya y pensara reclamarla allí mismo y en ese mismo momento.

El pulso de Bethany se aceleró sosteniéndole la mirada, sintiéndose extremadamente vulnerable, pero incapaz de quitarle los ojos de encima.

Él avanzó un paso más y se detuvo justo ante ella, amenazando con tapar hasta la luz del sol.

—Bienvenida al Indigo Lounge.

Su voz, como grava endulzada con miel, áspera y a la vez melódica, le lanzó otra oleada de calor a través del cuerpo.

Bethany no tuvo ninguna dificultad en imaginarlo durante el sexo, susurrándole palabras sucias y calientes mientras la follaba. Dios, seguramente follaba como un auténtico campeón.

¿Qué demonios había dicho? ¿Bienvenida?

—Eh…, gracias.

Por fin rompió aquel foco eléctrico y asintió hacia un mostrador vacío. Como por arte de magia, otra diosa rubia apareció tras él.

Esta parecía tener ojos solo para el hombre que tenía delante. Nada sorprendente. Pero el interés ávido en la mirada de la mujer hizo que a Bethany le entraran ganas de borrarle la sonrisa de un sopapo.

—Serena, ¿puedes tomarle los datos a la señorita…? —La miró, con una ceja alzada.

Bethany se obligó a concentrarse.

—Green. Bethany Green.

Los ojos de él centellearon y luego las pestañas bajaron para ocultar su expresión. Asintió y se volvió hacia Serena.

—Inscribe a la señorita Green y haz que trasladen también mis bolsas. Me uno a este viaje del Indigo Lounge

Las cejas de Serena casi se estrellaron con su flequillo perfectamente colocado.

—¿Ya no va a la costa oeste?

A él se le ensancharon ligeramente las aletas de la nariz y la mandíbula sobresalió como si estuviera peleando consigo mismo. Por fin, sonrió.

—No. Cambio de planes. ¿Puedo confiar en que lo arregles, Serena?

Claro que podía. La sonrisita melosa de Serena indicaba que el señor dios del sexo podía confiar en que ella arreglara todo a su gusto, incluida ella misma si a él le venía en gana.

—Enseguida, señor.

El dios del sexo sonrió.

—No, no enseguida, Serena. Primero, atiende a la señorita Green.

Los ojos grises y tormentosos se clavaron en ella de nuevo. Había algo en él tan demoledoramente poderoso que Bethany tuvo que obligarse a apartar la mirada, forzando a sus neuronas a centrarse cuando Serena le pidió el pasaporte.

Se lo entregó, junto con su copia del contrato del Indigo Lounge, que había firmado por triplicado. Todo el tiempo, el ardor de aquella mirada la marcaba en silencio.

Cuando Serena fingió otra sonrisa y le devolvió el pasaporte, a Bethany le tembló la mano al guardarlo en el bolso. La fuerza de aquella mirada era un punto excesiva.

—Si deja aquí sus bolsas, las subiremos al avión. Su auxiliar de vuelo, Tracy, vendrá en un momento para presentarle a su equipo y organizará el registro final.

—¿Registro?

La sonrisa impostada de Serena se estiró más.

—Es política de la empresa hacer un control de drogas antes de que nuestros clientes embarquen. Está en el contrato que firmó. Las normas del señor Savage sobre el consumo de drogas en sus aviones son muy estrictas.

A Bethany se le apretaron los dientes ante el tono condescendiente, pero forzó una sonrisa.

—Claro. Si el señor Savage insiste.

—Insiste —remachó Serena, lanzando otra mirada melosa por encima de su hombro al dios del sexo.

Bethany también giró la cara hacia él y captó un atisbo de diversión. Pero en cuanto sus miradas se cruzaron, la diversión se esfumó y volvió a quedar reemplazada por un calor posesivo que fundía sus entrañas.

Él se movió como si la misma energía inquieta que a ella la recorría lo azotara por dentro a él también. Le palpitaban los dedos, luego se los metió en los bolsillos traseros. El gesto estiró la camiseta sobre sus potentes bíceps, y a ella se le hizo la boca agua.

Se esforzó por dominar las emociones desbocadas. Nunca se había sentido así, ni siquiera con Chris…

Sí… Chris. ¡Ahora no voy a pensar en él!

—Permítame acompañarla hasta su auxiliar de vuelo—dijo el hombre, inclinándose levemente hacia delante.

Quería preguntarle quién era, por qué se interesaba por su registro, pero la química entre ellos resultaba tan evidente, tan poderosa, que sobraban las palabras.

Pese a estar perpleja, pese al desconcierto de por qué un hombre tan sexi y tan guapo la miraba con hambre apenas contenida, no podía negar la verdad básica que le incendiaba el cuerpo.

Bethany quería follárselo. Simple y llanamente.

Excepto que no lo haría ni simple ni en llano.

El cansancio cínico que le vio en los ojos no restaba un ápice a la experiencia sexual cruda que latía en sus profundidades grises. El sexo con ese hombre sería un delirio obsceno; sería sudoroso e indecente. También sería hermoso y complicado a más no poder. Tan cierto como que se llamaba Bethany.

Sin responder, asintió y se puso a su lado.

A sus espaldas, Serena farfulló promesas sobre atender sus necesidades, pero ninguno le prestó atención.

Su olor —cálido, cítrico con un toque de especias— le llenó la cabeza a Bethany junto con una turbadora sucesión de pensamientos obscenos. ¡Dios, quería lamerlo en sitios que jamás había soñado lamer a un hombre! Y eso solo para empezar…

La condujo por las puertas por las que él había salido… hacía una eternidad. Unas escaleras de lujosa moqueta llevaban a otra puerta en la entreplanta.

Se hizo a un lado y la invitó a subir con una sonrisa maliciosa que curvó sus labios sensuales.

—Después de usted, señorita Green.

Menos mal que se había depilado las piernas la noche anterior, fue su primer pensamiento. El segundo, si se le transparentarían las bragas bajo la tela fina del coqueto vestido amarillo de verano de Vera Wang que Keely la había obligado a ponerse.

Oh, ¿y qué más daba?

La corrección la había abandonado en cuanto puso los ojos en aquel hombre. Aun así, no pudo evitar llevarse la mano a la parte trasera del vestido mientras subía.

Escuchó su siseo suave y se dio cuenta, tarde, de que lo único que había conseguido era pegarse la tela al culo. Su «culo Kardashian», como le gustaba decir a Keely.

Con diferencia, era su peor rasgo, ridículamente grande en comparación con el resto del cuerpo. Mientras que los pechos tenían un tamaño aceptable, y el estómago y los muslos —entrenados con ballet desde pequeña— respondían bien al ejercicio, su culo siempre la traicionaba. Por eso había renunciado a su sueño de ser prima ballerina.

Llegó arriba y bajó la mano deprisa.

Antes de que pudiera abrir, él pasó el brazo por encima y abrió la puerta de golpe.

En cuanto entró, supo por qué había sentido algo raro al pisar la Suite Ejecutiva para Invitados.

Avanzó y se detuvo frente al muro de cristal, con el corazón desbocado en la garganta mientras miraba el espacio abierto de abajo.

—Estabas en esta sala cuando he entrado. —No era una pregunta. Era otra certeza que le nacía del alma.

—Sí. —Su voz, hipnótica y condenadamente sexi, la envolvió.

—Me has visto.

—Sí. —Estaba más cerca; lo bastante como para volver a olerlo.

—¿Y has bajado?

—No he podido evitarlo.

Ella se volvió. Él estaba a menos de un paso, con esos ojos hipnóticos sobre ella. Otra vez los hombros y las manos se movían inquietos, como si se contuviera físicamente para no tocarla.

—Bueno, ¿y ahora qué?

La recorrió con la mirada de arriba abajo y de abajo arriba. Abrió la boca y se pasó la lengua por dentro del labio inferior.

—Ahora apoyas las manos en el cristal que tienes detrás y abres las piernas.

La sacudió una oleada de excitación atónita, pero se obligó a respirar, a mantenerse lúcida.

—¿Po-por qué voy a hacer eso?

Su sonrisa rezumó pecado.

—Para el registro de drogas, claro.

—¿Y-y Tracy?

La sonrisa desapareció.

—Ella no te hará el registro. Te he traído aquí porque ahora que te he visto, ahora que te tengo, Bethany Green, me niego a dejar que nadie más te toque.

Se acercó, solo les separaba un suspiro. Bajó la cabeza y abrió las fosas nasales al olerla, tiñendo de aguda necesidad cada exhalación.

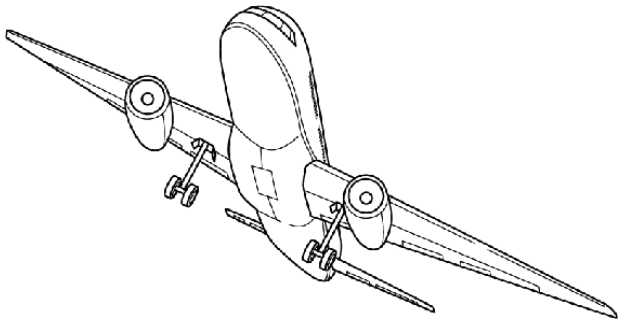
—¿Estás lista? —preguntó con voz áspera.

Ella lo miró, con cada nervio del cuerpo tenso de deseo.

—No. Estás a punto de ponerme las manos encima y ni siquiera sé tu nombre.

—Me llamo Zachary Savage. Puedes llamarme Zach. De hecho, lo prefiero. Porque Zachary es demasiado largo para las muchas veces que pienso hacerte gritar mi nombre cuando te haga correrte.

Capítulo 3



Dios. Santo. Bendito.

—No creo que esté permitido decirles eso a las invitadas, señor Savage.

Le sorprendió que la voz le sonara medio normal, porque el cerebro le daba saltos ante el impacto de descubrir a quién tenía delante.

¡Hostia, estaba hablando con Zachary Savage! Aunque su mente había barajado esa posibilidad al verlo por primera vez, la había descartado porque, por cautivadora que fuera la foto de Time, en persona no le hacía ninguna justicia.

Este hombre de carne y hueso era viril, carismático, sexi a rabiar. A esta distancia, podía ver la infinidad de expresiones distintas en su mirada. Y la principal de ellas le hacía palpitar el clítoris.

—No me gusta disimular. Y tú no eres una invitada cualquiera.

—Está claro que tienes mucha seguridad en ti mismo, ¿verdad?

—Sé lo que quiero. Y siempre lo consigo.

—O todo eso que acabas de decir que no ibas a decir no era más que una descarada frase de ligoteo, calculada al milímetro para obtener el mismo resultado.

La mandíbula de él se tensó un pelín, pero su mirada ávida siguió clavada en ella. Hipnótica.

—No es una frase preparada, Bethany. Lo sabes. Acabas de admitir que lo sentiste. Lo que yo sentí cuando te vi desde esta

sala… tú también lo sentiste, incluso antes de cruzar una sola palabra.

Aunque quería asentir, Bethany se contuvo. El instinto le gritaba que ceder demasiado pronto ante ese hombre sería peligroso.

—Hay un largo trecho entre sentir algo y follar, señor Savage.

Hasta su apellido le sabía extraño en la lengua, exótico y excitante, cargado de las posibilidades infinitas que centelleaban en sus ojos.

Él abrió las fosas nasales.

—No para nosotros. En nuestras cabezas ya hemos follado cien veces de cien maneras distintas. La copulación mental es tan poderosa como la real.

¡Jesús!

—¿Y me gustó, ese polvo hipotético?

Sonrió con una confianza masculina total y absoluta; su sonrisa blanquísima la dejó clavada.

—No estarías aquí, a solas conmigo, si no te hubiera gustado.

—Señor Savage…

—Zach —insistió.

—Dejemos una cosa clara. No tengo la costumbre de irme corriendo a la cama con el primer hombre que me llama con el dedo un domingo por la mañana.

Él contuvo un amago de disgusto; volvió a ensanchar la nariz.

—No te vas a ir a la cama con ningún otro hombre en un futuro próximo. Dejemos eso claro.

El aire que soltó fue una mezcla de desesperación y exasperación. Su cercanía le hacía cosas por dentro que no sabría describir con precisión. Desde el momento en que lo vio, los pezones se le habían puesto duros como canicas. Bethany estaba segura de que tenía que existir algún efecto secundario físico por estar así de excitada durante tanto tiempo. Solo el galope del corazón ya la asustaba de muerte. Necesitaba salir de allí, aunque solo fuera para tomarse un respiro. Pero, al mirarlo a los ojos, supo que Zachary Savage no pensaba dejarla ir.

—¿Vas a hacer ese registro en algún momento de hoy o puedo ir a embarcar en tu avión?

Durante una eternidad no respondió. Luego dio un solo paso atrás.

—Suelta el bolso.

Sin apartar la mirada, obedeció sin discutir. Con un golpe sordo, el bolso cayó sobre la moqueta junto a ellos. Hasta que no se quedó sin la seguridad imaginaria del bolso, no fue consciente de lo vulnerable que se sentía.

Tragó saliva y esperó.

—Levanta los brazos.

Un escalofrío le recorrió la espalda, pero cumplió, alzando los brazos poco a poco hasta ponerlos a la altura de los hombros.

—Más arriba —le ordenó con voz rasgada.

Se humedeció los labios secos y elevó aún más los brazos, por encima de la cabeza. El movimiento le subió el vestidito.

Bethany no necesitó mirar para saber que tenía las piernas expuestas hasta medio muslo y que esa postura le empujaba los pechos hacia arriba.

Ella veía cómo él la miraba, y su propia respiración se volvió jadeo cuando él se agachó en cuclillas lentamente.

Le cogió el tacón del zapato, le levantó el pie y le abrió más la postura. Luego apoyó el pie en su rodilla. El zapato de plataforma salió con poca resistencia.

En el instante en que Zachary Savage la tocó, Bethany supo que estaba perdida.

Profundo, eléctrico, salvaje. Le asombró que un roce tan simple en el talón pudiera desatar sensaciones tan intensas.

Con movimientos precisos, miró dentro del zapato, revisó la plataforma y el tacón de aguja, y lo dejó a un lado. Hizo el mismo examen en el otro zapato y luego le bajó el pie.

Levantó la vista y la miró fijamente mientras subía los dedos por sus tobillos y recorría sus pantorrillas. Cuando tocó la parte posterior de sus rodillas, ella no pudo evitar que un gemido suave se le

escapara de la garganta. Él se detuvo, con la mirada curiosa y hambrienta, y siguió ascendiendo, ascendiendo hasta meter las manos bajo el vestido, por la piel ultrasensible de sus caderas.

Unos dedos registradores rozaron el borde de sus bragas, siguieron el algodón hasta el hueco entre las piernas. Bethany lo vio tragar cuando esos dedos toparon con su calor húmedo. Pero no se quedó.

Con los labios apretados, como si se estuviera sujetando por pura fuerza de voluntad, dejó que los dedos resbalaran hasta la cintura de las bragas y luego a los costados antes de retirarlos.

Ella estuvo a punto de gemir de decepción cuando continuó el registro por encima del vestido. Unas manos grandes y fuertes le rodearon la cintura; el agarre, firme y poderoso, subió por el vientre.

Se irguió por encima de ella. Sin tacones, ella le llegaba por debajo de los hombros. La sensación de vulnerabilidad volvió a dispararse. Era tan alto, tan fuerte, tan poderoso. Podría romperla con un chasquido.

Y, sin embargo, al mirarle la cara, vio ternura en el fondo de todo aquel ansia salvaje.

Zachary Savage no iba a hacerle daño.

Pero si decidía dejarle las manos justo ahí, bajo los pechos, podría matarla de puro deseo.

Como si notara su agitación, movió los dedos, siguió el borde del sujetador sin palparle el pecho como ella ansiaba.

Aunque… Santo cielo, aquello era más sexi de lo que jamás habría imaginado. Mucho más. Ese tira y afloja entre los dos, el tocarse y a la vez no tocarse…

Cuando le apretó la cintura con fuerza, insistente, y luego la soltó, se mordió el labio para contener otro gemido.

—Date la vuelta.

Su vulva palpitó con más fuerza; el calor líquido se le acumuló entre los muslos. A una centésima de convertirse en un desastre ardiente, se volvió y apoyó las manos abrasadas en el cristal frío.

Esta vez empezó por arriba.

Le alzó el pelo y jugueteó con los mechones gruesos en movimientos largos y lentos.

Hubo un momento en que Bethany creyó que él se llevaba un mechón a la nariz para aspirarlo, pero tenía los sentidos tan desbordados que no estuvo segura.

De nuevo revisó los tirantes del sujetador y bajó a la cintura.

Estaba a punto de rozarle las bragas cuando el chasquido del interfono resonó en la sala.

—Rogamos a los invitados de Indigo Lounge que se dirijan a la sala VIP. El embarque está a punto de comenzar.

Soltó el aire de golpe y empezó a bajar los brazos.

—Todavía no. No hay prisa.

—Pero… tengo que irme.

Él se pegó más y la enjauló, con una mano a cada lado sobre el cristal.

—El avión es mío, preciosa —le susurró al oído—. No despega si yo no lo digo.

—Vale, pero ofreces un servicio y tienes la obligación de que sea excelente.

—También tengo la obligación de que se cumplan mis normas. Y no vas a salir de esta sala hasta que me asegure de que cumples a rajatabla mis deseos.

Sus dedos caminaron por el cristal hasta posarse sobre los de ella. Entrelazando las manos, se las fue bajando poco a poco. Le soltó los dedos y se colocó detrás. Le llevó las manos al culo y otra descarga poderosa la abrasó. Cerró los ojos ante la intensidad de la sensación y gimió como una gatita indefensa.

Él le acunó las dos nalgas pesadas, les dio forma, luego apretó con fuerza.

Masculló algo que ella no llegó a entender, duro y urgente, entre dientes.

—¿Qué has dicho? —preguntó, con su propia respiración veloz y frenética.

El interfono volvió a zumbar, interrumpiendo su respuesta y llamando a los invitados a la sala VIP.

Zach gruñó, molesto, pero cuando habló de nuevo su voz solo transmitía una promesa oscura, ardiente, implacable. Esta vez, cuando la enjauló, se pegó del todo, hasta que la marca dura y rígida de su cuerpo fue inconfundible contra su espalda. Le aferró el trasero y empujó hasta que su polla gruesa y pesada descansó entre sus nalgas.

—Pronto. Muy pronto, cuando sea el momento, Bethany Green, voy a poner mi polla entre estos dos globos perfectos y me los voy a follar hasta que me supliques que te haga correrte. Y eso será solo el principio.



—Madre mía, ¿eso te ha dicho? ¿En serio te ha dicho eso?

Bethany apretó el móvil más al oído mientras examinaba otra botella de eau de toilette en su espaciosa y alucinante cabina. Se le habían acabado los dedos para contar los lujos que tenía alrededor. Como también había perdido la cuenta de las veces que había repetido aquella conversación en su despacho una y otra vez en su cabeza.

—¿Qué parte, Keely?

—La de «llámame Zach y grita mi nombre cuando te haga correrte», por supuesto. ¡Madre mía!

—Sí, lo ha dicho.

—¿Y tú qué has dicho?

Bethany hizo una pausa y se cambió el teléfono de oreja.

—Le he dicho que él no podía llamarme Beth cuando lo hiciera correrse, porque solo una persona me llama Beth y no creo que quiera que piense en mi padre estando en esa posición comprometida.

Keely estalló en carcajadas.

—Eso no le has dicho.

—No, eso no. Pero puede que lo pensara.

Bethany resopló otra vez. No se sentía culpable por pasar por alto el episodio en la oficina porque ni ella misma tenía claro qué había ocurrido exactamente. Además, aquella última frase de él le resultaba demasiado íntima, demasiado salvaje para compartirla. ¡Quién iba a decir que la idea de que se pajeara con su culo la iba a poner tanto!

La mitad de su cerebro se le había fundido en cuanto puso los ojos en Zachary Savage. La otra mitad, en cuanto él le puso las manos encima.

Mientras revivía aquellos minutos electrizantes en su despacho, el calor la envolvió.

Caminar junto a él y el resto de invitados para subir al avión había sido lo más difícil que Bethany había hecho en mucho tiempo.

Para empezar, estaba convencida de que cada uno de los veinticuatro invitados de Indigo Lounge sabía lo que había estado haciendo en la oficina de Zachary Savage. Y, además, tenía las bragas tan mojadas que cada paso era un recordatorio torturante de su conducta escandalosa.

La gota que colmó el vaso fue cuando Zachary la hizo pasar delante al pie de la escalerilla.

—Después de ti —dijo con esa voz condenadamente sexi.

Ella negó de inmediato con la cabeza.

—No, esta vez, después de ti. Insisto.

La sonrisa cómplice de él le encendió la cara. Pero no le impidió mirar descaradamente ese culo prieto mientras subía los peldaños.

Una vez dentro, sin embargo, la química sexual dio paso a otra andanada sensorial igual de potente.

El interior del Airbus A380 era exquisito. Blanco y dorado con ribetes índigo, el espacio remodelado en exclusiva para clientes de alto patrimonio era tan impresionante que Bethany se quedó sin aliento mientras lo recorría con la mirada.

A un lado, una zona de bar donde servían mimosas y pequeños cruasanes coronados con lascas de trufa. Grandes butacones

enfrentados en grupos de cuatro jalonaban la parte central del avión. Más allá, separada por una cortina de gotas de perla dorada, blanca e índigo, adivinó otra zona de asientos.

Aceptó una mimosa de una azafata —otra belleza, pelirroja esta vez— y giró sobre sí misma mientras alzaba la vista.

Sobre su cabeza giraba una lámpara de araña de cristal de Swarovski, derramando destellos deslumbrantes sobre el grupo.

—Guau —murmuró.

—¿Te gusta? —preguntó Zach a su lado.

Bajó la mirada hacia él y volvió a quedarse sin aire al encontrarse con aquel rostro magnífico.

—¿Gustarme? Me encanta. ¡Es impresionante!

Él inclinó la cabeza, no sin que ella percibiera un atisbo de orgullo cruzarle la cara. Solo esa expresión le envió un pulso de algo indefinible por dentro.

A él le complacía su elogio. Bethany no entendía cómo era posible que lo hubiera conocido hacía menos de una hora y ya sintiera que lo conocía a un nivel visceral. Saber que su opinión significaba algo para él le tocó muy hondo.

—Me alegro —murmuró.

—¿Por qué? —preguntó, dejando que la curiosidad la volviera osada—. ¿Por qué te alegras?

—Porque quiero que tu viaje sea memorable. Inolvidable. No lo conseguiré si no estás a gusto con lo que te rodea. Si necesitas algo, dilo y será tuyo.

—En eso no tienes que preocuparte. Esto es increíble.

Su sonrisa mostró un placer genuino. Ella se quedó pasmada ante la transformación, de guapo a arrollador, mientras un sentimiento indefinible le atravesaba el cuerpo.

—Gracias. —Bebió un sorbo de su mimosa sin apartar los ojos de ella—. Te enseñaré el avión después del despegue.

—¿No tengo una guía personal para eso?

—¿Para qué conformarte con una empleada si puedes tener al jefe?

—Quizá no quiero al jefe. Quizá el jefe me resulta un poco abrumador —replicó ella.

Él sonrió, y su rostro volvió a transformarse de pasmosamente intenso a de infarto.

En ese momento, Bethany se dio cuenta de que quería ver más esa sonrisa. No es que las miradas taciturnas no tuvieran sus ventajas. Solo que temía por su función cardíaca si seguía con aquella intensidad electrizante.

—Iré despacio, lo prometo.

De algún modo, aquella súplica ronca no calmó sus temores. Pero se encontró asintiendo de todos modos.

—¿Y bieeen? ¿Ya te ha hecho el tour?

La pregunta de Keely le atravesó los pensamientos. Cuando Bethany volvió a centrarse, un pequeño escalofrío la recorrió.

—No. Viene a por mí en cinco minutos.

Un vistazo rápido al espejo del baño le devolvió el brillo de la excitación en los ojos. Giró y volvió a su pequeño salón, intentando a toda costa que el pulso se calmara.

Solo era una visita guiada por el avión, parte del servicio normal de Indigo Lounge. Nada más.

Sí, claro.

—Acuérdate de que necesito pruebas fotográficas.

—No creo que me permitan hacer fotos del interior del avión.

—No del avión, tonta. Del señor sexi recluido.

—Ah. —Bethany frunció el ceño—. No puedo plantarme y sacarle una foto así como así, Keely.

—Claro que puedes. Solo tienes que esperar a que se desmaye después de que le folles el cerebro.

Bethany se rio y dio un brinco cuando oyó los golpes en la puerta.

—Está aquí. Me tengo que ir —susurró, y se encogió al notar el temblor en su voz.

—Vete. Disfruta. Ni un segundo pensando en tu amiga en sequía sexual.

Bethany se detuvo con la mano en el picaporte.

—Claro. Recuérdame otra vez cuál de las dos ha tenido más sexo este mes que la otra en todo el año.

La risa satisfecha de Keely le zumbó en el oído.

—¡Culpable!

—Si no te quisiera tanto, te odiaría un poquito. —Le mandó un beso por el teléfono, colgó y abrió la puerta.

Zach Savage estaba apoyado en el quicio, peligrosamente guapo. La postura oblicua hacía que la camiseta se le tensara de forma sensual sobre el pecho esculpido y el abdomen marcado. Seguir con la mirada las hendiduras y el relieve de su cuerpo le secó la boca.

Antes de pasar de observar a babear, se obligó a subir la vista. Y contuvo un jadeo cuando volvió a encontrarse con esos ojos deslumbrantes.

Él arqueó una ceja; los ojos grises la recorrieron de arriba abajo antes de atraparla. Con una sola mirada, le hizo hormiguear el cuerpo entero.

—¿Lista? —preguntó.

Bethany estaba segura de que preguntaba por algo más que por la visita guiada.

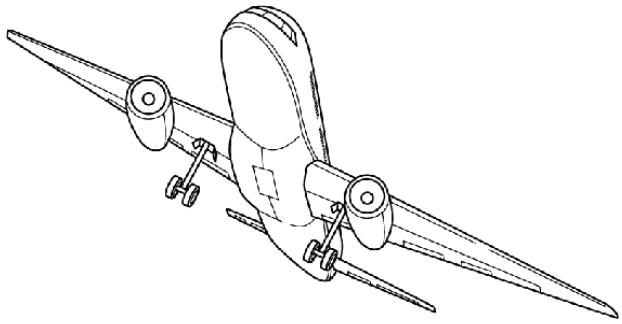
¿Estaba lista para lo que fuera que la esperaba?

«Tienes que pasar página. Olvídate del capullo de Chris y su amor recién descubierto por la variedad masculina del anal».

Aspiró hondo tanto para calmar el dolor de corazón como para armarse de valor.

Cuando asintió, Zach se irguió y le tendió la mano. La invadió la sensación de que ocurriría lo inevitable cuando se puso a su lado y le dio la mano.

Capítulo 4



—Entonces, ¿quién ha tenido más sexo este mes que tú en todo el año?

Lanzó la pregunta con tal naturalidad que ella tropezó a mitad de la escalera hacia la cubierta superior.

Zachary le sujetó el brazo justo debajo del codo y la estabilizó. Como si no tuviera ya bastante con lo suyo, ahora parecía una torpe. Y aquello, a su vez, la fastidió.

Se volvió hacia él en los peldaños, y otra sacudida le explotó en el vientre cuando sus miradas chocaron.

—¿Estabas escuchando a escondidas?

—Estaba esperando a que abrieras la puerta. Decidiste hablar al alcance de mi oído —respondió sin asomo de remordimiento, mientras sus ojos volvían a recorrerle la cara con ese repaso que a ella le resultaba tan excitante como desconcertante.

—Aunque hubiera sido así, ¿no te parece un poco inapropiado repetir una conversación privada?

Se le tensaron los labios mientras apoyaba la mano a un palmo de la de ella en la barandilla.

—Puede ser, pero no puedo desoír lo que ya he oído, Bethany. Y te lo dije: no se me da bien fingir. Así que no puedo fingir que no me interesa con quién hablabas. Y menos cuando estabas tratando un tema que tiene su importancia para mí.

El corazón de Bethany se aceleró por el extraño efecto hipnótico de sus palabras. Se esforzó muchísimo por pensar con claridad. Esto era el mundo real, aunque en una versión un poco rara en este momento; pero el mundo real, al fin y al cabo. La gente no se decía esas cosas.

—¿Cómo va a tener importancia para ti? Nos conocimos hace poco más de dos horas.

Él la contempló como si pudiera verla por dentro, hasta el centro de cada una de sus necesidades. De cada uno de sus deseos.

—Responde a la pregunta, Bethany —dijo sin más.

—Hablaba con una amiga. —Se apartó de él y, al instante, se giró otra vez, irritada por la compulsión de contestar y por su exigencia de saber detalles íntimos—. Dejemos algo claro desde ya. Lo que pasó en tu despacho no te da derecho a hurgar en mis conversaciones privadas.

Él crispó los puños a los lados, y ella volvió a tener la impresión de que se contenía para no tocarla.

—Permíteme disentir, pero, si lo prefieres, podemos ir más despacio…

—O podemos cortar esto en seco aquí mismo —dijo. Bethany no tenía reparos en admitir que la deriva de la conversación la inquietaba. Había una mirada en los ojos de él, una que insinuaba una posesividad que la entusiasmaba y la incomodaba a la vez. Ningún hombre la había mirado nunca con la concentración y la intensidad con que la miraba Zachary Savage. Le humedecía las palmas y le desbocaba el corazón como si hubiera corrido una maratón. Se pasó la lengua por el labio inferior y, cuando él se fijó en ese gesto delator, aspiró con fuerza—. Mmm…, quizá esta visita fue mala idea. Puedo pedirle a mi guía personal que…

Sacudió la cabeza una sola vez y un mechón de pelo negro le cayó entre los ojos. Con un gesto natural, se lo apartó hacia atrás.

—No, dejaremos esta conversación para luego. Te prometí una visita. Creo que esta cubierta superior te resultará aún más

interesante que la inferior. —Sonrió, pero la sonrisa no le llegó del todo a la mirada. Se puso a su lado y cruzaron un amplio arco.

Ella abrió mucho los ojos ante el panorama. Al fondo se alzaba un escenario, claramente para música en directo.

—Llevamos a bordo a una banda de rock, Friday's Child. Se encargarán de la música en Shanghái y en las Aleutianas. Pero también hay otras formas de entretenimiento a bordo. Renovamos el personal cada dos ciudades para ofrecer a los invitados una experiencia nueva y dar descanso a la tripulación.

Miró hacia el fondo. Los asientos íntimos ofrecían áreas de entretenimiento privado e incluso desde el otro lado de aquel salón enorme distinguió una pista de baile con un poste y una única finalidad.

—¿Las bailarinas vienen invitadas o puede cualquiera animarse y probar?

—Todo el entretenimiento lo proporciona Indigo Lounge, pero los invitados son libres de participar tanto o tan poco como quieran. El objetivo es pasarlo muy bien, lejos de miradas indeseadas.

—Claro, ya veo.

En otra zona habían montado una sala de proyecciones privada, aunque los reservados no se parecían en nada a lo que ella había visto en un cine normal. Eran altos y estaban muy resguardados, con cortinajes de terciopelo índigo para garantizar la máxima intimidad. Cada área de asientos podía acoger a un grupo de diez. Pegada al extremo de cada fila había una cajonera alta. Abrió el primero de los cinco cajones y se le salieron más los ojos.

Juguetes sexuales de todas las formas y tamaños —entre ellos una réplica exacta del que ella llevaba en el equipaje— ocupaban el cajón superior. El segundo contenía látigos y esposas de varios tamaños.

Cerró los cajones con calma, uno por uno, y al alzar la vista se encontró con los ojos de Zach fijos en ella.

—Deduzco que aquí no ponen solo dibujos animados —dijo, sintiendo cómo la sangre se le subía a la cara cuando sus miradas se

cruzaron.

De nuevo, esa sonrisa que apenas le rozaba los labios.

—No. Pero, si te apetecen dibujos, seguro que puedo encontrarte algo en nuestra amplia selección.

La condujo por otra puerta con código. Una música oriental delicada tintineaba por unos altavoces discretos. Cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, vio camillas de masaje dispuestas en parejitas íntimas, rodeadas de velas gruesas aún sin encender. Una azafata, con un vestido corto color índigo ribeteado en oro, apareció tras una cortina y se inclinó en una reverencia.

—Nuestras masajistas ofrecen toda una gama de terapias —explicó Zachary en voz baja—. Solo tienes que pedirlo y estará hecho. Viajar, incluso en el colmo del lujo, puede cansar —murmuró —. ¿Qué mejor forma de relajarse que un masaje, ya sea a solas o con alguien especial? —Su voz rezumaba sexo puro.

Por un lado, Bethany se sintió aliviada al notar que su fría irritación había remitido; por otro, había vuelto a ser su versión letalmente sexi y, al mirarlo y ver sus ojos entornados puestos en ella, supo que el alivio era lo último que debía estar sintiendo.

El último espacio la dejó sin aliento. Estaban en el punto más cercano al morro del avión, donde un ventanal panorámico ofrecía una vista limpia de ciento ochenta grados. Como apenas llevaban una hora de vuelo y habían dejado atrás las nubes, lo único que veía Bethany era cielo azul. Se apoyó en la barandilla y se estiró de puntillas para ver mejor.

—Guau —exhaló.

Él se aproximó a ella por detrás, con las manos a ambos lados de las suyas en la barandilla. Volvió a enjaularla, como en su despacho, y a ella se le atascó el aliento en la garganta cuando lo sintió tan cerca.

—Te traeré aquí dentro de unas horas, justo antes de que se ponga el sol —dijo en voz baja, cargada de una promesa oscura y envolvente incluso cuando no decía nada sexual—. Ver el cielo del crepúsculo cuando empiezan a salir las estrellas es increíble.

Había oído a Keely enloquecer con la voz de algún actor, pero Bethany jamás había sentido excitación sexual por ese motivo. Hasta ahora. Notó un tirón profundo en el vientre y deseó que siguiera hablando para derretirse con su voz.

—Me…, me encantaría.

—Bien. —Se quedaron así varios minutos, contemplando el paisaje en un silencio templado mientras el jet avanzaba hacia el este. Con cada respiración, ella quedaba más prendida del olor de él, de la esencia de Zach Savage y de las cosas increíbles que su aura le hacía sentir.

—No pretendía entrometerme en tu vida antes. —Se detuvo, y ella lo notó negar con la cabeza—. No, retiro eso. Pretendía exactamente eso.

—¿Por qué?

—Porque quiero saber cada detalle de ti, Bethany. No voy a disculparme si suena excesivo o atrevido; es la verdad.

Se le cortó la respiración y apretó más la barandilla. Sentía como si se meciera pese a estar quieta.

—No te gusta endulzar las palabras, ¿eh?

—En mi vida no hay lugar para la ambivalencia. Cada día tengo que tomar decisiones enormes. No puedo permitirme andarme con rodeos.

—Pero eso será en los negocios, no en lo privado, ¿no? —preguntó, aún sin moverse de donde él la mantenía «encerrada».

Él se acercó más, hasta que la pelvis le rozó el trasero. Un calor la atravesó. Miró hacia sus manos: las suyas, delicadas, al lado de su agarre fuerte y poderoso. Tan cerca y, sin embargo, sin tocarse.

—Al final, los mismos principios se aplican en todos los ámbitos de mi vida. No te voy a engañar haciéndote creer que esto es algo distinto de lo que es o será. Te quiero. Pienso tenerte y haré lo que haga falta para lograrlo, incluida la misión de averiguarlo todo sobre ti. Puedes ayudar respondiendo a mis preguntas.

—Sabes, también podrías decir simplemente que te gustaría conocerme y dejar que esto evolucione de forma más natural.

Una leve exhalación le indicó que se estaba riendo. Ella mantuvo la vista al frente. Aunque se conocían desde hacía poco, ya sabía que un Zachary Savage sonriente era letal para sus sentidos.

—Cierto. Y era lo que pensaba hacer al terminar la visita. Pero ha salido el tema del sexo. Y desde entonces no puedo pensar en otra cosa.

—Sí, comprendo que algo así acabe frustrando incluso las mejores intenciones.

Él rio; un sonido grave, agradable, precioso que abrió fuego directo contra su parte íntima. Él agarró con fuerza la barandilla y luego deslizó las manos un poco más cerca de las de ella.

Pero aún no la tocó. Había algo en esa gratificación aplazada que le encogía las entrañas.

—Cena conmigo esta noche.

Antes de que pudiera responder, oyó voces: un grupo entraba en el mirador.

Zachary se puso tenso y ella escuchó su gruñido bajo antes de que se apartara.

Aspirando por fin una bocanada completa, se volvió, cuidando de no soltar la barandilla porque las piernas le temblaban de forma nada disimulada.

El primer grupo incluía a un sultán o a un jeque —a juzgar por la indumentaria—. Lo acompañaban cuatro mujeres de entre veinte y veinticinco años. Todas lucían ropa de diseño maravillosa, joyas carísimas y un maquillaje impecable. Y las cuatro lo cortejaban como si adoraran el suelo que pisaba.

—Es el hijo de un sultán. Son sus esposas —murmuró Zach mientras ellas soltaban risitas al ver el cielo.

Bethany apenas contuvo una mueca.

—Claro, porque ¿para qué conformarse con una esposa pudiendo tener cuatro?

Unos ojos grises, cortantes, se clavaron en los suyos con una intensa honestidad que no dejaba dudas.

—Quédate tranquila, soy un hombre de una sola mujer, Bethany. Mientras me des tu palabra de que tú eres una mujer de un solo hombre, no habrá problema. Porque dedicaré cada minuto despierto a asegurar tu placer para que no tengas que buscarlo en otra parte. ¿Me das tu palabra?

—Yo…

El sultán junior vio a Zachary y abrió los brazos en un saludo sonoro y efusivo. Zachary soltó otro gruñido de frustración. Le dirigió una mirada de disculpa.

—Discúlpame. Esperaba pasar desapercibido, pero ya veo que ese plan se ha ido al traste.

Ella le hizo un gesto para restarle importancia, incapaz de no seguir con la vista su contoneo sexi al alejarse.

Dios santo. Por un lado, sabía lo que estaba pasando. La calma antes de la tormenta; los preliminares antes de follar. Pero si alguien le hubiera advertido a Bethany de que aquello la iba a excitar tanto, se habría reído a carcajadas.

Con veinticuatro años, había tenido bastante menos parejas que la media de su edad; su relación más larga había sido con su cuarto novio, Chris…, hasta su bomba de hace seis meses.

Se había mudado a Nueva York por él, a compartir piso a petición suya, y durante casi un año se había engañado creyendo que estaban en la recta final antes de la gran pedida. Al principio, los viajes de fin de semana por trabajo no le encendieron ninguna alarma. Pero, tras ocho fines de semana seguidos y con el dato incómodo de que estaba teniendo más sexo con Dildo Pete que con Chris, supo que algo iba muy mal.

Ni en sus peores pesadillas infernales se imaginó que el hombre con el que creía que iba a pasar el resto de su vida confesaría que ahora prefería a los hombres.

—Hola.

Salió del callejón de los Recuerdos Jodidos para encontrarse frente al tipo que había visto en recepción. El resto de su grupo

también había llegado a la cubierta con su auxiliar y admiraban las vistas.

—Eh… Hola —saludó esperando que la sonrisa no delatara su mundo interior.

Él le tendió la mano.

—Soy Jackson Blaine. Mis amigos me llaman Jax.

—Bethany —respondió, estrechándole la mano.

Tenía un rostro cándido y afable, con ojos castaños chispeantes y una sonrisa con hoyuelo que daba confianza. En conjunto, muy agradable de ver.

—Soy batería de Friday's Child. Tocamos en un par de horas en la cubierta inferior. Si te apetece, pásate.

Iba a asentir cuando miró por encima de su hombro y sintió el impacto de los ojos entornados de Zachary Savage. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y el corazón le dio un vuelco antes de intentar recomponerse.

—Yo… me lo pensaré.

—Genial —sonrió Jax—. Vaya vistas, ¿eh? —Señaló el cielo en el exterior.

Con un esfuerzo monumental, apartó la mirada de Zach, no sin ver antes cómo él ponía su atención en Jax.

—Sí, es increíble. —Se volvió y se quedó mirando a la nada, otro escalofrío la atravesó. No necesitaba verlo para saber que seguía siendo el foco de atención de Zachary Savage.

A su lado, Jax charló un poco. Ella respondió lo justo hasta que su grupo volvió junto a él. Hubo presentaciones que apenas retuvo.

Consiguió asentir cuando él sonrió.

—¿Entonces nos vemos en un par de horas?

—¿Y por qué vas a verlo en un par de horas?

Zach se materializó a su lado. Otra vez estaba cerca, muy cerca, pero sin tocarla. Se preguntó si habría practicado ese truco o si le salía naturalmente, como algo inherente a su aura sexual. Fuera lo que fuese, la encendía con tanta fiereza que le entraban ganas de gruñir. Ella, que no había gruñido en su vida.

—Friday’s Child me acaba de invitar a un concierto.

Se le contrajeron las cejas, con disgusto.

—He cambiado mis planes por ti. Mezclarme con los otros invitados no me interesa.

De nuevo, su arrogancia la irritó. Pero saber que había cambiado sus planes por ella la excitó… más de lo que podía gestionar con lógica.

Jesús, necesitaba recuperar algo de cordura antes de perder el juicio.

—A mí sí me interesa. Le prometí a Keely que intentaría salir de mi suite al menos una vez al día.

Él se puso rígido y se inclinó más.

—¿Quién es Keely?

—Alguien a quien quiero.

—¿Y por qué te importa divertirte en este viaje?

—Porque… —Se detuvo y volvió a preguntarse por qué sentía la necesidad de desnudar su alma con ese hombre. Lo fácil habría sido decirle que metiera las narices en sus asuntos y que la dejara en paz.

Pero no quería que Zachary Savage la dejara en paz. De hecho, era lo último que quería.

—Porque necesito enterrar algunos fantasmas.

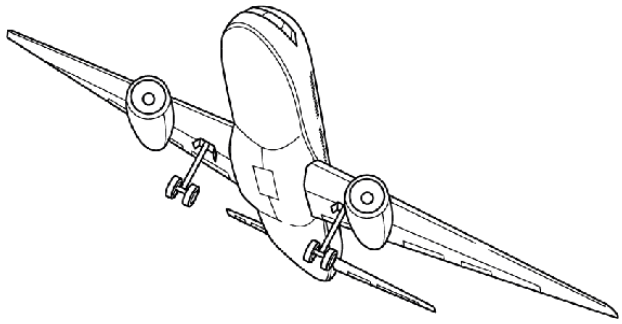
Los ojos de él brillaron, se endurecieron un punto y luego volvieron a su intensidad habitual. Asintió y de nuevo se le fue la vista a la boca.

—Sé algo de fantasmas, preciosa. Déjame ayudarte.

—Apenas te conozco.

—También puedo arreglar eso. Deja tu suite. Trasládate a la mía.

Capítulo 5



Iba en serio. Claro que iba en serio. Una de las cosas que Bethany estaba aprendiendo muy rápido sobre Zachary Savage era que no decía nada que no pensara. El escalofrío que la recorrió la sacudió hasta el fondo del alma.

—Gracias por la oferta, pero mi suite está muy bien.

—No te estoy invitando a mi cama, Bethany. Todavía no.

La decepción la atravesó como un rayo, pero Keely le había enseñado a poner una cara de póker aceptable y rezó para que no se le descompusiera ahora.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

—Porque aún no es el momento.

—Supuestamente, no voy a compartir tu cama, entonces, ¿por qué invitarme…? Ah. Ya. Por la posesión.

El grupo había empezado a salir del mirador. Cuando ella se dispuso a seguirlos, él la detuvo.

—No creo que necesite vigilarte. —Él ignoró su resoplido escandalizado y siguió—. Solo quiero asegurarme de que tienes cubiertas tus necesidades hasta que llegue el momento adecuado para llevar esto al siguiente nivel. Además, técnicamente este es mi lugar de trabajo, y no follo donde trabajo, aunque contigo me tienta muchísimo hacer una excepción.

—¿De verdad esperas que me crea que nunca has tenido sexo en tu avión?

Sus ojos se oscurecieron, impenetrables.

—En mis aviones de Indigo no.

—¿Pero perteneces al club del sexo a gran altura?

Se tomó varios segundos.

—Una expresión de mal gusto, en mi opinión, pero sí, he tenido sexo en un avión. Si deseas vivir algo así, te lo proporcionaré, pero no será en este avión.

El calor la invadió y la agitó. La mirada de él prometía toda clase de pecados sucios. Los pezones rígidos se le marcaron contra el vestido. La mirada de él descendió hacia sus pechos. Una sonrisa lenta le curvó los labios al constatar el efecto que sus palabras tenían en ella.

—¿Te pone, Bethany? ¿La idea de que te follen en un avión mientras volamos hacia las estrellas?

—Me acojo a la Quinta Enmienda.

Su sonrisa se ensanchó.

—Me da en la nariz que contigo no va a ser un paseo por el parque.

—Ya te dije que hay un largo trecho entre…

—Sentir y follar, sí, me acuerdo. Por eso quiero que cenes conmigo. Quiero acortar ese trecho.

—Si «cenar» es un eufemismo de convencerme para que me traslade a tu suite, la respuesta es no.

—Incluye mucho más que eso, pero acepto tu respuesta a esa pregunta concreta.

La sorpresa la sacudió.

—¿La aceptas?

Asintió.

—Era un intento desesperado que, admito, a la larga habría dado más problemas. No hace falta torturarnos hasta bajar de este avión. —Volvió a enfocar la mirada en sus labios y se quedó ahí. Luego inspiró despacio, como reforzándose la voluntad.

Bethany se humedeció los labios mientras una avalancha de emociones caóticas la atravesaba.

—Dime que sí, Bethany. Solo cenar y charlar.

Ambos sabían que habría bastante más, pero ella siguió la ficción.

—Buf, no sé… una cena aburrida o una velada con un grupo de rock.

Su sonrisa era la personificación de la seguridad en sí mismo.

—Conmigo no te vas a aburrir. Te lo garantizo.

Le creyó, aunque no le regaló la satisfacción de decirlo. Un hombre con su carisma podría leer el diccionario al revés y que sonara erótico.

—Sea como sea, tomo mis propias decisiones. Y no te he oído exactamente invitarme a cenar. No respondo bien a las exigencias.

—Ven de todos modos; quiero proponerte una cosa.

—Acabamos de conocernos. ¿Cómo vas a proponerme nada?

Se puso serio y la miró con un deje de reproche.

—Podemos seguir con este tira y afloja todo lo que quieras, globitos. Pero solo estaríamos perdiendo el tiempo. —Endureció la mirada—. A menos que no estés libre para estar conmigo.

—Si no lo estuviera, ¿crees que me habría venido sola a un viaje como este?

Tragó saliva y la miró con cara de puro alivio, provocando en ella un pálpito de emoción. ¿Por qué le había parecido enigmático cuando lo vio por primera vez y leyó sobre él? Zach Savage llevaba los sentimientos escritos en la frente.

No, no era así del todo. Había algunas emociones que no le importaba exhibir. Ella lo había visto con sus empleados y con los invitados del avión. A ellos, les sonreía en tono amable, pero manteniendo la distancia. Y, sin embargo, con ella, había mostrado disgusto, fastidio, orgullo y un hambre constante y omnipresente.

—Entonces no hay nada que te lo impida.

—No, nada. Solo yo.

—¿Te negarías a disfrutar de mi compañía solo por demostrarme que puedes?

Se encogió de hombros.

—Puede que no me apetezca. No creas que me conoces solo porque nuestros cuerpos reaccionan así cuando estamos juntos, Zachary.

A él se le oscurecieron los ojos.

—Me encanta cómo dices mi nombre. Igual te dejo llamarme Zachary después de todo.

—Vaya, gracias por el honor.

El tono sarcástico le llamó la atención. Suspiró.

—Bethany, ¿a qué viene esto? Lo único que quiero es tu compañía.

—Lo siento, pero no me lo creo.

—Tienes razón, quiero mucho más. Pero, por ahora, solo quiero cenar.

Ella suspiró.

—Vale. Solo cenar. ¿En tu suite a las ocho?

Inclinó la cabeza de un modo que casi lo hacía parecer regio.

—Iré a recogerte.

—No. Philip, mi muy competente guardaespaldas, al que conocí muy brevemente antes de que te adueñaras de mi atención, me acompañará.

Se le encendió un punto de disgusto en los ojos, pero asintió.

—Voy a disfrutar convirtiendo todos esos noes en síes.

Ella sacó una sonrisa de algún sitio, pese a que mirarle a esos ojos le hacía delirar.

—Suerte con eso.

Él dio un paso hacia ella y bajó la cabeza como para besarla.

A Bethany se le encogieron los pulmones; todo su cuerpo se preparó para el contacto, pero, en el último momento, él se detuvo y echó un paso atrás.

En silencio, la acompañó de vuelta a su suite. Pasaron junto a Tracy, su auxiliar, que les sonrió, pero Bethany vio las preguntas en sus ojos bien abiertos.

En su puerta, él se apoyó en el marco mientras ella tecleaba el código.

—Bueno, nos vemos luego —dijo ella cuando la cerradura hizo clic.

Él se irguió y le rozó lentamente la mejilla con los dedos, una caricia que le encendió cada uno de los nervios del cuerpo. En contra de su razón, ella empezó a inclinarse hacia él. Pero, otra vez, él se quedó inmóvil y se metió las manos en los bolsillos traseros como ya había hecho antes.

—A las ocho. No llegues tarde.

—Nunca llego tarde —replicó.

La risa ronca con la que se alejó resonó en ella durante mucho mucho rato.



Para la cena eligió un vestido negro de cuero, estilo qipao chino, a media pierna, con medias negras estampadas y zapatos de plataforma.

Se recogió el pelo en un moño suelto y remató el conjunto con unos pendientes de cascada plateados y su pintalabios escarlata favorito.

Philip, un gigantón corpulento de Papúa Nueva Guinea, llamó a su puerta a las ocho menos cinco.

Le devolvió la sonrisa con una leve inclinación.

—Buenas noches, señorita Green. —Retrocedió y esperó a que cerrara la puerta.

Para su sorpresa, el hombre la condujo hacia la parte trasera del avión, hasta un ascensor privado que no había visto.

—La llevará directamente a la suite del señor Savage. Que disfrute de la velada.

Mantuvo la sonrisa de póker hasta que las puertas se cerraron; entonces soltó el aire y miró a su alrededor el interior cromado y pulido como un espejo. Incluso aquel espacio mínimo rezumaba una riqueza inimaginable.

Cuando se abrió unos segundos después, Zachary Savage estaba en el umbral, con camisa blanca y pantalones negros que ceñían unas caderas finas y unos muslos poderosos e hicieron estragos en su sistema.

Para apartar la mente de aquello, soltó:

—¿Tienes ascensor propio?

Alzó una ceja, y también la sonrisa.

—Lo tengo todo propio, Bethany. Pronto descubrirás que soy un hombre al que le disgusta intensamente compartir.

Se hizo a un lado y la invitó a pasar.

Su suite era más pequeña que la de ella, lo cual la sorprendió. Pero el espacio era igual de divino que el resto del avión.

Sirvió una copa de Chianti y se la ofreció. Luego dejó caer su figura alta —apetecible a rabiar— junto a ella en el sofá.

En cuanto centró su atención en ella, a Bethany se le atascó el aliento.

Jesús, todo lo que hacía este hombre era letal, incluso sentarse y mirar.

—Servirán la cena en unos minutos. Me da tiempo a hacerte mi propuesta.

Bethany bebió un sorbo para poder calmarse un poco. Porque todo dentro de ella estaba listo para gritar que sí a lo que fuera que dijera. Y eso le daba pánico.

—Te escucho.

—Quiero ser tu guía en Shanghái. Condensaremos los dos días en uno, pero me aseguraré de que veas lo importante. Luego quiero que dejes la experiencia de Indigo Lounge y te vengas conmigo a Marrakech.



Zach observó cómo su rostro deslumbrante atravesaba un sinfín de expresiones. Contuvo el aliento y se obligó a quedarse quieto mientras la pregunta rebotaba en la mente de ella.

Jesús, jamás había deseado a una mujer como la deseaba a ella. El hecho de no poder tenerla de inmediato, de que su integridad exigiera que arreglara primero otras cosas, le roía como una maldita enfermedad.

Aquel vestido de cuero, a media pierna… Cristo, era un milagro que siguiera consciente con toda la sangre bajando al sur. Y esos lacitos ridículos estampados en las medias, se los habría arrancado con los dientes para llegar a su piel blanda, infinitamente provocadora.

En lugar de eso, bebió un sorbo y esperó su respuesta.

—¿Qué hay en Marrakech?

Exhaló aliviado. No era un sí rotundo…, pero tampoco había dicho que no. Y estaba dispuesto a impedir que llegara a decirlo.

—Una de mis casas. Está en las estribaciones del Atlas, con un oasis en pleno desierto al alcance de la mano.

Ella dio un respingo y abrió mucho los ojos.

—¿Un oasis…? ¿Quieres decir que hay agua? —susurró, y se le puso la cara un poco pálida.

Zach frunció el ceño, odiando aquella expresión.

—¿No te gusta el agua?

Ella frunció los labios carnosos —unos labios que se moría por besar— y negó con la cabeza.

—No soy muy fan de ninguna masa de agua.

Mierda. Podía ser un problema. Pero no uno que pensara dejar que se interpusiera en sus objetivos. Porque tener a Bethany Green se había convertido en su misión número uno. Lo atraía como una polilla a la llama. Quería arder en su calor, morir en su fuego.

No sabía qué estaba pasando, qué había empezado a pasar en cuanto la vio, pero ni loco iba a pisar el freno para averiguarlo. Lo tenía completamente hechizado. Lo que ocurrió en su despacho casi le voló la tapa de los sesos. Nunca había hecho algo así. En según qué circunstancias, podría dar pie a preguntas muy serias sobre sus prácticas laborales, pero en aquel momento le importó un carajo. Demonios, lo repetiría sin pensarlo.

Verla y reclamarla fue una progresión natural que no cuestionó ni un segundo. Y estaba decidido a que esa progresión llegara hasta su dormitorio.

—Habrá otras cosas que explorar además del agua. Muchas, muchísimas otras.

Ante la franqueza, a ella se le tiñeron las mejillas. Unos ojos azules exquisitos, en un rostro aún más exquisito, lo miraron fijamente. Tomó otro sorbo de vino y se lamió una gota del labio inferior.

El gruñido grave de él hizo que ella abriera aún más los ojos.

—¿Cuánto tenemos que quedarnos en Shanghái?

—El I. L. hace una escala de dos días. Podemos hacer una visita abreviada de doce horas.

—¿Y Marrakech significa que me perderé el resto del tour?

—Sí.

El labio inferior se le puso en puchero.

—Tenía muchas ganas de ir a Bora Bora.

—Te daré Bora Bora. Tengo casa allí también. Pero antes de eso tengo negocios en París y luego en Marruecos. Después seré libre para estar contigo. No quiero dejarte. Dime que sí, Bethany.

Ella aspiró hondo. Con ese gesto, los pechos generosos le empujaron el cuero y marcaron unos pezones duros como piedras. Cuando descruzó las piernas largas para volver a cruzarlas, Zach sintió el pulso palpitando en las sienes. Quería esas piernas muy abiertas para él, mientras le lamía el clítoris turgente y la veía correrse una y otra vez. Luego las quería altas, sobre sus hombros, mientras le embestía con su polla.

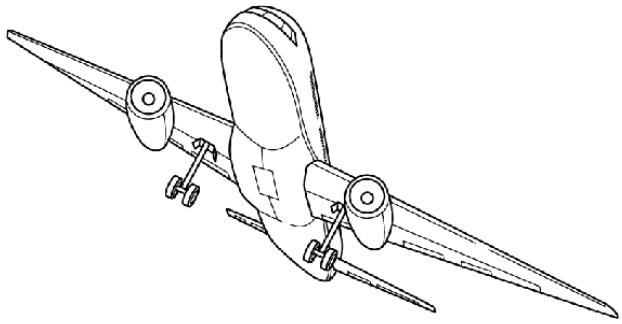
Se le endureció tan rápido y con tanta fuerza que casi se la coge para aliviar el dolor agudo.

Como si notara su agitación, ella le sostuvo la mirada y luego la bajó a su paquete. Era imposible que no percibiera el efecto que tenía sobre él, y él no se molestó en ocultarlo. Quería que viera lo caliente que ella le ponía. Cuánto la deseaba.

Lentamente, ella se lamió los labios. El aliento se le escapó en jadeos suaves y calientes. Luego alzó los párpados y murmuró la palabra que él quería oír.

—Sí.

Capítulo 6



Shanghái era calurosa, húmeda y gloriosa.

Su suite imperial en el Indigo Mandarin Shanghái —había descubierto que todos los destinos del Indigo Lounge estaban vinculados a negocios propiedad de Zachary Savage— la había puesto al borde de las lágrimas de alegría, pero era la idea de recorrer aquella increíble ciudad china con escolta lo que hacía que la sangre de Bethany vibrara de emoción.

Claro que su escolta tenía mucho que ver.

Doce horas después, aún le costaba creer que hubiera aceptado con tanta facilidad abandonar el viaje de su vida y le hubiera dicho que sí a Zach. Una parte de ella seguía suspendida en la incredulidad ante lo que estaba contemplando. El resto se sentía compelido a aprovechar el momento, a rendirse a la química increíble que bullía entre ellos cada vez que él la miraba con esos intensos ojos grises.

Lo sintió detrás y se volvió, apartándose del enorme Buda de jade y de las tallas antiguas en las paredes del templo Jing'an, su cuarta y última parada del tour.

—¿Lista para irnos? —preguntó con esa voz grave y ronca que hacía latir su corazón un poco más deprisa.

Él volvía a tener las manos metidas en los bolsillos traseros de los vaqueros, postura familiar que ella empezaba a reconocer cada vez que lo tenía a su alcance.

La camisa azul le tensaba el ancho pecho y, por el cuello abierto, Bethany atisbó una vibrante piel con un bronceado dorado que le estremeció todo el cuerpo.

—Sí —la voz le salió tensa, y sofocó el arranque de irritación que le subió de la nada.

Por algún motivo, Zachary Savage, después de dejar muy claro que quería meterse en sus bragas en un futuro muy próximo, se esmeraba en no tocarla. Sabía que no era por mantener la corrección delante de sus empleados. En parte del recorrido había mandado a Tracy, su guía personal, y a Philip, su guardaespaldas, que les dejaran intimidad mientras él le enseñaba los exquisitos jardines Yuyuan.

Pero incluso cuando estaban solos, aunque se mantenía cerca, tenía mucho cuidado de no tocarla. La pregunta revoloteó en la punta de su lengua, pero la tragó y contuvo el impulso de acercarse, de deslizar las manos por ese pecho marcado y de infarto.

—¿Estás bien?

Alzó la vista y lo encontró mirándola, con los ojos entornados, inquisitivos, de un modo que la hizo temer que pudiera leerle los pensamientos.

Asintió rápido.

—Estoy bien, solo un poco molida de patearme la ciudad.

Las botas que llevaba con sus vaqueros y su top blanco de encaje empezaban a apretarle demasiado, y los pies le dolían por el ritmo que él había impuesto desde que salieron del hotel a las nueve de la mañana, pero los sentidos ardían con toda la experiencia.

—Tendrías que haberme dicho que bajara el ritmo.

—¿Y perderme todos los sitios alucinantes a los que me has llevado hoy?

Él se limitó a sonreír, una sonrisa devastadora que le envió calor al vientre y le hizo latir el clítoris.

—Me alegra que te haya gustado —dio un paso atrás e indicó la limusina, al ralentí junto al bordillo al pie de la escalinata del templo.

Atravesaron el distrito de Pudong y se adentraron en el corazón cosmopolita de Shanghái, con rascacielos y torres icónicas que se alzaban hacia el cielo.

—Gracias por enseñarme la ciudad —dijo mientras el coche los llevaba de vuelta al hotel.

Bethany intentó no devorarlo con la mirada mientras él se dejaba caer a su lado en el asiento trasero. Claro que él no tenía tal reparo. Cada vez que ella se movía, su mirada la seguía. La rastreaba con el enfoque de un depredador de la jungla y, aunque su postura parecía grácil y relajada, había en él una energía enroscada que sus sentidos hiperalertas no podían ignorar.

—Un placer —dijo sin más.

Pasó un brazo por el respaldo, a un susurro de donde el moño despeinado de ella rozaba el reposacabezas. Tal vez hasta atrapó un mechón entre los dedos. Ella estaba demasiado abrumada por lo que le provocaba su cercanía como para averiguarlo.

Entre los dos vibró el silencio. Uno que él no parecía inclinado a romper. No, Zachary se contentaba simplemente con estar sentado a su lado, como un depredador tumbado al sol, mirándola. Y ella…, ella se estaba poniendo a mil con todo ese rollo de «te miro, pero no te toco». Giró la cabeza cuando el río Huangpu asomó a la vista, pero eso no alivió el cosquilleo que le reptaba por la piel.

Volvió a mirarlo.

—Además de mandarín e inglés, ¿cuántos idiomas hablas?

—Cinco. Siete si cuentas palabras malsonantes en otros dos idiomas —respondió él.

—¿Quieres decir tacos?

Él curvó la boca en una de esas sonrisas canallas. Ella contrajo la vagina con fuerza y los pezones hambrientos se le pusieron de punta.

—No, quiero decir palabras para follar, Bethany. Hablo griego y armenio con fluidez. Si quieres, puedo describirte cada uno de tus movimientos, cada sonido, y cómo tu dulce coño me aprieta la polla

cuando follamos. ¿Te gusta que te digan cosas obscenas durante el sexo, Bethany?

El fuego la envolvió. Cerró las manos en el regazo mientras lo veía inclinarse hacia ella, recorriéndole el rostro con la mirada febril.

—¿Por qué es importante?

—Porque quiero que me eduques en lo que te gusta; en lo que te enciende. Igual que yo pienso enseñarte a satisfacerme —se inclinó aún más, trayendo consigo ese olor embriagador de masculinidad potente y de una colonia exclusiva y carísima.

Se le desbocaron los sentidos, como desde que había entrado en el hangar privado el día anterior.

—¿Quieres saber lo que me gusta?

Él asintió una vez.

—Saber un poco más del hombre por el que pienso abandonar mi viaje no me vendría mal.

Su mirada se enfrió y se recostó en el asiento. Apartó de ella esa mirada hipnótica y miró por la ventanilla.

—Sabes quién soy en todo lo que importa.

—Discrepo. Sé tu nombre y algunos de los negocios en los que estás metido. ¿Cómo sé que, debajo de esa ropa carísima, no eres en realidad un setentón adicto a la cirugía estética y a los esteroides?

Se echó a reír, un sonido cálido y áspero que le encogió los dedos de los pies.

—Lo de la cirugía es fácil de demostrar. Lo de los esteroides, también.

Otro chorro de calor la inundó. Lo había visto excitado la noche anterior en su suite. La erección era inconfundible bajo la tela suave del pantalón. El tamaño le había secado la garganta y le había contraído la vagina de hambre. No había ahí rastro de uso prolongado de esteroides.

—Sea como sea. Necesito un poco más. Si ayuda, empiezo yo. Tengo veinticuatro, cumplo veinticinco en dos semanas. Me mudé a Nueva York hace dos años. Antes de eso vivía en Westchester con

mis padres, los dos profesores universitarios, y me gradué summa cum laude en Cornell.

La sonrisa que él le dedicó fue críptica.

—Todo eso ya lo sé.

Bethany dio un respingo.

—¿Ah, sí?

Asintió.

—La mitad venía en los formularios que rellenaste.

—¿Y la otra mitad?

Apretó los labios un instante.

—Todos los invitados del Indigo Lounge son investigados a fondo antes de acceder a la experiencia. Estaba leyendo tu expediente cuando llegaste.

El sobresalto se le pasó y asintió.

—Tiene sentido. Así que lo sabes todo sobre mí…

—No todo, pero pienso averiguarlo —la promesa oscura le envió a la vez alarma y excitación por las venas.

—¿Y me concederás la misma cortesía?

Se encogió de hombros.

—Sabes mi nombre. Tengo treinta y uno. Soy heterosexual y tengo varios negocios por todo el mundo. Me gustan los aviones y el béisbol, pero no puedo ver ni ir a muchos partidos —volvió a fijar la mirada con esa intensidad que la reclamaba por fuerza, y luego dejó caer la vista a sus pechos antes de volver a su cara—. Y ahora mismo no puedo pensar en otra cosa que en el momento en que te folle.

Le estaba dando el brillo de escaparate, la pieza de relleno que cualquiera con internet podía encontrar, y enterraba la renuencia a hablar de sí mismo con sexo. Peleó contra el deseo que le arrastraba el vientre e intentó centrarse.

—¿Y familia? ¿Tienes?

Un frío glacial le heló la cara y le oscureció los ojos. Bethany vio, pasmada, cómo se le tensaba la mandíbula, y el hombre que un segundo antes la miraba hambriento desapareció por completo.

—Ninguna de la que quiera hablar.



Como respuesta concluyente, más tajante y seca, imposible.

Se le cayó el brazo del respaldo, cerró las manos en puños sobre los muslos y volvió la cara a la ventanilla.

Bethany le miró el perfil, de nuevo deslumbrada por lo guapísimo que era Zachary Savage. Incluso con ese ceño helado estampado en la cara, el hombre estaba de escándalo.

Quedaba claro que había tocado un tema sensible. Quiso retirar la pregunta, pero se mordió la lengua.

Conocer al hombre con el que pensabas acostarte no era ningún crimen. Demonios, en los tiempos que corren, con depredadores en cada esquina, era obligatorio.

Aun así, contuvo el aliento cuando él suspiró y se volvió hacia ella.

—Probablemente tengas varias casillas que te mueres por marcar antes de asegurarte de que lo que va a pasar entre nosotros está bien. Créeme, Bethany, no podría estar mejor. ¿Te quedarías más tranquila si te dijera que nunca he hecho algo así?

—¿Recoger a una mujer en uno de tus aviones y hacer planes para acostarte con ella?

Levantó una comisura de los labios, pero el rostro siguió mortalmente serio.

—No he volado en un Indigo Lounge desde el vuelo inaugural, hace seis años. Y, desde luego, nunca he actuado por impulso para subirme a uno.

Ella recibió otra descarga de shock, y luego recordó sus instrucciones en el aeropuerto.

—Tu equipo se sorprendió de que cambiaras los planes —murmuró.

—Porque solo paré en Newark para repostar. Ya estaban casi listos cuando llegaste. Media hora más y me habría ido.

Dejó que esa última información flotara, que ambos absorbieran la serendipia de su encuentro. Cuando le volvió a mirar, el frío había desaparecido. Y el deseo regresó con toda su fuerza, golpeándola sin tregua.

Y, aun así, maldita sea, no hacía ademán de tocarla. Ni de acercarse.

Como si Zachary Savage estuviera empeñado en seducirla solo con palabras.

Y qué bien lo estaba haciendo. Bethany se removió al notar cómo las bragas se le humedecían bajo la mirada hambrienta de él. El cosquilleo entre las piernas había pasado a latido pleno, y los pechos le pesaban tanto que deseaba apretarlos con las palmas para aliviar el dolor.

—Como ves, todo lo demás es superfluo. Lo importante eres tú, soy yo, y las ganas de explorar lo que hay entre nosotros.

Se salvó de responder cuando el coche se detuvo bajo el exquisito pórtico del hotel de Zachary. El portero, al ver quién venía, se cuadró y corrió a abrirle la puerta.

Cuando apareció a su lado en la acera, Zach ya había adoptado la actitud distante e indiferente que había mostrado en compañía durante todo el día. Respondió a varios saludos mientras la conducía por el vestíbulo de suelos de mármol y de un diseño que te dejaba con la boca abierta— hasta el grupo de ascensores privados que daba acceso a las suites de él y de ella.El hotel estaba decorado como el resto de negocios de Zach que había visto en línea y en persona hasta ahora: toques de exquisito estilo con un sutilísimo guiño índigo que delataba la impronta de su dueño.

Entraron en el ascensor y él se volvió hacia ella de inmediato.

—Recuerda que salimos para el aeropuerto en cuatro horas —dijo cuando las puertas se cerraron, arropándolos en aquel espacio íntimo mientras subían veloces al piso dieciocho.

Acababan de dar las seis. Había seguido el consejo de Tracy y se mantuvo aclimatada a la locura del huso horario al aterrizar.

El jet privado de Zachary los recogería en París, pero desde Shanghái volaban en línea regular.

—Me da tiempo a un masaje antes de cenar —dijo.

Él aspiró rápido y se metió las manos en los bolsillos. Un vistazo fugaz le mostró que los ojos se le habían oscurecido al color de la pizarra. No sabía si la idea de que le dieran un masaje lo excitaba o le disgustaba, porque la cara siguió tan neutra como desde que salieron de la limusina.

—En el Indigo Flame hacen la mejor langosta de Shanghái. He reservado mesa a las ocho.

—Genial. Friday's Child actúa en el club de al lado a las nueve, así que nos viene perfecto. —Jax le había mandado otro mensaje cuando ella faltó al ensayo en el avión. Rechazar dos veces sería de mala educación.

Otra vez vio fruncirse los labios de Zachary, y esta vez supo que estaba disgustado.

Una pena. No tenía derecho a expresar —ni sutil ni abiertamente — nada, cuando ni siquiera habían llegado a la primera base. Y cuando parecía empeñado en mantener la distancia.

Los últimos meses le habían enseñado que, a la hora de entender a los hombres, era un desastre. Aun así, Zachary Savage había dejado claro —gráficamente claro— lo que quería que hubiera entre ellos. Sus palabras la tenían tan caliente que estaba a milímetros de saltarle encima.

Excepto que él no parecía tener prisa por cumplir. Haber quedado como una tonta por Chris le había dejado cicatrices que tal vez no cerrarían nunca y eso la aterraba. Lo último que necesitaba eran señales confusas de otro hombre.

—Le digo a tu conserje que tenga tu equipaje preparado cuando terminemos el concierto.

Que cediera tan rápido la tranquilizó un poco. Pero no lo suficiente como para no responder, seca:

—No hace falta. Ya está hecho.

Él alzó una ceja.

—Tracy estaba un poco perdida cuando le dije que no la necesitaba por la mañana y que me marchaba antes. Se ofreció a hacer la maleta y acepté.

La guapa morena asignada como su auxiliar le preguntó si había hecho algo mal. Bethany enseguida le aseguró que no y la tranquilizó. Encargarle que le ordenara un equipaje que apenas había deshecho la dejó encantada.

Las puertas se abrieron y los dos salieron. Solo había dos suites en ese piso. Bethany sacó la tarjeta de su bolso y se paró ante la puerta de la derecha.

Dejó el bolso en la delicada consola color crema y se volvió; Zach estaba apoyado en el marco. Su mirada recorrió la estancia y volvió a posarse en ella.

—¿Entonces te veo en una hora?

Asintió, pero no se movió. La expresión de sus ojos le secó la garganta.

—¿Pasa algo? —preguntó, notando lo ronca que se le había puesto la voz.

—Este es el último masaje que te hace alguien que no sea yo, Bethany.

El pulso posesivo en su voz le encogió el estómago.

—Basta de palabras supercargadas, Zach. Para ser un hombre que me folla con la mirada a todas horas, el hecho de que ni te hayas molestado en besarme me hace pensar que eres pura palabrería.

Él se irguió tan rápido que a ella se le cortó la respiración. Dio un paso, y se detuvo, con los puños apretados en los muslos. Los sentidos de ella le gritaron que cerrara la distancia. Pero él apretó la boca perfecta y se metió la mano en el pelo negro, espeso.

Al comprender que no iba a acercarse más, la necesidad loca de sentir su boca en la suya creció aún más. Lo vio imponerse control al cuerpo.

—Nos conocimos hace treinta y ocho horas y cuarenta y seis minutos, Bethany Green. Pienso sacarte un beso por cada minuto de

ese tiempo… cuando llegue el momento adecuado. Te besaré hasta que supliques clemencia. Luego te besaré en otro sitio, justo entre las piernas. Pienso comerte durante horas, hasta que supliques mi polla. Y luego te follaré hasta que te desmayes de gritar mi nombre. Y si crees que son solo palabras, que no pienso poner tu mundo patas arriba, lo siento por ti. Porque la realidad te va a dejar la cabeza loquísima.

Aún estaba boquiabierta cuando él se dio media vuelta y se marchó. Solo el portazo de su puerta, al otro lado del pasillo, la sacó de su estupor.

Medio desmayada, miró a su alrededor, desenfocada e inestable. Avanzó dando tumbos hasta el exquisito diván y se dejó caer.

Sin duda, Zachary Savage tenía mano con las palabras. Y estaba descubriendo que su cuerpo había desarrollado una forma única y embriagadora de responder a esas palabras. Bajó la vista y gimió al ver los pezones erectos, doloridos y claramente marcados bajo el top.

—¡Dios!

Ofendida consigo misma, se levantó y se encaminó al dormitorio de la suite.

Cuando, quince minutos después, apareció la masajista —dulce, de mediana edad—, ya se había desinflado: de la desconocida en celo que era hacía un rato, a la mujer en sequía a la que estaba acostumbrada.



Iba en serio cuando dijo que no le interesaba la banda. De hecho, Zach parecía intranquilo e incluso irritable, y no llevaban ni media hora del concierto privado de Friday’s Child.

—¿No te gustan los grupos de rock, o qué?

Ella tuvo que acercarse mucho para hacerse oír por encima de los gruñidos del cantante; lo bastante como para sentir el calor de la

piel de Zach justo por encima del cuello de la camisa y oler el toque ácido de su colonia.

En el club, medio ahumado, veía a mujeres —y a algunos hombres— mirarlo de arriba abajo, detenerse y mirarlo de nuevo. Ni una sola vez él devolvió la mirada ni mostró interés. Su atención estaba fija, clavada en ella, de un modo que la hacía sentir enchufada a un suministro eléctrico abastecido solo con su mirada.

Él sacudió la cabeza, y un mechón le rozó la cara. Un temblor recorrió el cuerpo de ella.

—Sí que me gustan.

—Pero… —hurgó ella, deseando que le soltara algo. Por mucho que él dijera que no les hacían falta los juegos para conocerse y tal, ella quería saber algo del enigma que era Zachary Savage.

Él hizo un ruido a medio camino entre suspiro y bufido.

—A alguien a quien conocí le encantaban. Oírlos me trae recuerdos.

Se quedó tan sorprendida de que soltara algo personal, que prefirió no analizar qué era lo que acababa de decir. La siguiente pregunta le subió a los labios sin poder evitarla.

—¿Alguien? ¿Quieres concretar?

Se le oscurecieron los ojos.

—No especialmente.

Otra vez, tajante y seco. No hacía falta que lo dijera para que ella entendiera que debía apartarse.

Esta vez, hizo caso. Apartó la vista de su mirada implacable y la llevó al escenario, donde la canción llegaba al final.

Jax encadenó una serie elaborada de redobles y cerró con un crescendo atronador que volvió loco al público.

Al recibir los aplausos, miró hacia ella, señaló con una baqueta y le guiñó.

Ella, ruborizada, sonrió y saludó con la mano.

—Le estás mandando señales equivocadas. Para. —La voz de Zach llevó ese filo que ella empezaba a reconocer.

—¿Perdona?

—No le dejes creer que estás disponible, porque no lo estás. Y antes de discutírmelo, piensa un segundo en lo inútil de hacerlo. ¿Prefieres pasar tus últimas horas en Shanghái discutiendo conmigo o disfrutando del concierto?

—Se me da bien hacer varias cosas a la vez. Puedo con las dos.

—En vez de discutir, puedes decirme qué les pasa a tus pies —soltó.

—¿A mis pies?

—Llevas diez minutos frotándote los arcos contra la pata de la mesa.

—Me duelen más de lo que creía. La masajista me preguntó si quería que me los trabajara, pero dije que no para no llegar tarde a la cena.

Tenía ganas de verlo. Y él parecía saberlo. La sonrisa que le dedicó le puso la piel de gallina. Bajó los párpados y pareció debatirse unos segundos. Luego, la cálida palma se deslizó bajo su pantorrilla y le subió la pierna al regazo.

Empezó detrás de la rodilla. Unas manos cálidas, deliciosas, le amasaron los músculos tensos con un masaje decidido que le arrancó el aliento y le hizo retumbar la sangre en los oídos. Con los ojos fijos en su cara, le aplicó una presión sutil por toda la pierna hasta dar con el punto buscado, justo en el centro del pie.

Bethany no pudo evitar el gemido que se le escapó. Él lo oyó. Los ojos grises se le oscurecieron casi a negro y las aletas de la nariz se le abrieron en reacción. Le apretó el pulgar de nuevo sobre el músculo liso, con fuerza suficiente para dar placer y dolor. La vulva le latió con violencia.

—¿Te gusta?

Estaba demasiado lejos como para andarse con medias tintas.

—Sí.

Su simple respuesta lo hizo sonreír. Fue una sonrisa satisfecha, de complacencia sin filtros. Ella le había dado lo que quería. Una oleada de placer inesperado le burbujeó por dentro.

—¿Ves qué fácil? —Aumentó la presión, confirmando que no era la primera vez que daba un masaje de pies. Un rayo caliente la atravesó. Atónita, se dio cuenta de que estaba celosa.

—No te pavonees, Savage —saltó, intentando espantar la sensación—. Es un bajón. Das buenos masajes de pies. Menuda cosa.

Su sonrisa fue letalmente erótica.

—Lo hago todo bien.

—Y ahora presumes.

La miró un largo momento, luego echó un vistazo alrededor, con un gesto fugaz de impaciencia inquieta.

—¿Hace falta que nos quedemos?

—Responderé cuando atiendas el otro pie.

Lo hizo, tan bien que el segundo gemido que había jurado no volver a soltar se le escapó antes de poder frenarlo.

Él apretó más fuerte un segundo.

—Dios, no puedo esperar a oírte gemir así cuando esté hasta el fondo dentro de ti.

El pie le dio un latigazo con la imagen que le explotó en la mente. Él estiró del pie, apretándolo contra su paquete. Cuando Bethany se dio cuenta de sobre qué descansaba la planta, ahogó un jadeo.

Era grande, lleno y duro como el acero. Antes de desviar el pensamiento, el pie se flexionó contra él.

El gruñido que soltó él fue bajo y espeso, un sonido que recorrió los nervios de Bethany y dio directo entre sus piernas. Él apresó el pie contra sí un instante y, a regañadientes, lo retiró. Con cuidado, le bajó los pies y le calzó de nuevo los zapatos.

—No es que no aprecie un masaje con el pie, globitos, pero la primera vez que me hagas correrme, quiero estar bien metido en tu dulce coño, con tus gritos resonándome en los oídos.

Tenía el cerebro frito, pero aún le dio para soltar:

—Eh…, ¿globitos?

La sonrisa se le abrió, ancha, ardiente, tan preciosa que a ella le dolió el pecho de verla.

—Ese culo tuyo me recuerda a dos globos firmes y turgentes. Me muero por llevármelos a la boca.

Ella aún estaba procesando eso cuando él se recolocó, se pasó una mano —un pelín temblorosa— por el pelo y se puso en pie. La miró desde arriba y tendió la mano.

La banda iba por la mitad de un tema sobre una noche caliente y densa cuando ella apoyó la mano en la suya y salió del club.

Tracy la esperaba a la puerta de su suite, con los dos bolsos de viaje de Louis Vuitton que Keely la obligó a llevar perfectamente colocados en un carro.

La mirada de la morena bajita fue de Zach a ella, y Bethany captó un tinte de envidia rápidamente disimulado cuando sus ojos siguieron a Zach hasta la puerta de la suite.

Tracy se volvió, la miró y sonrió enseguida.

—Ha sido un placer ser su auxiliar, señorita Green —dijo, con un tono de profesionalidad impecable.

Bethany devolvió la sonrisa pese al revoltijo de sensaciones.

—Gracias, Tracy. Siento no quedarme todo el viaje.

—No pasa nada. Será un placer volver a atenderla si…, quiero decir, cuando vuelva a unirse a nosotros en otro viaje.

Como había cero probabilidades de que eso ocurriera en esta vida, Bethany se limitó a sonreír. La sonrisa se le ensanchó cuando Philip salió de la suite de Zach cargando maletas de diseño.

Intercambiaron unas palabras y luego Philip condujo a Bethany al ascensor.

Bethany se volvió justo cuando Zach salía. Al instante sintió ese zas en las rodillas, ese aumento de pulso que le provocaba verlo moverse.

Como sintonizado con ella, él alzó la cabeza y sus miradas chocaron.

Una sonrisa lenta le curvó los labios, y a ella se le olvidó respirar.

—No sabía que Philip también te acompañaba en este viaje —dijo ella.

—Philip me acompaña desde hace más de diez años —respondió él.

La sorpresa le hizo vacilar.

—Pero pensaba que era mi guardaespaldas personal.

—Puede que hiciera unos ajustes antes de salir de Nueva York.

—¿Unos ajus…? O sea, ¿estabas tan seguro de que conseguirías esto? ¿De que me vendría contigo?

—Seguro no. Esperanzado. Además, confío en Philip. Más que en ningún otro ser humano.

La inesperada reflexión sobre su vida personal la hizo mirarlo y aguantar el aliento, esperando más.

Pero él entró sin más en el ascensor y pulsó el botón de la planta baja.

El trayecto en limusina al aeropuerto fue distinto del que los había traído del hotel tras el tour.

Con el mundo de los negocios a pleno rendimiento al otro lado del globo, Zach Savage activó el modo empresario total. Con el pinganillo puesto, encendió el portátil, murmuró una excusa y se puso a hacer llamada tras llamada todo el camino al aeropuerto. Cambiaba del francés al inglés y al alemán con una soltura que le abrió a ella los ojos de asombro. Paró un instante para enseñar el pasaporte y volvió al teléfono.

Salían del lounge VIP hacia el embarque cuando él se volvió con esos ojos de láser que rompían la paz.

—Perdona por esto, pero estoy intentando despejar la agenda lo máximo posible antes de aterrizar en París. ¿Te parece bien?

La idea de que un multimillonario deliciosamente atractivo le pidiera permiso para trabajar licuó el resto de irritación que le quedaba. Pensar que estaba despejando su agenda por ella le provocó una presión desconocida en el pecho. Alargó la mano hacia el bolso.

—Está bien, adelante. Yo también tengo que hacer unas llamadas.

Cuando él se detuvo y alzó una ceja, contestó:

—A mis padres. Les prometí avisar al llegar a Shanghái —también tenía que decirle a Keely que iba a abandonar su experiencia única en la vida.

Que Keely lo aplaudiera o no era otro cantar. Por mucha actitud de «agarrar la vida por los huevos» que soliera mostrar, Keely podía ser muy sensata y conservadora en según qué cosas.

Podía pensar que Bethany no se equivocaba aceptando lo que fuera que le ofrecía Zachary Savage. O podía pensar lo contrario.

Por eso Bethany se acobardó: después de hablar con sus padres, le mandó un mensaje a su mejor amiga en lugar de llamarla. Aunque sus padres se sorprendieron del cambio repentino, aceptaron su frívola explicación sobre por qué había dejado la experiencia del Indigo Lounge: había decidido unirse a una amiga en París y Marruecos en lugar de terminar el viaje.

Apagó el móvil y siguió a Zachary Savage a primera clase. Al ver que eran los únicos, se volvió hacia él. La miraba fijamente mientras hablaba un italiano fluido, y solo colgó cuando una azafata se acercó y les indicó sus asientos. Bethany aceptó la copa de champán frío y los bombones de chocolate con una sonrisa, e intentó no parecer impresionada ante tanto lujo.

Zach interrumpió la conversación lo justo para el despegue.

—¿Ha ido todo bien con tus llamadas?

—Mis padres no saben lo suficiente de mi viaje como para preguntarse por qué me he vuelto loca abandonándolo. Solo quieren saber que estoy a salvo.

Asintió.

—Tu seguridad está garantizada. No te quepa duda.

La convicción de su tono la hizo creerle. Él cogió un bombón, se lo dio en la boca y la observó con una intensa mirada de deseo mientras ella masticaba y se lamía los labios.

Con lo que pareció un esfuerzo monumental, apartó la vista y se recostó.

—Intenta dormir un poco, globitos. Vas a necesitar fuerzas en las próximas horas y días.

—¿Otro alarde, Savage?

—Una advertencia muy amistosa de un carnívoro muy hambriento que solo piensa parar cuando tus piernas corran peligro de quedarse arqueadas para siempre —dijo amenazante.

Le quitó la copa casi vacía y la dejó a un lado. Luego desplegó la manta de cachemir suave que la azafata le tendía. Antes de que ella le preguntara qué hacía, pulsó un botón de su asiento y Bethany notó cómo el sillón se reclinaba con un zumbido casi inaudible. Cuando estuvo del todo tumbada, él le colocó la manta y la arropó. Cogió la copa y la alzó en gesto de pregunta. Ella negó; no necesitaba más alcohol. Entre la potencia de sus palabras y la suavidad de su toque, tenía el cuerpo entero zumbando.

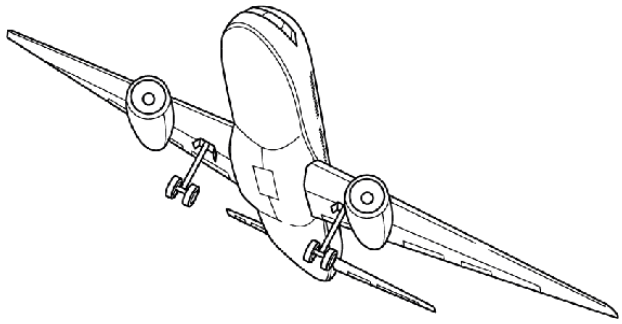
Aquel hombre era fuerte, poderoso, pero sensible de una manera que despertaba un miedo profundo. Como no tuviera cuidado, podría destrozarla. Antes incluso de ponerle un dedo encima.

Él le regaló otra de esas sonrisas que derretían el alma. Luego, con el auricular de vuelta en la oreja, se lanzó a otra conversación de negocios.

Ella intentó leer una revista un rato y, después, notó que los párpados le pesaban. Fue cuando ya casi estaba dormida, acunada en el grueso lujo del cachemir, cuando le invadió un pensamiento.

Nunca le había preguntado qué quería decir con «cuando llegue el momento adecuado».

Capítulo 7



Se le cortó la respiración ante la visión de infarto de la torre Eiffel. A su lado, en el lujoso interior de su Maybach Landaulet, Zachary se volvió hacia ella y le sonrió, pero había una distancia en sus ojos, la misma distancia que ella había notado cuando aterrizaron media hora antes, que le provocó un escalofrío de alarma.

—¿Es tu primera vez en París? —preguntó él.

—No, mis padres me trajeron aquí cuando cumplí veintiún años. Me prometí a mí misma que volvería algún día.

No añadió que se había prometido volver con el hombre que amaba. Durante mucho tiempo había pensado que ese hombre sería Chris. Apretó las manos agitadas contra el suave asiento de cuero blanco y se obligó a apartar ese pensamiento. Estaban en la ciudad hecha para los amantes. Cuándo, exactamente, ella y Zachary Savage alcanzarían ese estatus comenzaba a acecharle como un espectro de incertidumbre en su mente. Lo miró y notó que su mandíbula estaba más apretada que unos minutos antes. ¿Estaba preocupado por su reunión? ¿La ciudad le traía recuerdos que no le sentaban bien?

—Obviamente, esta no es tu primera vez —se atrevió a decir.

—No, no lo es. Pero espero que después de hoy pueda mantenerme alejado durante un tiempo.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué querrías mantenerte alejado?

—Espero concluir mis asuntos hoy. Entonces no habrá necesidad de volver.

Su teléfono sonó con otra llamada. Las últimas doce horas le habían demostrado lo ocupado que estaba. Su teléfono no dejaba de sonar. Le sorprendió que hubiera logrado mantenerlo apagado mientras recorría Shanghái con ella.

Esta vez, la conversación se desarrolló en un francés suave y seductor, que se volvió sorprendentemente entrecortado antes de que él colgara.

—¿Va todo bien? —no pudo evitar preguntar ella.

Cada vez se daba más cuenta de lo poco que sabía sobre él.

Él la miró con esos ojos hipnóticos, pero cuando sonrió, parecía forzado.

—Todavía no, pero me encargaré de ello. Ya hemos llegado.

Su atención se desvió de él hacia su destino. El Indigo Belle Plaza era aún más impresionante que el Indigo Shanghái. Este edificio ocupaba una esquina orgullosa y posesiva de la rue de Rivoli, con una impresionante arquitectura histórica impregnada en cada piedra. Irradiaba riqueza y clase como muy pocos edificios podían hacerlo, desde las ventanas con pórticos hasta las banderas índigo y francesas, que ondeaban juntas en la brisa desde lo que parecían mástiles de oro macizo. Su corazón latía con fuerza mientras un portero con un uniforme almidonado la ayudaba a salir del asiento trasero. Al igual que en Shanghái, Zach fue tratado como un miembro de la realeza. Ella observó, algo desconcertada, cómo el gerente se inclinaba y los acompañaba al ascensor que los llevó a la suite presidencial. Apenas habían entrado cuando Zach se volvió hacia ella. Esa inquietante distancia seguía presente, haciendo que su corazón latiera con fuerza por el temor. Antes de que pudiera reunir el valor para preguntarle qué estaba pasando, él comenzó a retroceder.

—Ponte cómoda. Pide lo que quieras al servicio de habitaciones. Volveré en unas horas.

—Eh…, vale.

Él empezó a caminar hacia la puerta y se detuvo, luego se dio la vuelta.

—¿Y Bethany?

—¿Sí?

Extrañamente, ver sus puños cerrados la hizo sentir mejor. Su mirada la devoraba, lo que la asustaba, pero al mismo tiempo le aseguraba que él también se estaba volviendo loco por la tensión sexual que se había creado entre ellos. En eso, ella no estaba sola.

—Tenlo claro. Todo cambiará cuando vuelva.



«Todo cambiará cuando vuelva».

Las palabras resonaban en su cabeza mientras las horas pasaban con una lentitud insoportable. Se duchó, cambió de canal, reorganizó la escasa ropa que había metido en la maleta.

Luego pidió la hamburguesa y las patatas fritas más deliciosas que había probado jamás.

Y solo habían pasado dos horas.

Incapaz de permanecer quieta, Bethany cogió la llamativa guía del hotel. Las boutiques que aparecían en la sección de compras la hicieron levantarse de un salto y coger su bolso.

Al salir de la habitación, dio gracias al cielo por no haber sucumbido a la presión de Chris de utilizar los ahorros que había recibido de sus abuelos para pagar el depósito de un apartamento más grande. Es cierto que gastárselos en ropa interior para su cita con un multimillonario guapo y sexi no era precisamente lo que tenía en mente. Pero qué coño, Chris, el gilipollas, le había dejado claro que el mundo podía dar un vuelco y cagarse en ella en un abrir y cerrar de ojos.

¡A lo grande o nada!

Compró seis conjuntos de sujetador y braguitas a juego en la primera tienda. En la segunda tienda, la dependienta le dio consejos muy útiles sobre cómo maquillarse. Pero fue la tercera tienda la que

le dejó sin aliento. Todos los vestidos eran en tonos índigo. Su corazón latía con fuerza mientras hojeaba vestidos largos de noche y vestidos cortos, informales, pero sofisticados, para el día. Tocar el color que era tan especial para Zachary la hacía sentir cerca de él.

Bethany no estaba segura de cuánto tiempo llevaba en la tienda, pero empezó a notar las miradas curiosas de las dependientas.

Después de que le preguntaran por quinta vez si necesitaba ayuda, eligió un vestido corto de encaje que le llegaba a mitad del muslo, junto con un traje pantalón de seda y zapatos de tacón dorados, con pendientes de aro a juego.

Al salir, corrió a la última tienda, una perfumería, y se abasteció de sus aromas favoritos.

El portero la esperaba sujetando la puerta para que entrara.

—Yo me encargo de sus bolsas, señora.

Ella se rio.

—Tengo veinticuatro años. Lo de señora hiere mis sentimientos. Y puedo llevar mis propias maletas, gracias.

Él asintió con una dignidad que parecía en desacuerdo con su inmenso tamaño. Llamó al ascensor y subieron al ático en silencio.

Un rápido vistazo a su reloj cuando se abrieron las puertas del ascensor le indicó que llevaba dos horas abajo. Con un poco de suerte, no tendría que esperar mucho más hasta que Zach...

—¿Dónde demonios has estado?

Las maletas se le cayeron de las manos.

Él estaba allí, imponente, con los ojos ardientes de deseo y... ¿ansiedad?

—Has vuelto —dijo ella estúpidamente, pero, una vez más, su belleza la había dejado sin habla. Y el hecho de que estuviera preocupado por ella le provocó una oleada de placer.

Entonces se fijó en su mandíbula apretada y la piel blanquecina alrededor de su boca. El tipo estaba realmente enfadado.

—Pensé que te habías ido.

Ella frunció el ceño.

—¿Por qué iba a irme?

Él se pasó la mano por el pelo.

—No tenía intención de estar fuera tanto tiempo, y cuando volví y no estabas aquí... pensé que habías cambiado de opinión. No le dijiste a Philip adónde ibas...

—Porque solo bajé a buscar unas cosas...

Su mirada se apartó de ella y se posó en las bolsas de la compra. Pero apenas un segundo después, esa mirada imparable volvió a fijarse en ella, clavándola en el sitio y dejándola sin aliento.

Se acercó con paso tranquilo. Esta vez, no tenía los puños cerrados. Y la mirada de sus ojos había cambiado de un anhelo hambriento a una advertencia depredadora.

—¿Has ido de compras?

Ella asintió, incapaz de hablar debido a los latidos frenéticos de su corazón.

—Philip te habría comprado todo lo que necesitaras.

—No he... Me estaba volviendo loca aquí. Solo quería salir un rato.

Él la alcanzó, pasó junto a ella y cerró la puerta. La cerradura se deslizó con un clic siniestro que le provocó un escalofrío.

Lo sentía detrás de ella, pero su aroma, su poderoso aura, la rodeaba, atrayéndola, reclamándola.

—Me has dado un susto de muerte, Bethany.

—No era mi intención.

—Lo fuera o no, pienso hacértelo pagar. ¿Qué ha sido lo último que te he dicho antes de irme, Bethany? —le gruñó al oído.

—¿Que todo cambiaría cuando volvieras? —susurró ella.

—Sí, eso. —Unos dedos cálidos le tocaron las muñecas y le recorrieron los brazos con una caricia tan suave como un susurro que le provocó una oleada de sensaciones—. He esperado lo que me ha parecido una eternidad para este momento. Y vuelvo y descubro que te has ido. Philip no sabía dónde estabas. ¿Sabes lo que eso me ha hecho? —murmuró.

—Em... No.

—Estaba desesperado, Bethany. He visto cómo todos los planes que había hecho se iban al traste.

—¿Habías hecho planes? —preguntó ella sin aliento.

—Un millón. El noventa y nueve por ciento de ellos tenían que ver con las muchas y variadas formas en que iba a follarte. Si me hubieras abandonado, no habría tenido más remedio que perseguirte. —Entrelazó sus dedos con los de ella y llevó ambas manos detrás de su espalda—. Porque seguir un minuto más con esto me habría matado. —Sin soltar sus manos, las colocó directamente sobre su polla a la vez que hundía los dientes en la suave carne de su hombro. Ella jadeó cuando la gruesa y larga protuberancia de su polla dura como una roca llenó sus manos. Sus dedos la abrazaron y el profundo gemido de él resonó en la habitación. El sonido áspero y masculino inundó de calor su vagina. Ella le apretó más, ansiosa por volver a oírlo. Él siseó en su oído y le agarró las manos.

—Tranquila, nena. Hace mucho que no suelto la carga enseguida. Pero esperar tanto para tenerte me ha puesto al borde del precipicio. No hará falta mucho más para empujarme al abismo. —Le apartó las manos de él.

Un intenso calor ardía en sus ojos, y el deseo que se reflejaba en su rostro le cortó la respiración. Con un gruñido, la atrajo hacia él, deslizó sus poderosas manos bajo su cabello y le inclinó la cabeza hacia él.

—¿Qué te dije sobre besarte? —murmuró, con su aliento caliente contra los labios de ella.

—¿Un beso por cada minuto que hemos estado juntos?

—No lo has olvidado. Buena chica.

Su boca era dura y exigente, su lengua un latigazo de placer que se apoderó de sus sentidos en un abrir y cerrar de ojos. Chupó, mordió, la persuadió para que le diera más. Antes de que pudiera tomar otro aliento, Bethany se encontró pegada a él desde el pecho hasta los muslos. Él devoró su boca como había prometido devorar su cuerpo. El líquido brotaba de entre sus piernas mientras él se

deleitaba con ella con un deseo desvergonzado que se hacía eco del que sacudía su cuerpo. Cuando la necesidad de respirar se hizo imperiosa, levantó la cabeza. Pero solo unos milímetros, como si, ahora que se había dado permiso para tocarla, no pudiera soportar estar a más de un pelo de distancia. Apoyó la frente contra la de ella.

—Oh, preciosa. Voy a disfrutar follándote. Te voy a follar muy fuerte durante mucho mucho tiempo. Y vas a disfrutar cada segundo.

Sus manos dejaron su cabello y se deslizaron por su cuello hasta sus hombros. Bajó la mirada, vio sus pezones duros y tensos y gruñó.

—Y cuando estés demasiado cansada para moverte, voy a chuparte esas bonitas tetas hasta que me supliques que te folle otra vez.

La agarró por la cintura, la cogió en brazos y se dirigió al gran sofá del salón. La luz del sol del atardecer se colaba en la habitación, bañándola en un resplandor dorado. A su alrededor, la riqueza y la influencia de Zachary inspiraban admiración y aprecio, pero Bethany solo tenía ojos para el chico increíblemente guapo que tenía delante. El hombre que se lamía los labios mientras la recorría con la mirada de arriba abajo.

Ella paseó la mirada por el cuerpo de él. El pecho duro, que había sentido bajo sus manos hacía un momento, se levantaba al respirar. Y por debajo del cinturón se perfilaba su rígida erección, grande y gruesa. Buscó la hebilla, incapaz de esperar ni un momento más para ver su polla. La necesidad que la quemaba le resultaba extraña, cruda, la anticipación casi dolorosa.

—Bethany, espera.

Ella gimió.

—No, no quiero esperar. Te quiero. Dentro de mí. Ahora mismo.

Él apretó la mandíbula y abrió las fosas nasales.

—Mierda.

—Esto no formaba parte de tu plan, ¿verdad?

Una sensación de poder la invadió cuando se fijó en los dedos visiblemente temblorosos que hundió en su pelo.

—Quería saborearte por todas partes, deleitarme con tu dulce coño...

—Yo también lo quiero. Pero después. Por favor, Zach, nos has hecho esperar dos días. No me hagas esperar más.

—Bethany... Ah, joder.

Le arrancó el vestido que se había puesto para ir de compras. Su sencillo sujetador de algodón corrió la misma suerte. Al ver por primera vez sus pechos desnudos, se quedó paralizado.

Dios mío. Eres increíble.

Bajó la cabeza y pasó la lengua por la parte superior de sus pechos, acariciándolos con ambas manos y moldeándolos mientras rozaba ligeramente su piel con los dientes. Se metió un pezón en la boca y gimió profunda y largamente en señal de agradecimiento. Tras varios lametones, pasó al otro pecho y le dispensó el mismo trato. Sus gemidos de placer la hicieron sentir una fiebre de deseo.

—Dios, eres tan hermosa.

Ella se tambaleó y él la sujetó por la cintura con un brazo, la giró y la tumbó en el sofá.

—No puedo devolverte el cumplido si insistes en estar completamente vestido.

Su risa era profunda, agradable e intensamente excitante. Bethany nunca había imaginado que podría excitarse solo con la risa de un hombre. Pero oír a Zachary reír mientras se desabrochaba la camisa la hizo estremecerse aún más, mientras un placer líquido le humedecía el sexo.

Al ver por primera vez su pecho liso y cincelado, el deseo se apoderó de ella. Abrió mucho los ojos mientras lo observaba. Tenía unos hombros poderosos, lo suficientemente fuertes como para sostener sus piernas mientras la penetraba. Sus brazos, cubiertos de músculos elegantes, se flexionaron cuando buscó la cremallera. Su respiración se volvió entrecortada. Cuando ella lo miró a los ojos, él tenía la mirada fija en ella.

—Si sigues lamiéndote los labios así mientras miras mi cuerpo, uno de los dos acabará pagando un precio muy alto.

Bethany se dio cuenta de que eso era exactamente lo que había estado haciendo.

—No puedo evitarlo. Eres precioso —soltó.

Él inhaló bruscamente, como si ella lo hubiera sorprendido. Sus movimientos eran ligeramente espasmódicos mientras se quitaba los zapatos y los calcetines y se sacaba los pantalones.

Gloriosamente desnudo, Zachary Savage era una pura obra de arte. Pero la mirada de Bethany estaba clavada en la pesada longitud de su pene, que ahora él agarraba mientras contemplaba con avidez el cuerpo de ella.

¡Dios mío, era enorme! Una punzada de aprensión atravesó su deseo, provocándole un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo.

Él se dio cuenta y se acercó. Inclinándose sobre ella, la besó, disipando su aprensión.

—No tienes por qué preocuparte, preciosa Bethany. Voy a cuidar de ti.

Mientras sellaba su boca con la de ella, su mano se deslizó sobre sus senos. El placer la recorrió cuando él le pellizcó un pezón y luego bajó por su abdomen. Sus dedos acariciaron el borde de sus bragas y luego se hundieron hacia abajo.

Un dedo grueso rozó su clítoris. Sus caderas se sacudieron tan violentamente que casi le hicieron soltar la mano.

—Dios, qué sensible —gimió contra su boca, y luego volvió a hundir el dedo, provocándola, torturándola, proporcionándole un placer que hizo que el fuego recorriera sus nervios.

Su boca se separó de la de ella y le mordisqueó el lóbulo de la oreja antes de chuparlo. Más abajo, otro dedo se unió al primero y comenzó un ritmo constante e implacable.

—¡Zach! ¡Oh, Dios!

Le temblaron los muslos y luego los abrió para hacerle sitio, y balanceaba las caderas a un ritmo propio conforme su placer aumentaba.

Zach bajó la boca, capturó un pezón y lo succionó profundamente. Ella gritó cuando él cambió un dedo por el pulgar en una fricción cada vez mayor que hizo que las estrellas explotaran detrás de sus párpados. Un dedo se sumergió dentro de su coño. Sus músculos se apretaron inmediatamente a su alrededor, agarrándolo con un deseo salvaje mientras un hambre abrasadora la invadía.

—Qué coño tan goloso tienes. ¿Quieres más? ¿Quieres otro dedo? ¿Humm?

Giró la lengua alrededor de su pezón húmedo, su aliento caliente bañando su piel mientras hablaba.

—¡Sí! Por favor... sí.

—Chica golosa. Mi globito, adorable, goloso y exquisito.

La folló lentamente con el dedo mientras las palabras salían de sus labios. Pero seguía usando solo un dedo.

—Zach...

—Dime lo que quieres, nena.

—Más..., quiero más.

Un dedo se unió al otro. Sus músculos en tensión empujaban las caderas en un galope rápido, más rápido, con su respiración entrecortada por los sollozos. Cuando su cabeza comenzó a golpear el cojín, él le lanzó la mano al pelo y la mantuvo quieta.

—Mírame, Bethany. Quiero ver lo fantástica que estás cuando te corres.

Ella abrió la boca en un grito ahogado mientras la sensación la sacudía. Sus ojos plateados se clavaron en los de ella, sin darle oportunidad de apartar la mirada. Sus dedos expertos se hundieron más profundamente en ella, curvándose en el ángulo perfecto para llegar a donde más lo necesitaba.

Ella gritó cuando la primera ola la alcanzó.

—Sí, coño. Eso es. Entrégate a mí, globito.

Sus caderas se sacudieron violentamente cuando una ola de placer la invadió. Sin romper el contacto visual, él bajó la cabeza y tomó un pezón entre los dientes, mordiendo la punta dura. Ella se

corrió con más fuerza, descubriendo increíblemente que su orgasmo se prolongaba mientras él torturaba su carne. Él sacó los dedos de ella y utilizó la palma de la mano para untar la resbaladiza humedad por toda su vulva. Luego volvió al trabajo, frotándole la vulva con una presión firme, acelerándole el pulso aún más.

—Dios... Zach... No puedo...

—Sí que puedes. Sumérgete, nena. Tu cuerpo se muere de ganas. ¿Ves cómo me follas la mano con las caderas?

Sorprendida, miró hacia abajo y vio cómo sus caderas se movían sobre su mano en perfecta simetría con sus caricias.

—No te reprimas. Déjate llevar.

Su cuerpo se sentía ligero y pesado al mismo tiempo. Sus pechos le dolían con una necesidad tan aguda que los acarició para aliviar el dolor.

—Dios, sí. Juega con ellos. Enséñame cómo te los cogerás cuando meta la polla en medio.

Las palabras obscenas nunca habían formado parte de su repertorio sexual. Pero, de repente, Bethany no tenía suficiente. Le mostró lo que él quería. Él soltó un suspiro y sus ojos se oscurecieron con una necesidad absoluta cuando ella se cogió los pezones entre los dedos y los acarició. Él se volvió a humedecer los labios mientras ella apretaba con más fuerza.

El calor se apoderó de su abdomen cuando la embestida de otro orgasmo la golpeó. Abrumada por la intensidad, sus ojos comenzaron a cerrarse.

—¡Bethany! —su voz era una orden tajante.

Jadeando, ella levantó los ojos hacia él.

—Me voy... Oh, Dios, por favor... ¡Me voy!

—Mírame, nena. Mira cuánto me gusta ver cómo te corres.

Frotó con más fuerza, sus ojos se oscurecieron y su boca se abrió cuando el placer de ella se convirtió en el suyo. Acariciando su clítoris una y otra vez, le arrancó hasta la última gota de placer. Durante todo ese tiempo, mantuvo la mirada fija en ella,

mordiéndose el labio inferior con ferocidad mientras se perdía en su placer.

La emoción que le provocaba era tan intensa que las lágrimas brotaron de sus ojos cuando alcanzó el clímax. Su grito terminó en un sollozo, temblando incontrolablemente, mientras él la recogía en sus brazos.

—La Virgen —murmuró ella, incapaz de detener los temblores.

—Shhh, nena.

Le acarició los costados con la mano durante largos minutos, calmándola hasta que quedó inconsciente, flotando en un mar de felicidad postorgásmica.

—Relájate en el sofá y abre más las piernas para mí. Ahora voy a lamerte. Bethany se estremeció, su comodidad y paz se hicieron añicos ante la imagen que se le vino a la cabeza.

—¿Qué?

Él se inclinó sobre ella, grande, poderoso y tan increíblemente hermoso, y una nueva oleada de conmoción la invadió al pensar que realmente estaba allí, con él.

—Me muero por saborearte desde que entraste en mi oficina hace dos días. No me pidas que espere más.

Empezó a bajarle las bragas empapadas.

—Zach, no puedo... No estoy...

—No pasa nada, sé que aún no estás preparada. No te haré correrte otra vez todavía. Lo disfrutarás, te lo prometo.

Le quitó las bragas y las tiró.

Mientras se recolocaba entre sus muslos, la mirada de Bethany se deslizó hacia la erección dura como una roca que casi le tocaba el ombligo.

—Me hiciste creer que estabas a punto. Pero no es así, ¿verdad?

Él sonreía travieso con una belleza asombrosa.

—No tienes ni idea de lo cerca que estoy, nena. Pero hacerte llegar al orgasmo y ser testigo de tu placer era más importante para mí. Solo quiero hacerte feliz.

Sus sencillas y poderosas palabras le cortaron la respiración.

Miró a su alrededor aturdida mientras Zach le levantaba una pierna y la colocaba sobre el sofá. ¿Cómo demonios había tenido tanta suerte? ¿Qué había hecho para merecer a uno de los hombres más viriles y fascinantemente hermosos del mundo, dispuesto a llevarla al borde de otro orgasmo con el poder de su lengua? De repente, levantó su oscura cabeza y la miró fijamente a los ojos.

—¿En qué piensas?

—Me pregunto qué demonios he hecho para merecerte —soltó ella.

Él le apretó el muslo y miró su sexo expuesto.

—No, joder. Ese debería ser mi pensamiento. Porque eres un premio por el que cualquier hombre mataría, Bethany. Pero estás aquí, ahora mismo, conmigo.

—No todos los hombres —dijo ella, con el dolor del recuerdo desgarrándola por dentro.

Cuando él se tensó, se maldijo a sí misma por ser incapaz de alejar por completo los fantasmas no deseados, por arruinar ese momento increíble. Pero ya era demasiado tarde. Los ojos de Zachary se habían agudizado con interés.

—¿Quién era? —preguntó mientras le colocaba la otra pierna sobre el amplio asiento.

—Nadie... Era...

—Dímelo —insistió él, apretándole el muslo con sus duras manos en un gesto de autoridad mortal.

—Se llamaba... se llama Chris. Fuimos juntos a la universidad. Nos mudamos juntos a Nueva York. Pensé que éramos..., que seríamos...

—¿Te hizo daño?

Con la respiración entrecortada, ella intentó apartar la vista, pero los ojos de él la obligaban a mirarlo.

—Sí. Me hizo mucho daño.

—Que le den. Es un capullo por dejarte marchar... —su ardiente mirada se deslizó sobre ella, hasta quemarla de nuevo entre las piernas—, por dejar pasar esto, pero me alegro de que se haya ido.

Porque ahora eres mía. Toda mía. —Su tono posesivo la habría sorprendido si no hubiera estado aturdida—. Dilo, Bethany.

—Sí..., soy tuya —susurró ella.

Su rostro se llenó de satisfacción cuando empezó a bajar entre sus piernas. Deslizó las manos por sus caderas subiendo hasta agarrar la cintura. La visión de sus poderosas manos sujetándola para atenderla la dejó boquiabierta.

Por supuesto, no era nada comparado con el primer y lento deslizamiento de su lengua por la pared de su vagina, o la imagen de puro placer en su rostro cuando se chupó los labios tras probarla por primera vez.

—Qué rica estás, coño. Podría comerte todo el día, globitos.

Sintió cómo el rubor le invadía el pecho y le subía a la cara. Él se rio de su vergüenza y volvió a lamerla. Tuvo cuidado de evitar su clítoris, ya tan en sintonía con ella que sabía que un solo toque la haría volar por los aires. No era algo malo, pero ella tenía auténtico miedo de que otro orgasmo tan pronto la dejara completamente destrozada. Zach tenía razón. Su lánguida atención hizo que su pulso se calmara lo suficiente como para que ella pudiera disfrutar viendo lo que él le estaba haciendo. El tiempo dejó de importar mientras él le daba placer con caricias lentas y seguras. Después de lo que pareció una eternidad, él besó la parte interior de su muslo y le hizo un gesto con la ceja.

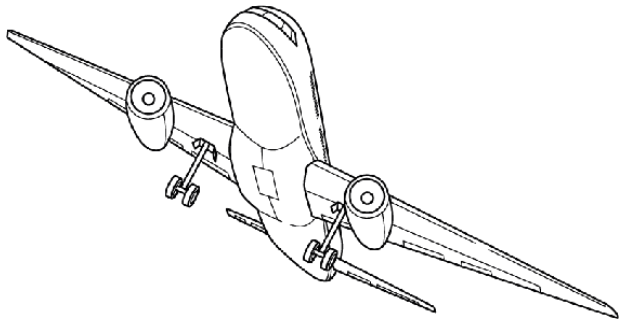
—¿Te sientes mejor?

—Sí... Me gusta eso. Me sabe muy bien.

Él sonrió, y la tensión que tenía antes desapareció.

—Lo sé. Pero ahora voy a follarte, nena. También te gustará. Te lo prometo.

Capítulo 8



Antes de que ella pudiera responder, él introdujo dos dedos en su interior. Ella arqueó las caderas sobre el sofá a medida que la sensación se intensificaba, más que antes.

Él le lamía el clítoris con la lengua mientras flexionaba los dedos, estirándola. Preparándola para poseerla.

Con la mano libre, sacó perezosamente un paquete del bolsillo de sus pantalones.

Sin apartar los ojos de ella, deslizó el condón sobre la amplia y turgente cabeza de su pene con un solo movimiento.

A ella le llamó la atención lo hábil que parecía en esa maniobra, pero ese pensamiento se desvaneció un segundo después, cuando sus dedos se deslizaron fuera de ella y volvieron a penetrarla.

—Estás tan húmeda para mí —murmuró con satisfacción—. Tan deliciosa.

Terminó de colocarse el condón y se tendió sobre ella, su cuerpo dorado, un paisaje impresionante, que le secó la boca. Cuando fusionó su boca con la de ella, Bethany se abrió inmediatamente, su necesidad por él rayando en la locura. La amplia corona de su pene la empujó y ella se estremeció.

—Zach...

—Me encanta cómo dices mi nombre. Lo gimes de una manera que me hace querer follarte una y otra vez.

—Hazlo. Ahora —suplicó ella.

—Ah, cariño. ¿Cómo puedo resistirme a una invitación como esa, eh?

Se deslizó dentro de ella, centímetro a centímetro, hasta que ella se tensó tanto que se quedó suspendida en el límite entre el placer y el dolor.

Te voy a cuidar, Bethany. Pero tienes que decirme si es demasiado, ¿vale?

Con el placer gritando en su interior, ella asintió. Se agarró a sus caderas mientras él la penetraba, ondulando con un movimiento increíblemente suave que la hizo mojarse aún más. Su renovada humedad le hizo gemir.

—Dios, ¿sabes cómo me pone eso? —gimió él.

Se hundió más profundamente, enterrándose casi hasta el fondo. Por mucho que la hubiera preparado, ella seguía sin poder aceptarlo todo. Cuando ella gimió, él se retiró, pero inmediatamente ella se sintió vacía.

—¡No! Por favor, no me lo quites.

Él se deslizó de nuevo dentro de su estrecha vagina, provocándole otro estremecimiento al ensancharla.

—¿Te encanta lo que te estoy haciendo?

—Dios... ¡sí! Es... Eres increíble.

Él le cogió las manos y las colocó por encima de su cabeza mientras le chupaba el labio inferior.

—Bien, las cosas están a punto de ponerse mucho mejor.

Su arrogante seguridad le arrancó una risa ahogada, incluso cuando su pulso se aceleró de nuevo.

Zachary Savage follaba como si tuviera todo el tiempo del mundo. Largas, decididas y expertas embestidas que dejaban un rastro de fuego a lo largo de todo su recorrido, un fuego que él tenía toda la intención de avivar con cada perezosa embestida. Le lamió el labio inferior, luego le rozó la mandíbula antes de capturar un lóbulo de la oreja. Un rápido mordisco la dejó sin aliento.

—Dios mío. ¿Hay alguna parte de ti que no responda a mi tacto? Pensándolo bien, no respondas a eso. Quiero descubrirlo por mí

mismo.

Sus embestidas aumentaron en frecuencia, y los gritos entrecortados de ella parecían excitarlo. Pero aun así mantuvo un control absoluto sobre su empuje.

Debajo de él, la sensación crecía. El calor la inundaba, quemándola, consumiéndola mientras su polla la llenaba con cada entrada.

—Zach... No sé cuánto más puedo aguantar. Quiero... Quiero...

—Todavía no. —Selló su boca con la de ella, introdujo su lengua en su boca antes de soltarla—. Déjame follarte un poco más. Solo un poco más. Me sabe tan bien, nena. Está tan suave.

Bethany se preguntaba cómo podía mantener un control tan experto cuando ella ya sentía que su mente comenzaba a fracturarse mientras el placer la consumía. El hambre descarnada de su rostro contaba otra historia. Estaba decidido a devorarla, a extraer hasta la última gota de placer de ella. Y luego extraer un poco más.

La idea de que él la deseara tanto la dejaba atónita. Pero la prueba estaba ahí, en su rostro. Estaba tan loco de placer como ella, su pecho esculpido comenzaba a expandirse y contraerse mientras respiraba cada vez más rápido.

—Pon las piernas alrededor de mí.

Ella obedeció, pero él negó con la cabeza, con una mirada salvaje en sus ojos.

—Más fuerte. Quiero sentir tus piernas apretándome como tu coño hambriento aprieta mi polla.

Sus muslos temblaron presionándole con fuerza. El movimiento lo empujó más profundamente dentro de ella en la siguiente embestida, llevando el placer a un nivel completamente nuevo.

Su grito entrecortado hizo que sus ojos se oscurecieran.

—Dime cómo lo notas.

—Increíble. Oh, Dios, Zach, más, por favor, ¡fóllame más fuerte!

Su demanda gutural pareció romper el último vestigio de su control. Con una mano aún inmovilizando la de ella por encima de su cabeza, le agarró el culo con la otra y la penetró con fuerza.

Él abrió la boca en una mueca de dolor al aumentar sus embestidas. El sudor brillaba en los cuerpos de ambos mientras se retorcían juntos, corriendo hacia la promesa de una descarga de locura.

—¡Bethany! ¡Joder!

La penetró con más fuerza que antes. Ella gritó, con los párpados pesados por un placer casi delirante.

—No, nena —le ordenó—. Mírame. Mira lo que me haces. Mira cómo me has vuelto loco follándote.

Sus ojos estaban perdidos de lujuria, con llamas que brotaban de ellos mientras la necesidad le apretaba la mandíbula.

—Oh —jadeó ella, tan increíblemente excitada por saber lo que le había hecho que gritó con más fuerza.

La sonrisa de él era presuntuosa, casi sádica.

—¿Te gusta eso? ¿Te encanta tenerme rendido a tus pies? ¿Te encanta saber que preferiría morir antes que parar ahora? ¿Que preferiría dejar de respirar antes que dejar de follarte ahora mismo?

—¡Sí! Oh, Dios...

El orgasmo la tomó por sorpresa, aunque lo había visto venir. La recorrió como el comienzo de un terremoto. Bajó por su columna vertebral hasta enroscarse con fuerza en su vientre. Él bebió su gemido agudo con un beso ardiente.

—Así, nena. Estoy a punto.

Él frunció las fosas nasales echándose hacia atrás y clavando la mirada en la de ella.

—¡Zach!

—Sí, globitos. ¡Ahora! ¡Ahora, coño, ahora!

La penetró con fuerza una vez, dos veces. Él enseñó los dientes con un gruñido salvaje mientras el orgasmo la sacudía a ella. Bethany, convulsionando salvajemente debajo de él, oyó cómo sus gritos resonaban en la gran habitación y rebotaban en las paredes.

—¡Dios santo!

Su precioso cabello cayó sobre su frente, enmarcando su impresionante rostro mientras se movía salvajemente sobre ella,

derramando su larga y eterna descarga dentro de ella.

El placer y el dolor reflejados en sus ojos la hicieron querer tocarlo, besarlo. Cuando ella se revolvió contra su agarre, él finalmente la liberó.

Apartándole el cabello hacia atrás, se incorporó y le besó en la boca, con los ojos aún muy abiertos y conectados con los suyos. Su gemido fue largo y profundo, la conexión ardiente, diferente a todo lo que ella había experimentado antes.

Una sensación de vulnerabilidad se apoderó de ella. Absurdamente, sintió como si Zach estuviera mirando profundamente en su alma y permitiéndole vislumbrar la suya. Vio belleza, placer... y dolor.

Él rompió la conexión primero, bajando la cabeza hasta que su frente tocó la de ella. Sus respiraciones se mezclaron cuando él deslizó sus brazos alrededor de sus hombros y la atrajo hacia sí.

Sus muslos temblaban de tensión y ella aflojó el abrazo.

—¿Te he dicho que me sueltes? —le preguntó él, pero sus labios esbozaron una sonrisa contra su hombro.

—Ahora mismo estoy tan derretida que ni todo el entrenamiento de ballet del mundo podría hacerme mantener esta postura.

Él levantó despacio la cabeza, con los ojos brillantes de interés.

—¿Eres bailarina profesional?

—Lo era. Por desgracia, mi trasero empezó a crecer cuando tenía catorce años y no ha dejado de crecer. Tuve que renunciar a mis esperanzas de convertirme en una prima ballerina de fama mundial y conformarme con ser una organizadora de eventos no tan famosa.

Su interés creció.

—¿Y cómo eres de flexible?

La pregunta era tan descaradamente sexual que su pulso, que apenas se había calmado, volvió a acelerarse.

—¿Por qué quieres saberlo? —preguntó ella, a pesar del rubor que se extendía por su piel.

—Porque quiero saber cuánto... podemos aventurarnos juntos.

La lujuria se deslizó por su rostro. Se humedeció los labios con un gesto puramente depredador que le hizo tensar los músculos del estómago.

Increíblemente, empezó a ponerse duro de nuevo dentro de ella.

Ante su respiración entrecortada, él se estremeció.

—Continuemos esto en la ducha. Quiero saberlo todo sobre tus sueños de convertirte en bailarina. Y el tema apasionante del crecimiento de tu trasero.

Él se rio ante la mirada fulminante que ella le lanzó. Un momento después, ambos gimieron cuando él se retiró de ella.

Zach se echó hacia atrás y se miró el pene rosado.

—Eres tan jodidamente hermosa ahí abajo. Podría comerte otra vez.

Su visible estremecimiento lo hizo reír, incluso mientras deslizaba los nudillos sobre su sexo aún hormigueante.

—Pero primero, una ducha. Y algo de comida para ti.

Se levantó y le tendió la mano.

Mientras Bethany lo seguía, trató de dar sentido a la miríada de emociones que la invadían. Acababa de experimentar el episodio sexual más increíble de su vida. La euforia, la confusión y el temor luchaban dentro de ella.



Zach percibió sus turbulentas emociones mientras la llevaba al baño.

Diablos, él todavía estaba aturdido por lo que acababa de pasar en el sofá de la sala. Nunca había tenido un orgasmo tan intenso y prolongado.

¿Y esa orden de que ella lo mirara a los ojos mientras él se corría? ¿De dónde diablos había salido eso? Lo último que quería era que una mujer mirara dentro de su alma.

La oscuridad de su alma y los ecos estériles del dolor que habían formado parte de él durante tanto tiempo que ya casi ni los notaba: eso era lo último que quería compartir con Bethany, esa mujer

dulce, ligeramente vulnerable pero valiente, que no había salido corriendo cuando había vislumbrado el tipo de hombre que era bajo su apariencia civilizada.

Pero, de alguna manera, al acostarse con Bethany, el anhelo de conectar con ella en ese momento se había vuelto visceral, urgente. Su necesidad de ella había sido sin duda suficiente para empujarlo a un viaje en el Indigo Lounge después de haber jurado no volver a pisar uno de sus aviones.

Y, vaya, casi le había explotado la polla con tanta intensidad. Su polla, que se había despertado de nuevo cuando ella mencionó su culo y su antigua intención de ser bailarina, se puso más dura. Al pasar junto a un gran espejo de cuerpo entero, él miró su reflejo, vio su cuerpo sonrojado y aún sudoroso por el esfuerzo y luchó por no aplastarla contra la pared y follársela de nuevo.

Ella necesitaba un poco de tiempo para recuperarse.

A decir verdad, él también.

Aún no había superado el pánico residual que había sentido cuando regresó y descubrió que ella se había ido. La sensación de pérdida y decepción había sido tan aguda que se había preguntado si había perdido la cabeza. Estaba a punto de llamar a su equipo de seguridad para que la localizaran cuando ella apareció. Eso por sí solo lo dejó atónito.

¿Cuándo había sentido algo tan fuerte por una mujer como para buscarla después de que ella se hubiera alejado de él?

Nunca.

Y, sin embargo, la idea de que Bethany Green, una mujer a la que apenas conocía desde hacía dos días, se alejara de él...

Unas manos suaves le tocaron la espalda y su mente se derritió.

Girándose, se encontró frente a ella delante del espejo.

Sus ojos azules, ahora más claros al no estar atrapados en la vorágine de sensaciones, lo miraban fijamente. Cuando bajaron hasta su boca, sintió un calor que le recorrió la entrepierna. La forma descarada en que ella lo deseaba lo excitaba más de lo que había estado excitado en mucho tiempo. Sus ojos volvieron a

posarse en los de él, y vio la vacilación en su profundidad. Le tomó el rostro entre las manos y le levantó la cabeza.

—No tengas miedo de decirme lo que quieres, Bethany. No hay nada que ocultar entre nosotros. Si quieres besarme, bésame. Si quieres algo, tómalo. Porque yo, desde luego, no voy a contenerme cuando se trate de ti. ¿Entendido?

Sus ojos se agrandaron, esta vez por la emoción y con un toque de ese nerviosismo que él había visto antes. Fuera lo que fuera lo que le hubiera hecho ese imbécil de su ex, el cabrón la había hecho dudar de su sexualidad y feminidad. Apenas se contuvo para no maldecir y esperó a que ella respondiera. Cuando no lo hizo, le pasó el pulgar por el labio inferior. Sintió cómo temblaba bajo su tacto.

—¿Bethany? Dime lo que quieres.

Ella respiró hondo.

—A ti. Te deseo tanto que no puedo entenderlo. Acabamos de hacerlo y ya quiero otra vez. Ahora mismo...

El alivio le atravesó el pecho. El sexo lo podía manejar, aunque este tipo de sexo loco tuviera algo nuevo con lo que no estaba del todo familiarizado.

Sonriendo, la besó.

—Me alegro de que te sientas así, nena. No quiero que pienses que soy un monstruo loco obsesionado con el sexo que devora orgasmos para desayunar.

—Dios del sexo.

—¿Cómo?

—Dios del sexo. Eso es lo que pensé que eras en cuanto te vi. Sintió que su sonrisa se ampliaba.

—Y yo pensé que te ibas a marchar antes de tener la oportunidad de meter la boca en ese jugoso coño tuyo.

Su risa ronca lo excitó aún más.

—¿Pensaste que me iría?

—Te quedaste parada en esa maldita puerta tanto tiempo que pensé que te habías convertido en una estatua. Luego entraste y el

chulito de la banda te miró con ojos de pervertido. Quería romperle los dientes.

—Jax es un tipo encantador.

Una sensación desagradable amenazó con arruinarle el humor.

—Quería follarte. Y yo romperle la cara.

Su sonrisa se apagó un poco y él se dio cuenta de que casi había gruñido su respuesta. Pero no se retractó. Las partes de sí mismo que podía revelar a Bethany debían revelarse de cerca y de inmediato. No quería que hubiera ningún malentendido en cuanto a lo que él quería.

—¿Estás preocupada por eso? —le preguntó, conteniendo la respiración a la espera de su respuesta.

—No lo sé. Nadie ha sentido eso por mí antes.

Una vez más, el dolor ensombreció sus ojos. Una vez más, él contuvo una maldición.

—Yo siento eso por ti ahora. Soy increíblemente posesivo contigo. La idea de que otro hombre se acerque a esto —se apartó para contemplar la perfección de su cuerpo— me vuelve loco.

—Apenas nos conocemos desde hace dos días, Zach.

—Yo sabía lo que sentía incluso antes de verte la cara.

Ella contuvo el aliento.

—¿Qué..., qué estás diciendo?

—Que no sé qué demonios es esto. Pero ningún otro chico se te acercará mientras lo averiguamos.

—¿Y cómo vamos a averiguarlo exactamente? Ni siquiera sé dónde vives ni si volveré a verte cuando termine este viaje.

—Me volverás a ver. Eso te lo puedo asegurar.

Los ojos de ella se llenaron de preguntas. Preguntas que él no estaba preparado para responder porque aún no había encontrado las respuestas. Y menos aún con la polla tan dura que podría clavar clavos. Tirando de ella, reanudó su camino por el pasillo. Sus dedos se crisparon entre los de él cuando entraron en el cuarto de baño. La miró y vio que tenía los ojos fijos en la amplia bañera y el rostro pálido.

—¿Qué pasa?

—No me gustan las bañeras...

Zach la atrajo hacia él y deslizó la boca por su mandíbula y su cuello.

—Para lo que tengo en mente, la ducha es mejor.

Sintió su alivio y se apartó.

—¿Qué tienes exactamente en contra de las bañeras?

Ella negó con la cabeza y deslizó las manos por su pecho mientras se inclinaba hacia él.

—No quiero hablar de eso ahora, ¿te importa?

—Me importa. Pero dejaré que me distraigas con esos deliciosos pezones que estás frotando contra mi pecho.

Se metió hacia atrás con ella en la inmensa ducha, programó la temperatura en el panel electrónico y encendió el gran cabezal cuadrado. Seis chorros lanzaron agua caliente al espacio donde él los dirigió. Echó un vistazo al amplio banco al otro lado de la cabina de ducha y lo descartó. Eso vendría después. Por ahora, tenía un deseo más urgente.

—He manoseado ese culo firme y redondo que tienes. Lo he agarrado mientras te follaba en el sofá. Pero aún no lo he visto desnudo. Así que, Bethany Green, ¿qué tal si te das la vuelta y me enseñas ese culito tan sexi que tienes, eh?



—No tiene nada de pequeño —respondió Bethany, sintiendo cómo la vieja inseguridad sobre su trasero volvía a aflorar, a pesar del calor hambriento en los ojos de Zach—. Es ridículamente grande.

—Enséñamelo.

Su mano se deslizó hacia su pene y lo agarró. Bethany observó, hipnotizada, cómo lo acariciaba perezosamente, con la lengua asomando para tocarse el labio inferior.

El movimiento con el que acariciaba su polla era tan hipnótico que ella bloqueó las rodillas para evitar deslizarse en un estúpido charco

de deseo. Cuando él volvió a pedirle lo mismo, ella negó con la cabeza. Él era tan guapo y ella... no podía darse la vuelta.

—Zach...

—Date la vuelta, coño. Ahora —la petición fue brusca. Urgente.

El vapor se elevaba en la habitación, por desgracia, no lo suficiente como para proporcionar ningún camuflaje. Pero era suficiente para elevar su temperatura, que ya estaba por las nubes.

—Si me haces ir allí, te arrepentirás —le advirtió.

Ella apretó los ojos durante varios segundos. Luego, lentamente, se dio la vuelta, mostrando su espalda y su peor rasgo a la mirada inquisitiva del hombre más hermoso del mundo.

Silencio.

Más silencio.

Luego...

—Dios, Bethany... ¿Cómo puedes pensar...? ¡Joder!

Giró la cabeza bruscamente, con el pelo húmedo pegado a las mejillas, mientras buscaba su mirada. Pero él no la estaba mirando a la cara. Su mirada estaba clavada en su culo, una mirada tan reverente, tan intensamente asombrada, que le debilitó las rodillas.

No era posible que le gustara su culo... ¿o sí?

Un solo paso bastaba para que él estuviera a una distancia que le permitiera tocarla. En cambio, se estiró hacia un lado del cabezal de la ducha y cogió una botella de la estantería. A Bethany no le importaba lo que contuviera. No podía apartar la mirada del hambre descarnada que se reflejaba en su rostro.

Abrió el tapón con el pulgar e inclinó la botella.

Un líquido frío cayó sobre su espalda baja, haciéndola jadear por la sensación contrastante.

Sin apartar los ojos de su culo, acarició su pene con la mano una vez más y luego comenzó a esparcir el líquido por sus nalgas húmedas con forma de globos.

Una sensación la recorrió, que no tenía nada que ver con su toque ardiente, aunque eso en sí mismo amenazaba con volverla loca.

—¿Qué..., qué es eso?

—Shhh, no hables ahora, nena. Estoy en el paraíso del culo.

—¿En serio? ¿El paraíso del culo?

Le dio una palmada en el culo lo suficientemente fuerte como para que le escociera y luego gimió.

—Dios, acabo de ponerte el culo rosa.

Le dio otra palmada por si acaso y luego le untó la loción con reverencia, apretando y acariciando su carne una y otra vez.

Con cada caricia, sentía cómo se humedecía su sexo, con un calor líquido que se sumaba a los jugos de su orgasmo anterior, haciéndola más resbaladiza que nunca en su vida.

Cuando Zachary soltó un gruñido animal, ella gimió por lo erótico que le resultó. Eso finalmente llamó su atención. Lo que vio en su rostro hizo que sus ojos plateados se oscurecieran. Se inclinó hacia adelante y presionó su pecho contra la espalda de ella. Su creciente barba le rozó la mejilla mientras sus afilados dientes le mordían el lóbulo de la oreja.

—¿Recuerdas lo que dije sobre poner mi polla entre estos dulces balones?

—¿Sí?

—Apóyate con las manos en la pared, globitos. Estoy a punto de cumplir mi promesa.

Ella se preparó. Él dio un paso adelante.

El tacto de su polla caliente, aterciopelada y rígida deslizándose entre sus nalgas era la sensación más espectacular del mundo. Bethany abrió la boca mientras sus muslos temblaban con la fuerza de sus sentimientos.

—Dios... ¿Cómo...?

Zach soltó una risa entrecortada, a medio camino entre una risa y un gemido.

—Tú también lo sientes. Es una locura, ¿verdad?

Él empujó más hondo entre sus nalgas y deslizó su polla arriba y abajo. Ella nunca había imaginado lo sensible que era hasta que sintió la punta de su polla acariciar el espacio entre su coño y su

ano. En la primera pasada de su glande contra su estrecha abertura, ella se estremeció cuando una sensación diferente la invadió.

—¿Te gusta eso?

—Es... diferente.

Volvió a deslizarse sobre la entrada, presionando la parte inferior de su polla, con sus estrías y venas, contra ella. Una vez más, la sensación le debilitó las rodillas.

Nunca se le había ocurrido que le pudiera gustar el sexo anal. A pesar de su estrecha relación con su vibrador, nunca había sido lo suficientemente atrevida como para aventurarse más allá de su coño.

Ahora, increíblemente excitada, ahora sí, unos pensamientos aterradores se agolparon en su cabeza.

¿Podría...?

Sacudió la cabeza para disipar ese pensamiento. Zach se rio como si le hubiera leído la mente.

—¿En qué piensas, chica traviesa?

—Eh... en nada —jadeó ella mientras él aumentaba el ritmo.

—Sigue pensando en eso. Verte sonrojarte me excita aún más.

Ella miró a su alrededor con nerviosismo, buscando algo sólido a lo que agarrarse.

—Dios, me encanta tu culo. La forma en que acuna mi polla. Mira por encima del hombro, nena, mira lo bonito que es tu culo.

Miró por encima del hombro y casi perdió la cabeza al ver la polla de Zach acunada entre sus nalgas. Sus pezones se endurecieron aún más y su sexo se humedeció, hinchándose de deseo.

Sus grandes manos le agarraron las caderas, sujetándola con firmeza mientras bombeaba con más fuerza. Las ásperas caricias sobre su estrecho ano la hicieron gritar. Increíblemente, sintió que el orgasmo se acercaba.

—¡Oh!

La empujó hacia delante hasta que sus pezones rozaron las frías baldosas con cada embestida. Frío por delante, calor por detrás. Las sensaciones contrastantes la llevaron al límite.

La respiración entrecortada de Zach le indicó que él también estaba cerca.

—Joder, globitos. Esto es aún mejor de lo que imaginaba.

—Mmmm —no podía formar frases coherentes, al igual que no podía detener el clímax que se avecinaba.

Soltándole las caderas, le sujetó la mandíbula con una mano y, con la otra, deslizó los dedos por su estómago para estimularle el clítoris.

La presión sobre su mandíbula aumentó, obligándola a abrir la boca. Sin dejar de follarle las nalgas, deslizó lentamente dos dedos dentro de su dulce calor y dos en su boca.

—Chupa —le ordenó.

Demasiado. Demasiadas sensaciones la llevaron a desbordarse. Con las mejillas hundidas chupando sus dedos, Bethany cerró los ojos con fuerza y gimió en un ardiente orgasmo.

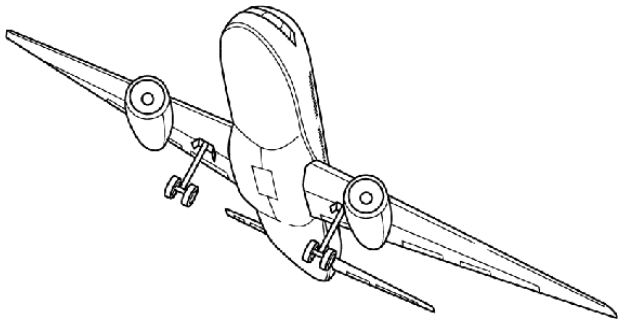
Unos segundos más tarde, Zach enterró la cara en su hombro y gritó su propio orgasmo mientras derramaba su semen caliente sobre su trasero.

Unos fuertes brazos la rodearon mientras los chorros de la ducha caían sobre ellos. Cuando pudieron moverse sin la ayuda de la pared de la ducha, él cogió otra botella, esta vez un gel de ducha. La lavó de pies a cabeza, luego se lavó él mismo antes de cerrar el grifo. Ella se giró para coger una toalla, mostrándole la espalda una vez más.

Su gemido la hizo quedarse paralizada.

—Ah, globitos, estoy deseando enseñarte mi sala de juegos en Marrakech.

Capítulo 9



Era el hombre más guapo del mundo. Y estaba encantado con su culo.

Bethany contuvo una risita de extrema felicidad y alzó la vista para encontrarse con él mirándola por encima de la mesa iluminada por las velas. Estaban en su propia terraza privada, lo bastante alta como para garantizar la máxima intimidad. París titilaba bajo ellos, un tapiz de luces y coches en movimiento. Detrás del hombro de Zach, la icónica torre Eiffel, iluminada de un modo espectacular, parecía casi al alcance de la mano.

Pero era el hombre quien la tenía cautivada.

Llevaba vaqueros negros y una camiseta color índigo que realzaba sus ojos de un modo increíble. Su pelo, aún ligeramente húmedo por la ducha, brillaba bajo la luz tenue, y ella tuvo que contenerse para no alargar la mano y apartarle el grueso mechón que le caía sobre la frente.

Había aprendido muy rápido que tocar a Zach impedía pensar con claridad. Casi no logró ponerse uno de los vestidos cortos blancos sin hombros que había metido en la maleta después de haberle rozado el pecho sin querer al pasar junto a él en el dormitorio.

Él la había inmovilizado contra el poste de la cama y se había apoderado de su boca. Solo el rugido ensordecedor de su estómago hambriento la había salvado de otra sesión sexual maratoniana.

Zach había pedido para ambos un entrante de ostras, seguido de un filete con patatas fritas y ensalada para él, y una pasta carbonara para ella. El Chardonnay que acompañaba la cena era celestial, pero era el hombre sentado frente a ella quien seguía provocándole un cosquilleo en el estómago cada vez que lo miraba.

—¿En qué piensas? —soltó de pronto, y enseguida se arrepintió.

Había leído una vez en una revista que preguntarle a un hombre eso era pedir que te hiciera daño. Apenas lo conocía desde hacía dos días, pero ya sabía que Zachary Savage tenía el poder de herirla. Más incluso que Chris, que lo había conseguido con su estúpida confusión sobre sus preferencias sexuales.

—Estoy pensando en muchas cosas, pero sobre todo, estoy pensando… en treinta minutos.

—¿Treinta minutos?

—Sí. Habrían bastado para impedir que esto pasara. —Hizo un gesto entre ellos, sin apartar la mirada de su rostro—. No creo en las coincidencias ni en el karma ni en esas tonterías. Pero no puedo evitar pensar que estaba en Nueva York por una razón. Porque ahora que esto ha pasado, no puedo imaginar cómo habría sido el resto de mi vida sin esta experiencia.

Así, sin más, la dejó sin aliento. Las lágrimas le asomaron a los ojos, y se apresuró a parpadear para apartarlas.

Tragó saliva. Luego volvió a hacerlo, pero el nudo de la garganta se negó a desaparecer.

Habló a través de él:

—Para alguien que no cree en el karma, le estás dando mucha responsabilidad a la casualidad.

—Tengo la sensación de que te habría conocido igualmente, tarde o temprano.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro?

Él se encogió de hombros.

—Tú trabajas organizando eventos. Yo tengo varias empresas que contratan organizadores en Nueva York.

—Eso sigue siendo forzar mucho las cosas.

—Entonces, ¿crees que fue el destino?

Lo que había pasado entre ellos —y seguía pasando— era demasiado intenso para considerarlo algo casual. Y, a decir verdad, la aterraba.

—No lo sé. Tal vez.

—Sea lo que sea, me alegro de que haya ocurrido ahora.

—¿Por qué?

—¿Preferirías que nos hubiéramos conocido cuando tuviera noventa años y solo pudiera follar una vez a la semana?

Soltó una carcajada.

—Supongo que no.

Tomó otro bocado de su plato y masticó, plenamente consciente de que él seguía mirándola. Bethany se preguntó si alguna vez llegaría a acostumbrarse a esa mirada suya, descaradamente invasiva, cada vez que estaban en la misma habitación. Era casi como si quisiera colarse bajo su piel y descubrir todos sus secretos.

Lo extraño era que una parte de ella deseaba concedérselo.

—Entonces, treinta minutos, ¿y hacia dónde habrías ido exactamente? —preguntó.

Él bebió un sorbo de vino antes de responder.

—A San Francisco. Allí tengo mi base. Tengo una casa en las colinas de Palisades. Hicimos escala en Newark para repostar.

—¿Por qué San Francisco? ¿Creciste allí?

—No. —Sus párpados descendieron, ocultando la expresión de sus ojos. Cuando los alzó de nuevo, su rostro se había vuelto cuidadosamente neutro—. Crecí en Luisiana.

Su tono la previno de seguir indagando. A pesar de la viva curiosidad que la asaltaba, lo respetó. Había una razón por la que Zachary Savage defendía su intimidad con tanto celo. El sexo increíble no le daba derecho a conocer todos sus secretos, ni viceversa. Aunque había algo que sí despertaba su curiosidad.

—¿Por qué índigo? —preguntó—. ¿Es tu color favorito?

Una esquina de su boca se alzó en una sonrisa de una sensualidad desbordante. A Bethany se le tensó el vientre.

—En parte. Indigo es mi segundo nombre.

Ella abrió la boca.

—No puede ser. ¿Te llamas Zachary Indigo Savage? ¿Tus padres eran hippies o algo así?

La sonrisa se desvaneció.

—Sí… algo así. ¿Podemos cambiar de tema?

Sus ojos grises, ahora oscuros, la taladraron; una ceja alzada dejaba claro que la pregunta era puramente formal. Una punzada de enfado le recorrió el pecho.

—Podemos, pero quiero que sepas algo desde el principio. No me gustan los secretos. Mi ex me ocultó algo enorme y me hizo creer que estábamos bien cuando no era cierto…

—Ya te dije que era un imbécil.

—Sea como sea, preferiría no encontrarme con otra bomba cayendo a mis pies cuando menos lo espere. Si no quieres que te conozca mejor, está bien. Me gusta pensar que tengo el suficiente instinto como para no acostarme con un asesino con hacha o un sádico que patea cachorros. Pero necesito alguna garantía de que nada de lo que estamos haciendo ahora tendrá repercusiones en mi futuro.

—Puedo garantizarte que nunca he pateado un cachorro en mi vida, y no tengo un hacha, al menos no una que haya empuñado personalmente. En cuanto al resto, nadie puede garantizar eso, globitos. Pero puedo asegurarte ciertas cosas.

—¿Cómo cuáles? —insistió.

—Exclusividad. Y la seguridad de que nada de mi pasado te afectará directamente de forma dañina.

—¿E indirectamente?

Él se encogió de hombros.

—Intento mantener mi vida privada al margen, pero no siempre lo consigo. No con lo invasiva que es la tecnología moderna. Es posible que los medios descubran que estás relacionada conmigo. ¿Te molestaría eso?

—Depende. ¿Quieres que siga siendo tu pequeño secreto indecente?

Él dio otro sorbo y se lamió una gota de vino del labio de un modo que la hizo desear lanzarse sobre la mesa y devorarle la boca, para luego recorrer cada centímetro de su cuerpo hasta dejarlo tan necesitado como ella.

—Globitos, te quiero tan indecente como me dejes ponerte, empapada y a menudo.

Un rubor le subió a las mejillas.

—No me refería a eso y lo sabes.

Él se encogió de hombros.

—Los tabloides inventan historias que a veces pueden resultar dolorosas. Yo ya soy inmune en cierta medida, pero tú deberías estar preparada.

—¿Preparada para qué exactamente?

—Pueden intentar husmear en tu pasado, averiguar quién eres y usar eso para definir tu posición en mi vida.

—Así que, si descubren que soy una chica normal que creció en el norte del estado de Nueva York, podrían concluir que soy una cazafortunas que intenta engancharte.

—Puede que no sea tan malo. Puede que concluyan que estoy prendado de una chica absolutamente extraordinaria cuyo cuerpo me vuelve loco y me pone más duro que nunca.

El calor la envolvió, pero la ansiedad que le oprimía el estómago no desapareció.

—Aunque lo más probable es que sea lo primero.

Él asintió serio, mirándola con los ojos entornados.

—¿Podrás soportarlo?

Se humedeció los labios y trató de quitarle importancia.

—Quizá no haga falta. Solo acepté ir contigo a Marrakech. Si lo dejamos después…

—No lo haremos —intervino con calma mientras llenaba de nuevo su copa.

El corazón le dio un salto en el pecho, dejándola sin aliento.

—¿Y por qué estás tan seguro?

—Globitos, estás perdiendo el tiempo con un argumento equivocado. No se acabará después de Marrakech. Ni mucho menos. Te lo prometo. También puedo garantizarte intimidad allí. Lo que debe preocuparte es lo que pase cuando volvamos a Estados Unidos.

Jugó con el último bocado de pasta en el plato.

—Pero tú vives en San Francisco. Yo en Nueva York. ¿Cómo funcionará eso?

—Puedo trabajar desde cualquier lugar del mundo. Además, tengo un avión privado enorme, varios coches y un teléfono que funciona perfectamente. Lo resolveremos.

Su preocupación no se disipó. Dejó el tenedor con lentitud.

—Zach… Esto va demasiado deprisa. No sé si…

Él se levantó y rodeó la mesa hasta situarse frente a ella. Arrodillándose, le agarró las caderas y giró la silla hacia sí.

—Hazme un favor. Cierra los ojos e imagina tu vida dentro de una semana. Luego imagínala dentro de un mes —dijo en voz baja, pero con la firmeza suficiente para que entendiera que hablaba en serio. El corazón de ella volvió a dar un vuelco—. ¿Me quieres en ella?

Asintió antes siquiera de que él terminara la frase.

—Sí, te quiero en ella.

Él la besó en los labios y mantuvo la presión hasta que ella se abrió para recibirlo. La punta de su lengua rozó la de ella, jugueteó en una exploración erótica antes de deslizarse más profundamente. Ante su gemido necesitado, él se apartó.

—Entonces eso es lo único que importa. —Una mano se deslizó por su cadera y rozó su entrepierna. Fue apenas un toque, pero bastó para que su pulso se disparara—. Esto es lo único que importa.

—¿El sexo increíble es lo único que importa? —preguntó, con una punzada de dolor.

—El sexo increíble es un comienzo excelente. Fue la razón por la que te uniste al viaje del Indigo Lounge, ¿no?

—Yo…, no exactamente. Quería ver de qué se trataba la experiencia.

—¿Así que no buscabas conectar con nadie? —gruñó, como si la idea le resultara amarga.

—No lo sé. Tal vez…

—Sea como sea, nos encontramos. La única diferencia es que estás viviendo la experiencia conmigo en lugar de con otro tipo cuyo rostro intento por todos los medios no imaginar. Y no acabará cuando mi avión aterrice en Newark. Entre otras cosas, te prometí Bora Bora, ¿recuerdas?

Asintió despacio. Aunque sus palabras la tranquilizaron un poco, Bethany no lograba librarse de la sensación de montaña rusa que la agitaba por dentro. Pero entonces él la volvió a besar. El efecto de la boca de Zach Savage sobre ella era una lección sobre lo devastadora que puede ser la química.

La aniquilaba con un solo contacto de sus labios sobre los suyos. Cuando él se separó unos minutos después, ella estaba al borde de la silla, aferrada a sus hombros. Su cuerpo estaba firmemente encajado en el de ella, que le enroscaba las piernas alrededor de las caderas.

Ambos bajaron la mirada. El vestido de ella se había subido dejando al descubierto sus muslos desnudos, y la erección visiblemente dura de él se presionaba contra las bragas húmedas de ella. Él balanceó las caderas y la fricción electrificó el clítoris hinchado de ella.

—¡Dios!

Él se rio.

—Creo que está claro lo que estoy diciendo, ¿no te parece? —Liberándose de sus manos y piernas, le arregló la ropa, volvió a su asiento, le rellenó la copa casi vacía y cogió la suya—. Háblame de tu trabajo. ¿Te gusta lo que haces?

Sí, claro. Ella se pasó los dedos por el pelo con desesperación. ¿Pretendía mantener una conversación coherente mientras se debatía al borde de otro orgasmo?

—Yo..., eh..., supongo. Tengo una licenciatura en hostelería y, cuando me gradué, organizar eventos me pareció la elección perfecta.

—¿Por qué la elección perfecta? —preguntó él.

—Mi abuela tenía un hotelito en Connecticut cuando yo era pequeña. Pasaba allí los veranos cuando era niña y me encantaba inventar juegos y actividades para las familias que venían. Me pareció una elección natural a la hora de elegir una carrera.

—¿Neon es tu primer trabajo?

Ella lo miró sorprendida.

—¿Cómo sabes dónde trabajo?

—Rellenaste tus datos personales cuando solicitaste unirte a Indigo.

—Ah, sí. Me uní como organizadora junior hace tres años y me ascendieron a responsable de cuentas el año pasado, antes de...

—¿Antes de qué?

Lo pensó un momento y se encogió de hombros. No había ningún problema en decirle que sabía de él antes de unirse a su viaje.

—Mis jefes querían hacer negocios contigo. Me pidieron que te investigara. Que averiguara si alguno de tus intereses comerciales coincidía con los nuestros. Pero las empresas con las que trabajas están en la liga de los grandes. Cuando informé de que no había encontrado la manera de entrar, frustré mis perspectivas en Neon durante un tiempo.

—Ah, ¿así que nuestro encuentro no fue kármico después de todo? —sonaba ligeramente decepcionado y la mirada que le dirigió era un poco calculadora.

—¿Qué, crees que...? ¡No tenía ni idea de que estarías en Newark! Y mi presencia en el viaje de Indigo no tenía nada que ver con el trabajo. Además, teniendo en cuenta que tenías más de cinco mil candidatos entre los que elegir, habría sido una gran apuesta, solo por la remota posibilidad de ser seleccionada.

—Pero lo fuiste.

—¿Preferirías no haberme conocido?

—Creo que ya hemos dejado claros mis sentimientos al respecto. Pero me pregunto qué habrías hecho si se hubiera presentado la oportunidad... —insistió él.

Ella dejó su copa sobre la mesa.

—Zach, tengo por norma no acostarme nunca con un cliente, sea potencial o no.

—¿Alguna vez has tenido la tentación?

—El setenta y cinco por ciento de los eventos que organizo son eventos sociales: fiestas, galas, viajes de fin de semana para fomentar el espíritu de equipo. El alcohol y la testosterona suelen dar lugar a insinuaciones.

Apretó la mano en torno a la copa, la mirada más intensa sobre ella.

—¿Alguna vez ha ido más allá de las insinuaciones? —preguntó con voz sedosa.

—Solo una vez. Por suerte, mi reflejo de rodillazo en la entrepierna estuvo rápido. Para cuando se le pasó la borrachera, ya se había olvidado del incidente.

Él se relajó un poco.

—¿Así que yo frustré tus posibilidades de ascenso?

—Sheena, mi jefa, estaba empeñada en conseguir un contrato con Indigo Lounge desde poco después del lanzamiento de la empresa. Llevaba tiempo deseando expandir la compañía. Presentamos una propuesta, pero era muy endeble debido a la falta de información.

—La mayoría de mis empresas cotizan en bolsa.

—Sí, pero ella quería conseguir una ventaja adicional.

Él asintió.

—Normal. Yo habría hecho lo mismo en esa situación.

—Sí, así que visité tus oficinas de Nueva York y hablé con una de tus responsables de prensa sobre Indigo. No me reveló nada más allá de lo que ya era de dominio público. —Él sonrió sin remordimientos—. Pero sí me habló de los pasajeros extra que invitabas a tus aviones. Se lo dije a Keely.

—Tu amiga subida de tono —comentó sin asomo de emoción.

Bethany se rio.

—Sí. Ella me empujó a inscribirme, y supongo que el resto es historia.

Él negó con la cabeza.

—No es historia. Solo estamos empezando, nena.

Se levantó de la silla, dejando la copa con una elegancia despreocupada que le provocó un nudo en el estómago y un deseo imposible. La cogió en brazos y la acercó a su cuerpo. No le sorprendió en absoluto descubrir que su erección no había disminuido. Una mano le agarró el pelo, dejando al descubierto su mandíbula y su cuello para sus suaves besos, mientras la otra le rodeaba la cintura.

—¿Cuál es el apellido de Keely?

—¿Por qué? —preguntó ella después de llenar sus pulmones de aire.

—Porque le debo mucho por haberte traído a mi vida.

Su lengua le recorrió los labios. El gesto tuvo el efecto inmediato y condenatorio de licuar su interior y humedecer su sexo.

—¿A pesar de que sospechabas que tenía un motivo oculto hace un momento?

Él se apartó ligeramente y la miró.

—No me disculpo por comprobar mi lugar en tu vida, Bethany. Un hombre en mi posición tiene que aprender a cuestionar todos los ángulos. Además, no confío fácilmente.

—Lo sé. Recuerdo un cacheo muy minucioso en tu oficina.

Una esquina de su boca se levantó, pero su rostro permaneció serio.

—Solo el tiempo demostrará nuestras intenciones. Espero que te parezca bien.

Ella dudó. Lo que él decía tenía sentido, aunque una parte irracional de ella quería que él confiara en ella de forma inmediata e incondicional. En el fondo, sabía que confiaba en él hasta cierto

punto, al menos lo suficiente como para haber tomado la decisión de abandonar el viaje al Indigo Lounge para venir a París con él.

Pero también había confiado ciegamente en Chris. Hasta que él le soltó la bomba.

La precaución era buena. La precaución era esencial.

—Sí. Me parece bien.

Él exhaló y una mirada de alivio cruzó su rostro antes de deslizar ambas manos sobre su trasero y apretarlo con fuerza.

Cuando ella se estremeció en respuesta, él gimió, la acercó más a él y la levantó.

—Sube las piernas a mis caderas, nena.

Ella obedeció, acercando su interior húmedo contra su erección dura como una roca. Él comenzó a caminar de regreso a la suite. Estar tan cerca de su cálido y hermoso cuerpo hizo que el deseo ardiera más intensamente.

Incapaz de esperar más, ella tomó su rostro entre sus manos y le dio un beso ardiente y necesitado.

Él tropezó y ella oyó cómo su mano golpeaba la puerta de cristal para estabilizarse. Con el pecho agitado, él profundizó el beso, deslizando su lengua contra la de ella en una promesa erótica de lo que su polla le haría en un futuro muy cercano.

Necesitándolo más que nada en la vida, ella balanceó sus caderas contra su rígida longitud.

—Mierda. No puedo pensar con claridad cuando haces eso.

—Bien, no quiero que pienses con claridad. Es lo justo, porque yo tampoco puedo pensar con claridad. —Le frotó los senos contra el pecho y fue recompensada con otra concisa maldición.

—Espera, globitos. Por favor, solo un minuto más.

Ella gimió y él le apretó el trasero. Ella oyó que la puerta se abría y entraron tambaleándose en el salón. Esperando que él la tirara sobre el sofá como había hecho antes, se sobresaltó cuando él siguió caminando.

—No tengo condones aquí.

Ella volvió a gemir suplicante. Tardarían al menos un par de minutos en llegar a su suite. Eso era demasiado tiempo.

—¡Te quiero ahora, Zach! Por favor... me duele.

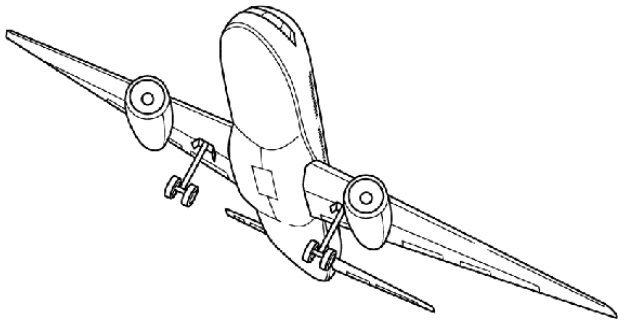
—Lo sé, cariño. Te haré sentir mejor en un minuto. Te lo prometo. Aguanta un poco.

Sus dedos se clavaron en los hombros de él mientras este aceleraba el paso. Antes incluso de entrar del todo en el dormitorio, le estaba arrancando las bragas. El vestido le siguió tan pronto como la dejó en el suelo. Su mirada ardiente se deslizó sobre ella mientras su mano se dirigía al cinturón y se lo quitaba. En cuanto se desnudó, la agarró y la tiró sobre la cama. Antes de que ella pudiera tomar aire, dos dedos se deslizaron dentro de su húmedo calor, haciendo que sus sentidos, ya de por sí alterados, se descontrolaran por completo.

—Llevo una hora deseando follarme este coñito apretado —murmuró justo antes de cerrar la boca sobre uno de sus duros pezones. Ella echó la cabeza hacia atrás y abrió más las piernas.

—¿A qué esperas entonces?

Capítulo 10



Despertó sola en la cama a la mañana siguiente. Desorientada por un momento, se relajó poco a poco sobre las almohadas mientras el recuerdo afloraba y se reproducía en su mente con una nitidez deslumbrante.

Hacía menos de doce horas que se había convertido en la amante de Zachary Savage.

En ese tiempo, había tenido más sexo del que había tenido en el último año. Él había sido implacable en sus exigencias, poseyéndola en posiciones que ella ni sabía que existían.

Pero más allá de eso, una emoción distinta ardía en su interior, una que no tenía que ver con el sexo, sino con la idea de tener a un hombre tan intenso como Zach en su vida. La ansiedad que le había oprimido el estómago durante todo el viaje a Shanghái y luego hasta París se había aliviado un poco.

Las cosas avanzaban demasiado deprisa, pero saber que Zach estaba igual de atrapado que ella en esa fiebre de deseo ayudaba a calmarla.

Se estiró en la cama, y el aire se le escapó al sentir cómo sus músculos interiores y exteriores protestaban por el esfuerzo que habían soportado a manos de su amante.

Las sábanas de color pizarra conservaban el calor bajo sus dedos mientras acariciaba el espacio que él había ocupado. Giró la cabeza, cerró los ojos e inhaló su olor. El pulso se le aceleró de inmediato. El

plan había sido unirse al viaje del Indigo Lounge para espantar el dolor y la tristeza de los últimos seis meses y divertirse un poco, pero aquello…

—Esto es una locura —murmuró.

—¿Hablando sola, globitos?

Se incorporó de un sobresalto.

Él estaba al pie de la cama, sin camisa y con un pantalón de chándal. La visión de sus anchos hombros, su torso esculpido y sin vello, y su abdomen marcado le hizo la boca agua.

Era evidente que Zachary Savage cuidaba su cuerpo. De pronto, ella se sintió satisfecha de su propio hábito de correr quince kilómetros tres veces por semana.

Su mirada descendió hasta los pechos desnudos de Bethany, y se humedeció los labios.

—Ven a desayunar antes de que ceda a la tentación de comerte a ti en su lugar.

A pesar de la erección creciente que marcaba el pantalón, empezó a darse la vuelta.

La decepción le dolió más de lo que habría querido.

—¿Tan fácil de resistir soy, de repente?

Su mirada recorrió su cuerpo, y ella advirtió el leve ensanchamiento de sus fosas nasales al exhalar.

—No me tientes o no saldremos de esta habitación. Ha surgido algo. Prefiero que lo sepas cuanto antes.

Con ese comentario enigmático, salió tan silenciosamente como había entrado.

Y, de inmediato, la ansiedad regresó.

Saltó de la cama y se enfundó deprisa el albornoz de seda que había dejado el hotel. Se pasó un cepillo por el pelo para recobrar algo de compostura.

Descalza, entró en el comedor inundado de sol y lo encontró leyendo el periódico.

Sobre la mesa se extendían, en vajilla de cristal y plata, delicados croissants, pain au chocolat, café, fruta y mermeladas.

Él bajó el periódico, se levantó y rodeó la mesa hasta situarse a su lado. El beso casual que depositó sobre su cabeza le cortó la respiración. Sin decir nada, extendió una servilleta de lino sobre su regazo y le sirvió café. Añadió una cucharadita de azúcar y una gota de nata, lo colocó delante de ella y volvió a su asiento.

Sus labios se tensaron mientras cogía el ejemplar de repuesto y lo deslizaba por la mesa hacia ella.

—Página siete.

El corazón de Bethany dio un vuelco, y apretó los puños sobre las piernas.

—¿Qué hay en la página siete? —preguntó.

Él no respondió, pero mantuvo la mirada fija en ella mientras ella tomaba el periódico con los dedos temblorosos y lo abría lentamente.

Una foto de Zach con una rubia impresionante y esbelta, que tenía una mano en su hombro y el rostro alzado hacia él. Parecía a punto de romper a llorar.

Bethany reconoció la expresión de desgarro en su cara. Era la misma que ella había tenido cuando Chris soltó su bomba y destrozó los sueños que había alimentado durante años.

Su vista recorrió el texto. Algunas palabras le resultaron familiares. También nombres —Cindy, Isabelle, Farrah—. Pero juntas no tenían sentido. Se maldijo por no haber tomado el francés en serio en el instituto, cuando él se inclinó hacia ella.

—«Zachary Savage abandona a su última conquista» —tradujo en voz baja.

Aunque lo dijo con calma, las palabras cayeron sobre ella como un grito. Porque, al mirar de nuevo la imagen, reconoció la ropa que él había llevado el día anterior, cuando la dejó sola durante horas y horas. Por si quedaba alguna duda, comprobó la fecha del periódico. La presión en su pecho se intensificó.

Alzó la vista hacia él.

—¿Esto es lo que hiciste ayer? —Su voz temblaba casi tanto como sus manos. Irritada consigo misma por esa muestra de debilidad,

lanzó el periódico sobre la mesa. Incapaz de quedarse quieta, empujó la silla hacia atrás y se alejó con paso rápido—. ¡Vete a la mierda, Savage! —gritó por encima del hombro.

—¡Bethany, espera!

Oyó el chirrido de la silla al moverse sobre el suelo de la terraza y echó a correr. Era una locura lo mucho que dolía. Una locura y algo aterrador.

La alcanzó justo cuando entraba en el pasillo que conducía a la suite.

Una mano en su brazo la detuvo. Cuando intentó zafarse, él la inmovilizó contra la pared, sus muslos duros enmarcando los de ella.

—Cariño, escúchame.

—¿Por qué iba a hacerlo? Me dejaste aquí, esperando, para ir a dejar a tu antigua novia y volver a acostarte con la nueva. No será asesinato, pero se le acerca bastante. Dios, ¿sabes cómo me hace sentir eso?

Trató de liberarse. Él la sujetó con más fuerza.

—Eso no fue todo lo que hice ayer…

—Dios, dime que no te acostaste con ella para despedirte. —La sola idea le revolvió el estómago.

La mandíbula de Zach se tensó.

—Por supuesto que no. Hasta anoche no me había acostado con otra mujer en meses.

La respuesta la calmó un poco, pero el peso de lo ocurrido seguía clavado en su pecho, helándole el alma. ¿Cómo había podido significar tanto aquel hombre en tan poco tiempo?

—¿Por qué me enseñaste esa foto? Podrías habértela guardado.

—Anoche me dijiste que no te gustaban los secretos. No puedo compartirte toda mi vida, pero lo que sí puedo te lo mostraré con transparencia.

—¿Así que piensas contarme cada mujer con la que te has acostado desde que te cambió la voz?

Su mirada se endureció.

—No te pases de lista, globitos. O tendré que darte una azotaina en ese precioso culo. Solo te hablé de Sadie porque ya estabas en mi vida antes de que dejara claro que ella estaba fuera de la mía. Pero te aseguro que no fue ninguna sorpresa para ella.

Un pensamiento repentino la golpeó.

—¡Eso era lo que querías decir con «cuando llegue el momento adecuado»!

Él asintió.

—Y también por eso no me tocaste después de aquella vez en tu despacho. —Su férreo autocontrol, sus miradas hambrientas… Todo cobraba sentido.

—No creí correcto reclamarte por completo mientras otra mujer pensara que tenía derecho sobre mí. Quería antes terminar las cosas bien con ella.

Ella negó con la cabeza.

—Aun así, no me parece bien…

—Bethany, te pertenezco desde el momento en que te vi. Solo tenía que asegurarme de que otra persona lo supiera también. Eso es todo.

Aquello la dejó sin palabras. En estos tiempos en que se rompían relaciones por mensaje de texto y los hombres se sentían completamente exonerados con solo pulsar «enviar», Zach había volado miles de kilómetros para resolver las cosas con una novia antes de empezar con otra. Había visto el esfuerzo y el hambre contenida en sus ojos desde que se conocieron. Se había frenado hasta sentirse realmente libre.

Pero ¿pasaría lo mismo con ella cuando conociera a otra? ¿Recibiría también una visita de Zachary, informándola de que ahora pertenecía a otra mujer? Había integridad en su gesto, sí, pero también una frialdad que le erizó la piel.

—No le des más vueltas, Bethany. Hace tiempo que tenía que enfrentarme a Sadie. Siento que haya sido después de conocerte, pero una vez entraste en mi vida, ya no había duda de que debía hacerlo. ¿Lo entiendes?

—Lo intento…, pero…

La cabeza le daba vueltas con mil pensamientos, aunque el más perturbador era que había habido otra mujer, una que lo conocía íntimamente. Aquello le revolvía las entrañas con una punzada de celos.

—¿En qué piensas, globitos? —murmuró él, acercando su cuerpo ardiente al de ella, como si percibiera su flaqueza.

Las manos que la sujetaban por la cintura se apoyaron en la pared a ambos lados de su cabeza, haciéndola sentir atrapada, rodeada por él. Cuando su torso musculoso se inclinó aún más, ella tuvo que esforzarse por recordar cuál era su respuesta.

—Estoy pensando que ella no parecía esperar la noticia que le diste ayer…

Sus hermosos y sensuales labios se tensaron.

—No puedo evitarlo. En cuanto te vi, no pude posponerlo más. Los dos días que tuve que esperar para tenerte fueron los más largos de mi vida —gruñó con esa sensual voz de barítono que la hizo estremecerse hasta los pies.

—También estoy pensando que no sé si desearte más por mostrar tanta nobleza o si arrancarte los ojos por dejarme aquí mientras ibas a cortar con tu antigua novia.

Cogió un mechón de pelo con los dedos y se lo llevó a los labios. Ver cómo la boca que ella estaba deseando devorar recorría su cabello era tan curiosamente erótico que solo podía quedarse mirando.

—Prefiero que me desees más.

Su boca bajó para rozar su mandíbula, enviando mil chispas de deseo a través de sus terminaciones nerviosas.

—Creo que eso es casi imposible en este momento.

No con esa boca moviéndose tan cerca de la suya. No cuando podía sentir al depredador sexual apenas controlado merodeando cerca, decidido a consumirla.

Su suave risa le hizo cosquillas en el lóbulo de la oreja.

—Esfuérzate más.

—Quizás. Espera. —Le empujó los hombros hasta que se apartó de ella—. Dijiste que eso no fue todo lo que hiciste. ¿Dónde estuviste el resto del tiempo?

—Asistí a una reunión de tres horas y cerré el trato en el que había estado trabajando.

—Ah, claro. —Hizo un rápido cálculo—. Pero eso sigue sin cubrir todo el tiempo que estuviste fuera.

Él volvió a esbozar esa sonrisa ardiente.

—¿Estabas contando las horas?

—Responde a la pregunta, Zach.

No quería ser esa novia que necesitaba saber dónde estaba su hombre en todo momento, pero Zach había abierto la puerta de par en par en este asunto. Además, después de que Chris la tomara por sorpresa, su confianza en un futuro previsible se había ido a bucear en aguas profundas.

—No, no solo estuve en la reunión.

Lo miró a los ojos y vio la expectación.

—Hay algo más, ¿verdad?

—Qué lista. Esperaba que me preguntaras eso.

—¿En serio? ¿Por qué?

Contuvo la respiración mientras él metía la mano en el bolsillo trasero y sacaba una hoja de papel.

—Porque también pasé por el médico.

Ella se echó hacia atrás tan rápido que se golpeó la cabeza contra la pared.

Él frunció el ceño.

—Oye, ten cuidado. —Le acarició la nuca y le frotó suavemente el lugar donde se había golpeado.

—¿Al médico? ¿Por qué? ¿Estás enfermo? —No pudo disimular el ligero pánico en su voz.

Dios, ¿qué le pasaba? Hacía tres días, este hombre había sido un enigma en un trozo de papel, tan lejos de su alcance como las estrellas lo están de la humanidad. Ahora, de repente, la idea de que pudiera estar enfermo le puso el corazón en un puño.

—No, no estoy enfermo. Puedo confirmarlo con total certeza porque me he hecho un análisis de sangre. —Sus ojos grises tenían una intensidad extrema, mucho más de lo habitual.

—¿Por qué necesitabas hacerte un análisis de sangre?

—Porque, aunque no me importa usar condones y seguiré haciéndolo si tú lo deseas, quería demostrarte que estoy sano. Incluso antes de que nos tocáramos, sabía que tenías el poder de destrozar mi control con el mínimo esfuerzo, globitos.

Ella contuvo el aliento.

—¿Yo...?

—Sí. Y ese mensaje se ha confirmado cien veces desde que follamos. ¿Tomas anticonceptivos? —preguntó él.

Ella asintió.

—Inyecciones trimestrales para regular mi periodo. La última dosis fue hace tres semanas.

Él oscureció la mirada y esbozó una sonrisa maliciosa.

—Bien. —Le puso el papel en la mano—. Esto es para ti.

Con él tan cerca, tardó varios minutos en leer el informe médico. Zach estaba limpio, era un hombre sano y tremendamente sexi.

—¿Hiciste esto por mí?

—Por nosotros. Necesitaba que supieras que, si alguna vez cometo un desliz y no uso protección, nunca tendrás que temer por tu salud. Y también que podemos disfrutar cuando queramos sin temer ninguna repercusión.

El papel se le escapó de la mano y cayó al suelo, ignorado.

—Entonces, ¿quieres decir que podemos... que puedo...? —Se humedeció los labios, incapaz de expresar la profundidad de las emociones que la invadían al ver las imágenes que bombardeaban su cerebro.

Él la atrajo hacia sí con un movimiento brusco y necesitado, como si tenerla tan lejos físicamente le doliera. Con las manos abiertas sobre su culo, la atrajo hacia él con fuerza. Su polla estaba dura. Dios mío, ¿cuándo no estaba dura para ella?

Saberlo le provocó otra potente oleada de excitación. La idea de que ella, la mujer cuyo novio la había dejado por otro hombre, pudiera afectar a un tipo tan guapo y tan bueno en el sexo como Zach la emocionaba y le infundía la confianza que tanto necesitaba.

Inclinándose, él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Significa que puedes tenerme cuando y donde quieras. Satisfacción instantánea. No tenemos que esperar. Todo lo que tienes que hacer cuando te apetezca es montarte encima y cabalgar.

Se rio al sentir que se estremecía y mordió con más fuerza.

—¡Zach!

Alivió la mordida con la lengua.

—¿Te gusta esa idea? ¿Te excita? Porque eso es lo que quiero. Que estés excitada por mí las veinticuatro horas del día. La idea me vuelve loco, nena. ¿A ti también?

—Sabes que sí.

—Bien. Me alegro. —Se apartó ligeramente y la miró, con los párpados pesados y una mirada peligrosamente erótica—. Oye, creo que acabamos de tener nuestra primera pelea.

—Hum... Eso parece.

—Entonces, ¿podemos pasar ya al sexo de reconciliación? —Sonrió.

Ella contuvo el aliento.

—¿Aquí mismo?

Él le cogió la mano que tenía alrededor de su cintura y la colocó sobre su polla. Ella la abrazó con los dedos. Su gemido fue inmediato y tan sincero que ella se humedeció aún más.

—Este es un momento tan bueno como cualquier otro, globitos. Me muero por ti. Te deseo desde el momento en que me alejo de ti. Imaginar tu estrecho coñito envolviendo mi rabo me sirve durante un rato. Después empiezo a colapsar.

Aunque su interior se derretía al pensar en tenerlo, caliente y grueso dentro de ella, una parte de ella seguía pensando en su conversación.

¿Estaba ella..., Sadie..., destrozada porque rompiste con ella?

Zach dudó un momento.

—Sí, pero tenía que hacerlo. Era la única forma de poder estar contigo.

Como alguien a quien habían dejado por otra persona, sintió una punzada de dolor por la otra mujer. Que te dejen no es nada divertido.

Impaciente, su boca comenzó a descender de nuevo. Ella lo detuvo con una mano en su pecho.

—Una cosa más.

Él gruñó.

—Joder, me arden las pelotas y tú quieres seguir hablando. Vale. Una última pregunta. Es todo lo que vas a conseguir.

—¿Haces esto con todas tus novias? ¿Lo del informe médico? —soltó antes de que le entrara el miedo.

Él se quedó paralizado y luego parpadeó lentamente.

—No. Eres la primera con la que he querido hacerlo. Ni siquiera se me había ocurrido hacerlo con nadie más.

Su exhalación de sorpresa le hizo sonreír.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Me gano puntos por eso, nena?

—Ni te imaginas cuántos.

—Ah, hay otra cosa que debes saber, globitos.

Le encantaba ese apelativo, más de lo que jamás le admitiría.

—¿Sí?

—A partir de ahora, las bragas están prohibidas. No quiero que nada se interponga entre mí y ese bonito culo tan sexi.

—¿Es una orden o una petición?

—Lo que más te convenza. Desobedéceme y habrá consecuencias.

Sabía que estaba bromeando, pero no pudo evitar el escalofrío de placer que le recorrió el cuerpo ante su tono autoritario.

—¿Qué obtengo a cambio?

—Puedes decidir cuándo y dónde será la próxima vez.

—¿Eso es todo? ¿Puedo elegir el lugar donde harás lo que quieras conmigo?

—Sí. Es un gran trato. Deberías aceptarlo.

Con manos hábiles, le quitó la bata y la miró fijamente durante tanto tiempo y con tanta intensidad que le dolieron los pezones y su vagina se contraía y se soltaba con sacudidas de deseo.

Dedos fuertes y romos le cubrieron los pechos y los apretaron.

—Eres tan hermosa, globitos. —Bajó la cabeza y devoró sus pechos hasta que ella le agarró el pelo con desesperación.

Sacó un condón del bolsillo trasero y lo abrió con los dientes.

La sorpresa hizo que ella abriera mucho los ojos.

—Pero... pensaba que...

Dio un paso atrás, se bajó los pantalones de chándal y se los quitó. Magníficamente desnudo, muy excitado, dudó, con los ojos esperanzados y ansiosos de una manera que la hizo inclinarse hacia él.

—Nada me gustaría más, Bethany. Pero tú decides cuándo, ¿de acuerdo? —dijo con voz ronca.

Ella asintió. Nunca antes había corrido un riesgo así, ni siquiera lo había contemplado con Chris. Y, sin embargo, allí estaba, a punto de..., de...

Él extendió la mano y le acarició una mejilla con su gran palma.

—No pasa nada si dices que no, si no estás preparada.

—No estoy preparada.

Sus ojos se enturbiaron un poco, pero asintió y le tendió el condón.

Ella lo cogió y se lo puso con movimientos seguros y sensuales.

Él dio un paso adelante y su pene rozó la entrada de ella.

—Tómate todo el tiempo que necesites, puedo esperar. Mientras no te resistas ni me dejes sin esto, puedo esperar. Dios, solo estoy agradecido de poder tenerte de cualquier forma que pueda. ¿Estás lista para mí? —Un dedo rozó su clítoris y penetró su estrecha vagina. Luego, rápidamente se le unió otro. La folló con los dedos hasta que las estrellas bailaron detrás de sus párpados.

Desesperada por más, le arañó los hombros.

—Ahora, Zach. Estoy lista. Por favor...

Con un gruñido hambriento, él le abrió más las piernas y colocó la gruesa cabeza de su polla en su entrada.

Al primer empujón, ella gritó.

Unas manos ásperas le agarraron las caderas y la mantuvieron quieta para penetrarla. Ella no aguantó mucho.

En menos de un minuto, se estaba desmoronando.

—¡Oh, Dios! Oh...

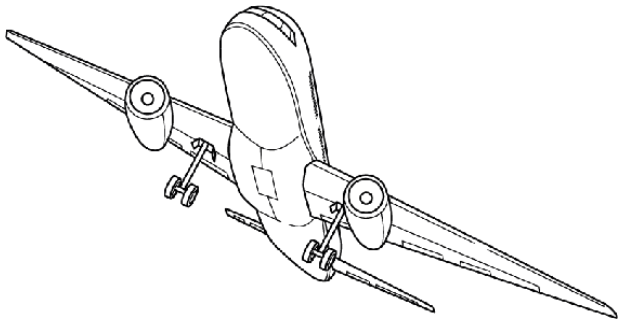
—¡Mierda! Oh, nena, me encanta cómo me aprietas cuando te corres. Joder, sí. Así, así... ¡Ah!

Él enterró la cara en su cuello y dejó escapar un fuerte gemido mientras bombeaba dentro de ella.

Bethany se aferró a él mientras su descarga prolongaba la de ella.

Cuando el pensamiento bailó en su cabeza, lo dejó asentarse. ¿Cómo sería tener a Zach Savage piel con piel?

Capítulo 11



—¡Bethany, gracias a Dios! ¿Qué demonios está pasando? —chilló Keely en cuanto ella respondió al teléfono.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —Los ojos de Bethany volaron hacia donde Zach estaba sentado a su lado, con los dedos subiendo en círculos por su muslo peligrosamente. Incluso a través de la tela de los pantalones blancos de lino que llevaba puestos, su contacto la electrizaba.

Había varios asientos libres en el avión, pero él había elegido el de al lado. Y, por supuesto, sabía que su proximidad estaba destrozándole la capacidad de pensar con claridad, porque llevaba esa sonrisa satisfecha y provocadora que tanto la desarmaba.

—Esta mañana me han entregado una caja de Dom Pérignon Vintage y las calas moradas más preciosas que he visto en mi vida —dijo Keely casi gritando.

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Que la nota decía: «Gracias por los globos». No tengo ni idea de a qué se refiere, pero estaba firmada con una Z…, así que…

Los ojos de Bethany se abrieron de par en par al mirar a Zach, cuya sonrisa se ensanchó cuando ella le articuló un silencioso «¿pero qué coño?». Su mirada prometía tormenta, y él respondió deslizando los dedos más arriba, hasta rozar su pubis.

La ausencia de ropa interior hacía su toque aún más sensible. Contuvo el aliento y se mordió el labio con fuerza para no gemir.

Apenas media hora antes, él la había poseído —con preservativo— en el dormitorio de lujo situado al fondo del avión, y aun así lo deseaba con más intensidad que nunca. La profundidad de esa necesidad la aterraba, de ahí que necesitara hablar con Keely. Su mejor amiga le aportaba una dosis de cordura, la que sentía que se le escapaba desde el momento en que había puesto los ojos en Zach Savage.

—¿Sigues ahí?

—Sí, Keel, sigo, pero estoy en un avión, así que no sé si la conexión será buena…

—La conexión es perfecta —intervino Zach con voz lo bastante alta para que Keely lo oyera.

—Vale…, ¿alguien puede explicarme qué está pasando? —exigió Keely, su voz crepitando de impaciencia.

Zach alargó con calma la mano libre, pidiéndole el teléfono. Bethany arqueó una ceja y apretó los labios. Él respondió presionando los dedos con más fuerza entre sus piernas. Ella cedió enseguida el aparato.

Pulsó el altavoz y colocó el móvil sobre su rodilla.

—Keely, soy Zachary Savage.

—Hola.

La boca de Zach adoptó esa media sonrisa que hacía que a Bethany se le encogiera el estómago.

—Quería mostrar mi agradecimiento por convencer a Bethany de apuntarse al viaje del Indigo Lounge y por llevarla hasta Newark el domingo. Sé que tuviste mucho que ver con eso.

—Sí, todo mérito mío —respondió Keely con orgullo.

—Espero que te gusten el champán y las flores.

—¿Una caja de Oenothèque Vintage valorada en diez mil dólares? ¿Cómo no va a gustarme? Pero ¿qué es eso de los globos?

Él volvió la cabeza hacia Bethany, aún con esa sonrisa.

—Prefiero no revelar ese detalle, si no te importa. —Sus ojos recorrieron lentamente el cuerpo de Bethany. Cuando llegaron al

punto donde descansaban sus dedos, se oscurecieron un poco antes de volver al rostro.

Estaba excitado. Profundamente, erótica y hambrientamente excitado solo con mirarla. Bethany era incapaz de asimilarlo.

—Bueno, vale, está bien. Pero prométeme una cosa —insistió su amiga.

Zach respondió con un gruñido divertido:

—Haré lo posible.

—Pase lo que pase, no os pongáis a llamaros «tocinito de cielo». No quiero acabar vomitando en mi Dom P.

—De nada, Keely.

Ella bufó.

—Ya me las pagarás, Zachary Savage. Cuida de mi chica o iré a por ti con un arma contundente, Dom Pérignon o no Dom Pérignon.

Sus ojos grises brillaron de diversión.

—Entendido. —Quitó el altavoz y le devolvió el teléfono.

—¿Todo bien? —preguntó Bethany.

—Mientras tú lo estés. Estoy manteniendo a la de pelotas de acero al tanto de las noticias sobre la tía Mel. Está empeorando día a día.

Bethany soltó una carcajada y luego suspiró.

—Mientras consigas que mi tía Mel tenga una recuperación milagrosa antes de que vuelva, te dejo seguir con el plan. El karma puede ser muy cabrón, y no quiero que juegues con la vida de mi tía.

—Tranquila, te dije que te cubría las espaldas. Eh… ¿sigo en altavoz?

Bethany miró a Zach. Él tenía la cabeza apoyada en el reposacabezas, pero los ojos seguían fijos en ella.

—No —respondió.

—Entonces, ¿todo bien contigo? ¿Te trata bien? ¿Te estás divirtiendo?

—Sí, sí y sí.

—Perfecto. Que siga así. Y mantente en contacto, por el amor de Dios. Ya sabes cuánto odio que me dejen colgada.

—Lo haré. Adiós, Keely. Te quiero.

Colgó. Zach seguía observándola.

—¿Qué?

—Me gusta.

Bethany dudó un momento, sin saber si hablaba en serio o no, y luego se reprendió por intentar analizarlo.

—Me alegra. Es importante para mí.

Su expresión se volvió pensativa.

—¿Cuánto de importante?

—¿Existen categorías de importancia?

—Solo quiero saber si tendré que competir con ella por tu atención cuando volvamos al mundo real.

Iba a negarlo, pero vaciló.

—Ha estado ahí siempre que la he necesitado.

Su mirada se clavó en la suya.

—¿Y cuánto la has necesitado?

—Mucho, hace seis meses. Y muchas veces desde entonces. Ha sido mi roca. —A pesar de su esfuerzo por sonar serena, él captó el temblor leve de su voz. Sus fosas nasales se ensancharon, una señal que ella ya reconocía: algo lo había enfadado.

—Dime lo que ese imbécil te hizo.

—¿Chris? —Encogió los hombros, pero el ardor de la humillación seguía ahí, punzante—. Decidió que prefería a otros imbéciles. Literalmente. Y del género masculino.

Los ojos de Zach se abrieron de par en par. Luego su mandíbula se endureció. La mano que descansaba sobre su pubis descendió y la apretó con fuerza, posesivamente. Aquel contacto la centró, hizo que no pensara en nadie más.

—¿Te dijo que prefería a los hombres?

—No solo me lo dijo. Me llamó un viernes por la noche después del trabajo y me pidió que nos viéramos. Creí que íbamos a cenar como siempre. En su lugar, me presentó a su amante en un bar al

que solíamos ir. Luego, ese mismo amante fue con él al piso que compartíamos y le ayudó a hacer las maletas. Resulta que llevaban semanas buscando apartamento —semanas que yo creía que él pasaba fuera por trabajo—. Querían hacerlo oficial en cuanto encontraran un sitio. Ahora viven juntos en un loft en el Soho.

—Joder. —Le puso la mano en la nuca y la atrajo hacia su regazo. Cuando la acomodó sobre sus piernas, su mano regresó a su lugar entre los muslos de ella—. ¿Sabes lo que es ese tío? —gruñó.

Las lágrimas le apretaban la garganta, impidiéndole hablar. Negó con la cabeza.

—Es un cobarde y un imbécil. Un hombre que necesita apoyo moral para romper con alguien no te merece. Y uno que no es capaz de ver el tesoro que tenía delante nunca te mereció en primer lugar.

El torrente de lágrimas la sorprendió más de lo que debería. Con Zach estaba viviendo un tipo de experiencias completamente nuevas, que la desconcertaban y la sacudían hasta lo más hondo.

Parpadeó para despejar la vista y trató de reír, pero solo consiguió una tos ronca.

—Te estás ganando muchos puntos ahora mismo.

Él esbozó una sonrisa.

—Los aceptaré. Pero no los necesito para decirte lo hermosa que eres. Lo increíblemente atractiva, generosa y cálida que eres. Lo hipnótica que resultas. Él no lo vio, así que él se lo pierde.

Esta vez, las lágrimas la desbordaron del todo. Zach maldijo en voz baja y se las secó con el pulgar.

—No llores, cariño. No por un imbécil como ese.

—No lloro por él. Lloro porque… porque… —Negó con la cabeza —. Gracias.

—¿Por decirte la verdad? ¿Por querer que veas que mereces que te adoren? Pienso repetírtelo muchas veces, hasta que te lo creas.

—Me haces querer creerlo. Cuando me tocas, me siento guapa.

—Porque lo eres. Cada centímetro de ti. Cada vez que estoy contigo quiero demostrártelo. Dios, globitos, voy por ahí con una

erección que podría clavar escarpias. Me sorprende que me quede sangre en el cerebro para seguir caminando.

Ella soltó una carcajada, y la intensidad en sus ojos se suavizó, aunque el deseo permaneció intacto. Siempre estaba ahí. Y el hecho de que estuviera dirigido a ella la excitaba tanto que tembló.

—Estás poniendo esa cara otra vez —murmuró él.

—¿Qué cara?

—Esa mirada vidriosa que me dice que estás pensando cosas indecentes. —Su mano subió desde su nuca hasta hundirse en su pelo, acariciando su cuero cabelludo antes de enredar los dedos en un gesto posesivo.

—¿Puedes culparme? Siento tu cuerpo debajo del mío, me dices cosas preciosas… Entre tu boca y tu cuerpo, estoy perdida. Y enganchada. Te deseo, Zach. Te deseo de verdad.

Él gimió y apoyó la frente contra la suya.

—Yo también te deseo. Pero, por mucho que me muera de ganas de hacer algo al respecto ahora mismo, no podemos. Aterrizamos en menos de diez minutos.

Ella se irguió bruscamente.

—¿En serio?

Se inclinó para mirar por la ventanilla más cercana. Solo alcanzaba a ver un desierto árido, de una belleza sobrecogedora, salpicado de manchas verdes dispersas.

—Sí. Y no pongas esa cara. Pienso satisfacer cada uno de tus deseos. —La acomodó de nuevo en su asiento, se inclinó sobre ella y le abrochó el cinturón de seguridad—. Ahora repite conmigo: «A menudo y a fondo».

—A menudo y a fondo.

Él sonrió.

—Buena chica.



Zach observó atentamente a Bethany mientras ella veía Marrakech por primera vez. No era un lugar para todo el mundo. Sin duda, cuando había traído a Sadie allí, ella se había quejado mucho y en voz alta de la humedad y el calor.

A él, en cambio, no le importaba. Había crecido en Luisiana, donde los veranos eran largos y bochornosos. Y aunque había deseado alejarse de su lugar de nacimiento mucho antes de escapar, había algo en el calor que le resultaba profundamente excitante y casi espiritual.

Los veranos que había pasado con su madre, cuando ella todavía tenía una mente funcional, habían sido especiales.

El dolor lo atravesó, pero lo apartó y se concentró en la mujer que tenía a su lado.

La mujer que empezaba a sospechar que podría meterse bajo su piel si bajaba la guardia. La mujer de la que no se cansaba por mucho que follaran.

Y vaya si le gustaba follar con ella.

—¿Dónde estamos ahora? —preguntó ella mientras su Jeep con aire acondicionado y compartimentos atravesaba calles repletas de lugareños vestidos con chilaba y turistas entusiasmados.

—Estamos pasando por el casco antiguo. Allí está la medina, el barrio histórico.

Ella giró la cabeza hacia donde él señalaba, deleitándose con los ojos muy abiertos.

—¿Te gusta?

Ella sonrió.

—Me encanta lo que he visto hasta ahora. ¿A qué distancia está tu casa?

Él señaló con la cabeza las montañas del Atlas, cubiertas de nieve, que se elevaban en la distancia.

—A media hora. El helicóptero habría sido más rápido, pero quería que vieras la ciudad de cerca.

—¿Por qué Marrakech?

Zach dudó, y se activaron sus instintos de supervivencia. La idea de que quizá Marrakech no fuera el destino adecuado le pasó por la cabeza. Cuando su sonrisa comenzó a desvanecerse, apretó los dientes.

—Hace seis años hice un viaje de mochila por África. Marruecos fue una de mis paradas. Me gustó mucho, así que compré una casa aquí.

El rostro de ella se iluminó de nuevo y él se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Exhaló y se acercó a ella. Sin duda, no tenía nada que ver con el hecho de que se sintiera incómodo cada vez que revelaba un poco más de sí mismo. Con Bethany, se sentía obligado a compartir partes de sí mismo que nunca había revelado a nadie, no porque quisiera, sino porque veía lo mucho que significaba para ella.

—No te imagino yendo de mochilero.

Su sonrisa se sintió forzada. El hecho de viajar con mochila no era gran cosa. Era la razón detrás de ello lo que no quería revelar.

—Bueno, lo hice. Todo el camino, incluso con chanclas.

—Mmmm, chanclas..., qué sexi.

Ella se inclinó hacia él. Él acortó la distancia y le rozó los labios con el pulgar. Cuando sus vívidos ojos azules se oscurecieron, él gimió y se apartó.

—Cuidado. No podré controlarme si empiezo a besarte.

No podía satisfacer su deseo por ella en ese momento, pero las ventanas del Jeep estaban lo suficientemente tintadas como para que pudiera deslizar la mano por sus muslos y descansarla entre sus piernas, el lugar donde más deseaba estar.

Cuando ella se estremeció ante su caricia, él se endureció aún más. Dios, no recordaba cuándo había estado tan duro de forma tan constante. Si no le gustara tanto follar con ella, sería un maldito inconveniente.

—Quizá deberíamos haber cogido el helicóptero después de todo —murmuró ella, con la mirada fija en la evidente prueba de su excitación bajo los vaqueros.

—Confía en mí, globitos, no volveré a cometer ese error. Le agarró la mano y la colocó sobre su erección, y volvió a gemir cuando el dolor amenazó con destrozarlo.

Fuera de la vista de Philip, que estaba al volante, presionó su mano con más fuerza sobre su erección y movió su palma arriba y abajo.

Observó su rostro, vio cómo crecía su excitación a medida que él se endurecía entre sus dedos. Cuando ella se pasó la lengua por los labios, él contuvo una maldición obscena. La agarró por la nuca y la atrajo hacia él.

—Deja de hacer eso —le advirtió al oído.

—Zach, me tienes la mano atrapada bajo la tuya —le susurró ella en tono hostil.

—No me refiero a eso. Me refiero a lo que estás haciendo con la lengua. Me hace pensar que quieres chuparme la polla hasta el fondo de tu garganta y disfrutar mucho haciéndolo.

Su mano libre se aferró con fuerza a su muslo.

—¿Y si es eso precisamente lo que quiero hacer? —respondió ella con descaro—. Tienes una preciosa polla descomunal.

—Entonces te diré que tendrás tu oportunidad más pronto que tarde.

Se apartó y pulsó el intercomunicador que conectaba con la entrada.

—Ya hemos terminado con la ruta panorámica, Philip. Llévanos a la casa lo antes posible. —Se recostó y observó cómo una delicada ola de calor bañaba el rostro de ella—.Ahora no es momento de ser tímida, globitos. Has expresado un deseo y es mi deber cumplirlo.

Ella se rio, un sonido ronco que provocó un agradable zumbido en su interior. —¿Estás a punto de recibir una mamada y lo haces parecer como si me estuvieras haciendo un favor?

—Mi intención es que sea una experiencia placentera para los dos. Y no lo dudes, nena, me ocuparé de ti antes de que terminemos.

La observó tragar saliva y respirar hondo. Él también lo intentó varias veces y sintió que controlaba un poco mejor su violento deseo.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —La tensión en su voz reflejaba lo que él sentía.

—Diez minutos.

—Vale, necesito distraerme. Así que le enviaste champán y flores a Keely. ¿Te importa explicármelo?

—No hay nada que explicar. Lo dije en serio. Quería mostrarle mi agradecimiento.

—Pero no la conoces de nada. ¿Qué te hace pensar que no habría corrido al tabloide más cercano para vender su historia en cuanto supiera que le habías enviado un regalo?

—Confiaba en que no serías amiga de alguien así.

Ella contuvo el aliento mientras sus impresionantes ojos se encontraban con los de él.

—Yo... Gracias.

—De nada. Se abstuvo de decirle que había investigado discretamente a Keely. No se arrepentía de haber tomado esa precaución. Había sufrido demasiado en el pasado como para seguir confiando ciegamente.

Pero confiaba en Bethany. Había algo en ella que le hacía querer dejar de lado sus rígidos problemas de confianza.

—Sigues mirándome como si tuviera segundas intenciones —dijo él.

—No es eso. Supongo que estoy un poco desconcertada. Cuando te busqué en Internet, no encontré casi nada sobre ti personalmente. Y, sin embargo, aquí estás, tres días después de conocerme, exponiéndote en público sin importarte los riesgos que ello conlleva.

—Algunos riesgos vale la pena correrlos.

Ella abrió mucho los ojos.

—¿Y yo soy uno de ellos?

Él asintió.

—Solo te conozco desde hace tres días, pero he corrido contigo riesgos que nunca he corrido con nadie más. Podría salir muy mal parado, pero estoy dispuesto a dar el paso.

—Zach... No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo sigue dándome lo que me estás dando: tu compañía y ese cuerpo precioso.

—Lo tienes —respondió ella con tal fervor que él se sintió mareado.

Jesús. Era increíble. Tan generosa. El deseo que casi lo había consumido cuando la vio por primera vez se intensificó. A este paso, si no tenía cuidado, estaría de rodillas día y noche por ella.

Con alivio, vio a Philip girar hacia el largo camino privado de tierra que conducía a su casa. De todas sus casas, esta era la que más le enorgullecía. Estaba deseando enseñársela a Bethany. Justo después de follar con ella. Y correrse en su boca. Y follar con ella un poco más.

Su mano se apretó sobre su nuca. Ella se estremeció, pero no se apartó. Eso le gustó. Le encantaba que ella no se asustara por lo exigente que podía llegar a ser. No le asustaba su ansia por ella.

Sabiendo que no tenía que contenerse, los próximos días serían aún más placenteros.

Y más aún una vez que le mostrara las delicias de su sala de juegos.



La casa de Zach era más bien un palacio.

Era impresionante. Solo tenía un inconveniente.

El agua fluía por todas partes.

El viejo miedo se abalanzó sobre Bethany con la fuerza de un huracán y siguió abalanzándose sobre ella cuando, con cada habitación por la que pasaban, lo único que distinguía era una vista de las diversas fuentes de agua del exterior.

Zach estaba demasiado concentrado en llegar a su destino —su dormitorio, sospechaba ella— como para darse cuenta de su tensión. Bethany se alegró de ello, porque era una forma de combatir el miedo y la ansiedad que la invadían.

Ricos tapices y relucientes suelos de mármol pasaban rápidamente mientras casi corrían por habitaciones llenas de historia y belleza.

Su suite, una vez que llegaron a ella, era igualmente impresionante. La cama elevada, una de las más grandes que había visto nunca, le causó una gran impresión, acelerándole el pulso.

Más allá de las amplias ventanas con cortinas de muselina, se oía el sonido de una fuente.

En el interior, la tensión en el aire aumentó cuando Zach la siguió hasta donde ella dejó caer su bolso y se quitó los zapatos. Su pecho se agitaba al respirar profundamente.

Tomándose su tiempo, se quitó las gafas de sol Oliver Peoples de la cabeza y las colocó en la cómoda cercana.

Luego se quitó los pantalones capri y la blusa sin mangas de lino y encaje dorado oscuro.

La brisa fresca de los discretos aparatos de aire acondicionado bañó su piel acalorada, provocándole un escalofrío de anticipación. Se quedó solo con el sujetador índigo que había comprado en París y se había puesto después de su sesión de sexo en el avión.

La mirada de Zach se fijó en el color, bajó a su entrepierna sin bragas y soltó un suspiro.

—Llevas mi color favorito.

—¿Te gusta?

Él empezó a desabrocharse la camisa.

—Ven aquí y te lo diré.

Antes de que ella diera un paso, él se había quitado la camisa blanca. La visión de su glorioso torso la hizo derretirse por dentro y se le hizo la boca agua. Era tan guapo. Su rostro era una obra de arte y su cuerpo hacía que el de ella cantara de adoración. Todavía le costaba creer que él estuviera realmente interesado en ella.

Llegó hasta él y se detuvo. Mientras él desabrochaba el botón de sus vaqueros y bajaba la cremallera, no dejaba de mirarla.

—¿Qué quieres hacer, globitos? —preguntó con voz ronca.

Ella se humedeció el labio inferior.

—Quiero tu polla en mi boca.

Él cerró los ojos durante unos segundos para recuperar el control mientras se quitaba los vaqueros y los apartaba de una patada. Cuando ella se acercó y le agarró por la cintura, él abrió los ojos de par en par.

Sin apartar la mirada de él, se arrodilló lentamente.

Su gemido fue largo y profundo:

—Dios, verte de rodillas me la pone tan dura...

Sus dedos acariciaron la erección que se marcaba bajo sus calzoncillos y ella sonrió.

—Ya estaba dura, Zach.

—Más dura aún. Mucho más dura. Siento como si estuviera a punto de explotar, nena. —Sus dedos fervientes liberaron su cabello suelto de la pinza.

—Todavía no. Quiero saborearte un poco.

Deslizó las manos por sus muslos y sintió los músculos cálidos y marcados bajo su tacto.

—Joder, sí. —Él acarició con urgencia la parte posterior de su cabeza—. Te necesito tanto, nena. —Su rostro era una máscara descarnada de deseo puro.

Ella le acarició los testículos y sintió cómo se tensaban en su palma.

—Yo también te necesito.

Tras humedecerse los labios, se la metió en la boca. Él se estremeció contra ella y maldijo.

Ella jugó con la lengua sobre el frenillo y sintió cómo la sangre se agolpaba bajo la piel aterciopelada.

—¡Dios!

Habiendo aprendido muy rápido que a Zach no le gustaba ceder el control durante mucho tiempo, Bethany decidió actuar con

rapidez. Giró la lengua sobre él y se metió su pene en la boca tanto como pudo. Él la llenó, con sus gruesas venas latiendo con fuerza y vitalidad mientras ella lo chupaba.

Ella sonrió con orgullo femenino mientras él gemía de placer.

—Oh, globitos, eres muy buena en eso.

Como ella sabía que lo haría, él pronto tomó el control. Con ambas manos sujetando la parte posterior de su cabeza, Zach movió la polla en su boca adelante y atrás, estableciendo un ritmo que le hacía golpear la parte posterior de su garganta una y otra vez.

El calor era tan decadente, tan maravillosamente obsceno, que el calor líquido humedeció su sexo y su clítoris se hinchó.

—Mírame, Bethany. —Ella levantó la cabeza y lo miró fijamente a los ojos, pesados y excitados—. Te encanta tenerme sometido, ¿verdad? ¿Te encanta verme así, deshecho?

—Mmm.

Su respuesta murmurada le hizo sacudirse con más fuerza al notar las vibraciones en la piel sensible del glande.

—Dios, ¡voy a correrme!

—Mmm —lo intentó de nuevo.

Sus muslos temblaron y sus testículos se contrajeron. La primera descarga de semen casi la hizo vomitar. Luchó por tragar todo lo que pudo de su sabor cálido y salado.

Él se retiró.

Ella tragó aire y agarró la base de su pene.

—Más —exigió.

—¡Hostias! ¡Qué golosa eres!

Él volvió a empujar con fuerza y se quedó allí, eyaculando con más intensidad en su boca.

Unos profundos estremecimientos lo sacudieron de pies a cabeza mientras se vaciaba por completo.

Bethany no tenía suficiente. Hundiendo las mejillas, chupó sin dejar ni una gota hasta que él se retiró con una mueca de dolor. Todavía estaba semierecto. Zach nunca se ablandaba por completo.

Era casi como si estuviera preparado en todo momento para satisfacer todas sus necesidades.

—Cariño, me has dejado seco. —Alzándole la barbilla, le dio un beso apasionado antes de levantarla del suelo—. Creo que es justo que te devuelva el favor.

La tiró sobre la cama y la observó con ojos hambrientos mientras ella se movía sobre su espalda hacia el centro.

—Quítate el sujetador. Es muy bonito y no quiero estropearlo.

Con manos temblorosas, se desabrochó el sujetador y se lo tiró. Él lo atrapó con los dientes y fingió destrozarlo. Riendo a pesar del deseo que se apoderaba de su vientre, ella se acomodó más profundamente en el colchón.

Él tiró el sujetador y se subió a la cama. Acarició con la nariz la curva de su cuello e inhaló profundamente.

—Hueles tan bien. Y apuesto a que también estás empapada. ¿Te has puesto así por chupármela, globitos?

—Sí —dijo ella con voz entrecortada.

Cogió una almohada y la colocó junto a su cadera.

—Date la vuelta y túmbate sobre la almohada para mí. —Esperó a que ella obedeciera—.Ahora quiero que abras las piernas. Tanto como puedas.

Con el corazón latiéndole tan fuerte que casi la dejaba sorda, Bethany abrió las piernas. Pero él no estaba satisfecho.

—Vamos, nena. Puedes hacerlo mejor —la animó.

Ella se estiró más, hasta que sus piernas quedaron casi perpendiculares a su cuerpo y su sexo quedó completamente expuesto a la mirada abrasadora de él.

Bethany se sonrojó por la vergüenza y la intensa expectación. Estaba increíblemente húmeda de haberlo tenido bajo su voluntad, de haber notado su fuerza vital bombeando en su garganta. Nunca se había sentido tan expuesta. Ni tan excitada.

Zach emitió un sonido de aprobación y se colocó entre sus piernas. Sus manos se deslizaron por su trasero y le dieron una palmada a cada nalga. Ella jadeó cuando el dolor se mezcló con su

excitación y la hizo aún más húmeda. La abofeteó de nuevo y luego gimió.

—Tan rosada. Tan hermosa. Tan húmeda para mí. Eres increíble, ¿lo sabes?

Ella gimió, la necesidad de tener su boca allí mismo era una necesidad empalagosa que la consumía por dentro.

—¡Zach, por favor!

—Pronto, nena. Ahora mismo solo quiero mirarte.

—Hazlo, por favor. Dios, por favor, hazlo.

Se apartó el pelo hacia un lado y se giró para mirarlo. El intenso deseo en su rostro casi le cortó la respiración. Pero había aprendido que él no cedería hasta que estuviera listo.

Frustrada, empezó a darse la vuelta. Una fuerte palmada en el trasero la detuvo.

—¡No es justo, Zach!

—Oh, sí lo es. Me tenías bajo tu voluntad hace un momento. No estaba listo para correrme, pero me provocaste con esa lengua perversa y esa boca preciosa que tienes. Me corrí mucho antes de estar listo. Ahora te toca sufrir a ti.

Bajó la cabeza y sopló con aire caliente sobre su clítoris. La sujetó mientras ella se retorcía, luego volvió a soplar y rozó con los dientes su sensible botón.

—¡Oh!

—¿Más?

—¡Sí!

Movió la lengua varias veces y luego metió su clítoris en su boca, y procedió a chuparlo como si fuera su caramelo favorito.

Un placer brutal la atravesó. Las estrellas bailaban detrás de sus párpados cerrados. La tensión se apoderó de sus muslos mientras su vagina se apretaba en torno a su lengua exploradora.

—Qué golosa —murmuró él.

Hundió la lengua más adentro. Bethany mordió con fuerza la almohada para evitar suplicarle que la hiciera acabar. Deslizando los dedos por su húmeda raja, se abrió camino hasta su otro orificio

apretado. Al primer contacto de su pulgar presionando, un placer diferente la invadió.

La triple sensación de los dedos, la lengua y la boca la llevó al límite. Ella se derramó en su boca, gritando su clímax. Unos escalofríos la recorrieron mientras él la bebía, lamiéndola con la lengua una y otra vez, tragándose cada gota cremosa.

Rozando su cuerpo sobre el de ella, él se apoyó en los codos y juntó su mejilla con la de ella.

—¿Estás bien?

—Mmm. Mejor que bien.

Se sentía débil, flotando en un mar de pura felicidad. De alguna manera, encontró la fuerza para bajar las piernas, agradecida de que él no protestara.

Por supuesto, un segundo después descubrió que él tenía otros planes cuando le dio la vuelta y colocó su pene en su entrada.

Mientras contemplaba su hermoso rostro, una nueva excitación la invadió. El hambre voraz seguía ahí. Cuando él la besó con una intensidad que le dejó moretones, ella saboreó sus fluidos en los labios de él. La boca que había devorado su sexo momentos antes ahora devoraba su boca. Luego él le dio besos ardientes por toda la cara, a lo largo de la mandíbula hasta la oreja.

—¿Condón o no? —le susurró él al oído con voz ronca.

Aunque sabía que este momento llegaría, Bethany se quedó paralizada ante la pregunta. Estaba entrando en un territorio totalmente desconocido. Y no solo físicamente. Era la primera vez para ambos. Una vez que diera ese paso, no habría vuelta atrás.

Pero ya se había alejado más de su zona de confort que en toda su vida. En el momento en que posó sus ojos en Zachary Savage, se perdió. Él no se parecía a ningún otro hombre que hubiera conocido.

Y cuando él dijo que la protegería, ella le creyó.

Lo miró a los ojos.

—Quiero sentir tu piel contra la mía. Dentro de mí.

Sus ojos se oscurecieron y su respiración se aceleró.

—Bethany —susurró.

Una mano se deslizó bajo su nuca y la otra le agarró la rodilla y la curvó sobre su cadera.

Lentamente, se deslizó dentro de ella, centímetro a centímetro. La sensación era gloriosa, cruda y terrenal. Sus tejidos, hinchados por la fuerza de su orgasmo anterior, se estiraron cuando él empujó más profundamente dentro de ella. La punta de su pene tocó el borde de su útero, rozó ese lugar secreto que hizo que todo su cuerpo se estremeciera con un placer supersensible.

—Zach...

—Lo sé, cariño. Yo también lo siento. —Apretando los dientes, se retiró y miró hacia abajo, a su pene, reluciente con los jugos resbaladizos de ella—. Dios —gimió.

Volvió a penetrarla con fuerza, con movimientos menos refinados que antes. Un profundo estremecimiento lo sacudió de pies a cabeza. Ella se mordió el labio, consciente de que era ella quien le estaba provocando eso.

Bethany abrió más las piernas para acomodarlo, para acomodar la abrumadora sensación de ser follada sin piedad por primera vez en su vida. Cuando él bajó la cabeza, ella se levantó para recibir su beso.

Su boca se fundió con la de él y, aferrándose a sus hombros como si le fuera la vida en ello, le correspondió empuje tras empuje, succionándolo con avidez dentro de su cuerpo cada vez. Sus jadeos se intensificaron hasta convertirse en prolongados gemidos mientras luchaba por respirar.

El éxtasis se acercaba, tentándola con la promesa del mejor clímax de su vida. La anticipación era casi tan mala como el desenlace.

—Oh, Dios... No puedo... ¡Es demasiado, Zach!

Él le agarró el pelo con fuerza y la mantuvo quieta.

—Puedes. Solo un poco más, cariño. Valdrá la pena, te lo prometo.

Movió sus caderas con una serie de profundas embestidas que la dejaron sin aliento.

—Ya vale la pena. Mucho más que la pena. Por favor... ¡Quiero correrme ya!

Apretó los muslos a ambos lados de su cintura y lo aprisionó, sintiendo cómo la euforia reveladora se apoderaba de ella.

—Eso es, nena. Exprímeme con tu dulce y apretado coño.

Bajó la cabeza y se metió un pezón duro en la boca.

La sensación se transmitió directamente al deseo entre sus piernas, provocando un espasmo en sus músculos. Se corrió larga y intensamente, con una fuerza que la sacudió de la cabeza a los pies.

—¡Joder! —gimió Zach—. Me voy a correr muy fuerte por ti, globitos.

Su grito de liberación fue el más profundo que ella había oído jamás.

El semen caliente la inundó con tal fuerza que temió ahogarse en él. Él eyaculó sin cesar, y sus jadeos eran música para sus oídos mientras se estremecía impotente en sus brazos.

La idea de que también era su primera vez le provocó una poderosa sensación. Le acarició la espalda con la mano hasta que sus estremecimientos se suavizaron y se convirtieron en espasmos ocasionales, y no le importó en absoluto que su peso la aplastara contra la cama.

Después de unos interminables minutos, él levantó la cabeza.

—Lo siento, sé que te estoy aplastando, pero no puedo moverme —Su cuerpo se sacudió de nuevo.

—No pasa nada. Además, yo tampoco puedo moverme.

Él se rio y luego se relajó en sus brazos.

—Oye, cariño.

—¿Hmm?

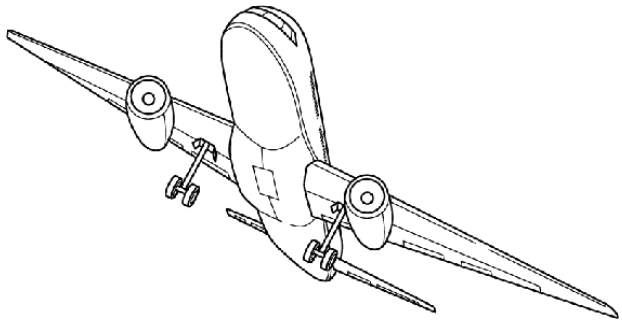
—Quizás deberías plantearte contratar un seguro de cuerpo completo. No puedo prometerte que no te quedarás con las piernas arqueadas para siempre cuando haya terminado contigo.

—Lo mismo digo —le susurró ella al oído.

Su profunda risa resonó en su interior.

—Vamos a ducharnos y luego te haré el gran tour.

Capítulo 12



—¿Tienes un salón de baile? —exclamó Bethany y se adentró en la gran sala circular.

Frescos que representaban sultanes con turbantes y voluptuosas sirvientas semidesnudas decoraban las paredes y se elevaban hasta los techos marroquíes. Bajo sus pies, los suelos de mármol brillaban pulidos, y no le costó imaginar la sala llena de gente guapa disfrutando de música hermosa, mientras bebían champán y picaban canapés.

Incapaz de contenerse, giró en una pirueta perfecta y levantó el puño en señal de celebración por no haber olvidado cómo hacerlo.

Zach sonreía cuando ella se volvió hacia él, con la cabeza ligeramente inclinada mientras la observaba.

—Venía con la casa. Es un centro de entretenimiento perfecto cuando estoy tan cerca de Europa.

—Impresionante. Me encanta.

Habían pasado por la entrada de la sala de camino al dormitorio de Zach, pero ella no había tenido oportunidad de verla bien. Volvió a echar un vistazo. Luego, consciente de la intensa mirada de Zach, se colocó el pelo detrás de las orejas.

—¿Me harías otra pirueta de esas? —le preguntó él con otra sonrisa devastadora.

Ella le respondió con una sonrisa y dio un paso atrás para tener más espacio. Luego, poniéndose de puntillas, volvió a hacer el

movimiento para él y añadió un par más por si acaso.

Cuando terminó su último giro, él le cogió el rostro entre las manos y la besó.

—Ha sido precioso. Quédate aquí. Tengo un regalo para ti.

La dejó de pie en medio de la habitación y se dirigió al fondo, donde había una caja que ella no había visto al entrar. Volvió junto a ella y le entregó el gran paquete con lazo.

Dentro, envueltas en lujoso papel, había unas preciosas zapatillas de ballet de satén. Ella vio la etiqueta del diseñador y se quedó sin aliento.

—Dios mío, Zach. ¡Estas zapatillas cuestan miles de dólares!

Él se encogió de hombros y dejó caer la caja vacía.

—El dinero no importa. ¿Te gustan?

—¿Estás de broma? ¡Me encantan! —Las estúpidas lágrimas le picaban detrás de los párpados. Las contuvo y lo miró—. Pero no sé cuándo las voy a usar.

—¿Has pensado en volver a bailar, solo por tu propio placer?

—La verdad es que no. Pero supongo que no es algo imposible. —Acarició las zapatillas y el viejo anhelo volvió a aflorar—. He engordado demasiado como para siquiera pensarlo.

—Tonterías. Estás perfecta. Si te hace feliz, hazlo.

Las lágrimas le picaban más y su corazón volvió a dar ese estúpido pequeño salto. De repente, le costó respirar, mientras unas sensaciones que no tenían nada que ver con el sexo la invadían. Podría enamorarse de este chico muy fácilmente.

—Además, mis motivos no eran del todo altruistas.

Ella parpadeó.

—¿Ah, no?

Él negó con la cabeza, la cogió por la cintura y la hizo girar una vez antes de atraerla hacia él.

—Desde que me contaste lo de tu formación en ballet, he soñado con follarte mientras mantienes la posición de arabesque —le susurró al oído. Tragó su jadeo y la dejó respirar un minuto después.

—Creo que he caído en los brazos de un fetichista.

Él se rio.

—No te haces una idea.

Le quitó las zapatillas, las volvió a meter en la caja y la dejó en el suelo. Le tomó la mano. Después de besarle los nudillos, entrelazó los dedos con los de ella y la sacó de la habitación.

El pasillo tenía los mismos frescos elaborados, pero con una temática más amplia, con influencias más orientales.

—Son asombrosos —dijo ella.

—Estaban un poco deteriorados cuando compré la casa. La restauración llevó bastante tiempo, pero me alegro de haber insistido.

—No dejas de llamarla casa. Creo que el término adecuado es palacio. Es enorme. Sin duda, más que suficiente para una sola persona.

Él apartó la cara de ella.

—Necesitaba un lugar privado. Este me sirve para lo que quiero.

La condujo a una terraza que rodeaba la casa y daba a las montañas. El aire era seco y húmedo y le quemaba los pulmones. Pero la combinación de aromas de especias y aire limpio estimulaba sus receptores sensoriales. Respiró hondo otra vez, se dio la vuelta y vio la enorme bañera de hidromasaje.

Se quedó paralizada, mirándola fijamente.

Zach miró de su rostro consternado a la bañera y viceversa. Ella le oyó hablar, pero su atención estaba clavada en lo que tenía delante.

—¡Bethany! —Ella lo miró con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa?

—No... no me gusta el agua.

Él frunció el ceño.

—Solo es una bañera.

Ella negó con la cabeza.

—Para mí no —soltó.

Él frunció aún más el ceño.

—¿Quieres irte?

—No. Me encanta este lugar. Aparte del agua. —Intentó encogerse de hombros—. Mientras no esperes que nade en la piscina o me bañe contigo, creo que estaré bien.

Sus ojos se ensombrecieron con decepción y la acompañó de vuelta al interior de la casa. El resto del tour se desarrolló de manera contenida. Cada vez que se acercaban a la piscina o a la fuente, él la miraba con ansiedad.

Bethany sabía que se había puesto pálida cuando entraron en la cocina de diseño. Él la llevó a una de las grandes islas y le acercó un taburete. Le sirvió un vaso de agua mineral y lo puso delante de ella.

—¿Desde cuándo le tienes miedo al agua?

Ella se encogió de hombros.

—No recuerdo exactamente cuándo empezó. Pero casi me ahogo cuando era más joven. Dos veces. Una por accidente. Y la otra vez...

Él entrecerró los ojos.

—¿Alguien intentó ahogarte deliberadamente?

Ella asintió.

—¿Quién? —preguntó él con ese tono tranquilo y peligroso que ella había llegado a identificar como furia. Había oído el mismo tono en su voz cuando había hablado de Chris.

El poder que había detrás de él le provocó un escalofrío. Por cobarde que fuera, quería que esa atmósfera desapareciera.

—No importa, Zach. No quiero hablar de...

—¿Quién fue, Bethany?

Se pasó una mano por la nuca para calmar la ansiedad que la invadía.

—El hijo de nuestro vecino. Era un poco mayor que yo y solía venir a nadar a nuestra piscina cuando volvía a casa de la universidad. Yo tenía catorce años en ese momento y él... solía mirarme. —Se encogió de hombros—. Estaba un poco enamorada de él. Pero nunca pensé...

—¿Que él correspondería a tus sentimientos?

—Sí. En fin, un día intentó besarme. Las cosas se pusieron un poco intensas. Intenté que parara. Se enfadó

—¿Y el cabrón trató de ahogarte? ¿Dónde estaban tus padres? —Tenía las fosas nasales contraídas y los ojos de un gris oscuro y furioso.

—Estaban al lado, con sus padres. Todo sucedió muy rápido.

—Solo hacen falta unos segundos, Bethany. —Sus ojos se volvieron aún más tormentosos—. ¿Se lo contaste a tus padres?

—No.

—Seguro que se preguntaron por qué ya no nadabas.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Creo que pensaron que mi antiguo miedo había vuelto. No es para tanto, Zach...

—Para mí sí lo es. —Acariciándole la cara con sus grandes manos, le inclinó la cabeza y la miró profundamente a los ojos—. Has sufrido dos experiencias cercanas a la muerte y además has tenido que lidiar con ese imbécil de tu ex. Puede que para ti no sea gran cosa, pero a mí me parece una putada enorme. Dime cómo puedo mejorarlo —dijo él.

El corazón le dio un vuelco.

—Zach, no tienes por qué hacerlo —respondió ella.

—Sí que tengo por qué. Hay muchas cosas que podrían haberte alejado de mí. Voy a quitarte todos tus miedos, Bethany. Todos y cada uno de ellos. O moriré en el intento.

Su grito ahogado los dejó a ambos paralizados. Él siguió mirándola fijamente a los ojos. Sin vacilar. Sin embargo, ella sintió que él se retiraba ligeramente, como si también se hubiera dado cuenta del significado emotivo e impactante de sus palabras.

De repente, bajó las manos.

—Vamos. Ya casi hemos terminado.

Ella lo siguió, tranquila por fuera, pero nerviosa y temblorosa por dentro. Plantas exuberantes, palmeras y hamacas de lujo componían el jardín, diseñado con gran detalle.

Pero, una vez más, lo que le llamó la atención fue la pasión de Zach por el agua.

La piscina se extendía desde debajo del lado oeste de la casa y dividía el jardín antes de desbordarse abierta al horizonte a casi cien metros de distancia. Revestido de gris pizarra, el fondo de la piscina era casi imperceptible, lo que aumentaba su nerviosismo.

Los dedos de Zach se cerraron alrededor de los de ella y la obligó a detenerse.

—El agua no es profunda por este lado. No tienes que venir aquí si no quieres. En el otro extremo de la casa hay un jardín sin piscina. Si en algún momento necesitas venir, estaré contigo. Si no, uno de mis empleados te acompañará siempre.

Ella asintió con rigidez, y sus dedos se aflojaron un poco.

Él le pasó una mano por la nuca y la atrajo hacia sí.

—No dejes que los cabrones ganen, Bethany. Solo tienes que decirlo y te ayudaré a enterrar esos recuerdos.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y me dejarás hacer lo mismo contigo?

La sombra le cruzó el rostro, y volvió la vista hacia las cumbres nevadas del Atlas.

—No hace falta, cariño. Mis demonios están bajo control.

—¿Así que los tienes? —preguntó ella, con el corazón acelerado ante la posibilidad de saber algo más sobre aquel hombre enigmático.

—¿Y quién no?

—Esa no es una respuesta, Zach. Estás dispuesto a enfrentarte a cualquiera que me haya hecho daño, pero te niegas a contarme qué creó las sombras que veo en tus ojos.

Él frunció el ceño, y su pulso se desbocó, aunque se negó a apartar la mirada.

—No afectan en nada a lo nuestro, así que no importan.

Ella contuvo la frustración. En el fondo, sabía que lo conocía desde hacía solo tres días.

Solo tres días. Cortísimos.

Y aun así, le parecía que había pasado una vida entera. Excepto por lo carnal, eran casi unos desconocidos.

Paciencia.

No era su virtud, pero intuía que Zachary Savage no era un hombre al que se pudiera presionar.

El gruñido de su estómago rompió la tensión.

La sonrisa de él sustituyó el ceño, con un alivio apenas disimulado.

—Supongo que ya tenemos decidido el siguiente destino. —Tiró de su mano y aceleró el paso para terminar la visita.

Doce dormitorios, quince baños, una torre con cúpula dorada a la que se accedía por arcos entrelazados y un sinfín de pasillos después, regresaron a la fastuosa cocina.

Le indicó que se sentara en el taburete junto a la isla central, mientras él se dirigía al frigorífico gigante y sacaba varios ingredientes.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó ella, aunque en realidad lo único que quería era quedarse mirando los movimientos elegantes de aquel hombre capaz de dejarla sin aliento incluso al hacer algo tan simple como cocinar.

—Puedes servir el vino. —Señaló un hueco profundo donde se alineaban decenas de botellas—. Voy a preparar una ensalada de cuscús con pollo. ¿Te parece bien?

Bethany asintió, se bajó del taburete y se dirigió al botellero. No era una experta, pero estaba segura de que cualquiera de aquellas botellas sería buena. Escogió la etiqueta más familiar y, al volver, tomó dos copas del armario.

Descorchó la botella, sirvió y le tendió una copa.

Con los ojos fijos en los de ella, Zach dio un largo sorbo, dejó el vaso y se puso a trabajar en la isla central. Al pasar junto a ella, se inclinó y le dejó un beso en el cabello.

Cogió una cazuela de barro esmaltado y la colocó al otro extremo de la encimera.

—¿Qué es eso?

—Un tayín. —Encendió el fuego portátil bajo el recipiente y regresó al centro, donde tenía la tabla de cortar.

La luz del sol que entraba por los ventanales hacía brillar el filo del cuchillo y los cortos vellos de su muñeca mientras picaba las verduras y troceaba el pollo. Luego lo echó en el tayín con hierbas y un chorrito de aceite antes de ponerse con la ensalada.

—¿Dónde aprendiste a cocinar?

—Aquí y allá —contestó encogiéndose de hombros—. Aprendí bastante en mis viajes, aunque no siempre tengo ocasión de practicar. —Levantó la mirada—. Perdona si estoy un poco oxidado.

—Hablas con una chica cuya otra mejor amiga es la carta del restaurante italiano de la esquina. No oirás quejas por mi parte. —Bebió un sorbo de vino, recordándose que mirar cómo él cortaba verduras no debería parecerle tan sensual, por mucho que su cuerpo opinara lo contrario.

Pero no podía apartar los ojos de él.

Zach destapó el tayín, y el aire se llenó del aroma ahumado del pollo chispeante. Veinte minutos después, sirvió la comida y se sentó a su lado.

Llevándose a la boca un tenedor con cuscús dorado con hierbas y un trozo de pollo, lo sostuvo frente a ella.

—Necesito un veredicto.

Bethany aceptó el bocado y masticó. La mezcla de texturas y sabores estalló en su lengua, y tuvo que hacer un esfuerzo por no gemir de placer. Disimulando, encogió los hombros.

—Está bien, supongo.

Él abrió los ojos, desconcertado.

—¿Qué tiene de malo?

—No sabría decirlo. Quizá necesite probar otro poco. —Se mordió el labio para contener la risa.

Con el ceño fruncido, le ofreció otro bocado. Ella volvió a saborearlo y negó con la cabeza.

—No lo sé, Zach. Creo que tendrás que darme de comer todo el plato antes de que pueda decidirlo.

—Tengo que… —empezó, pero el estallido de risa de ella le reveló la broma. Dejó el tenedor sobre el plato.

—Te pillé —rio ella.

Él aferró el asiento del taburete por ambos lados y la giró hacia él. Se inclinó y la besó con fuerza. Pretendía que fuera un castigo por tomarle el pelo, pero ella consideró que valía la pena.

Cortó el beso demasiado pronto y, al alzar la cabeza, la fulminó con la mirada.

—Coma, señorita Green. Va a necesitar fuerzas para compensar al chef por semejante ofensa a su ego.



Los tres días siguientes transcurrieron lentamente, en una dichosa languidez. Tomaba el sol en el solárium antes de que el sol del mediodía se volviera demasiado intenso. Por la tarde escuchaba música en su iPhone o se ponía al día con sus correos electrónicos mientras Zach nadaba, un ritual que repetía dos veces al día durante casi una hora cada vez.

Después de la primera vez que lo vio entrar en casa, con gotas de agua adheridas a su piel y su gruesa polla firmemente delineada bajo el bañador, dejó de fingir que no lo miraba.

Ahora se retorcía al oírlo encender la ducha después de nadar. Por muchas veces que se hubieran devorado el uno al otro, la necesidad desesperada que sentía por él se negaba a disminuir.

Sus pezones se endurecieron bajo el top blanco de su bikini mientras escuchaba a Pink gritar sobre ser una zorra.

«Bienvenida a mi mundo, hermana».

Ni siquiera necesitaba estar en la misma habitación que Zachary Savage para alcanzar un estado de húmeda anticipación. Y cuando él entró con ese paso seguro y sexi y sus ojos se fijaron en ella, como lo hacían ahora, supo que apretar los muslos para contener el voraz dolor que se acumulaba en su interior no servía de nada.

—¿Has nadado bien? —preguntó ella, con una voz entrecortada, de esa forma provocativa de la que Pink se sentiría orgullosa.

—Ajá —murmuró él, deslizando sus pesados párpados sobre el escaso vestido de ella—. Pero habría sido mejor contigo.

—No, solo te habría ralentizado. O te habría saltado encima en mitad de la brazada.

—Mmm. —La determinación brilló en sus ojos, pero la reprimió un momento después.

Bethany agradeció que él no la presionara para que superara su miedo. Era algo con lo que había vivido durante tanto tiempo que no estaba segura de poder superarlo nunca, y se alegraba de que Zach lo dejara estar por ahora.

Mientras ella observaba, él se quitó lentamente el bañador y lo apartó de una patada.

—Ahora puedes saltar sobre mí —le ofreció magnánimamente. Su polla, cada vez más gruesa, se alzaba entre el vello sedoso que cubría su pubis.

Una vena gruesa latía bajo su rígida longitud, y a ella se le hizo la boca agua ante la perspectiva de deslizar la lengua por ella.

Nerviosa, miró hacia las puertas francesas abiertas que daban al interior.

—¿No..., no hay personal por aquí?

—No, les he dado el día libre. Tenemos toda la casa para nosotros solos. Todo el día. —Se inclinó hacia delante y tiró del lazo que sujetaba la parte de abajo de su bikini—. Vamos, globitos. Es hora de hacer algo con esas marcas de bronceado.

En cuestión de segundos, la tenía gloriosamente desnuda. Su marca favorita de protector solar estaba sobre la mesa junto a su tumbona. Lo cogió y vertió el aceite en la palma de su mano ahuecada. Lentamente, se frotó las manos, mientras su mirada se deslizaba con fervor por el cuerpo de ella.

Él se sentó en el borde de la tumbona y bajó las palmas hasta el vientre. Su brusca inspiración le arrancó una sonrisa.

A Zach le encantaba el efecto que tenía sobre ella, de hecho, parecía ansiarlo. Solo tenía que estar al alcance de su mano para

encontrar una excusa para tocarla. No es que necesitara una excusa. Ella ansiaba sentir sus manos sobre ella tanto como él.

Sus caricias se desplazaron hacia los lados, por su cintura y bajaron hasta sus caderas, antes de volver a subir y deslizarse bajo sus pechos. Repitió el movimiento una y otra vez, cada vez deslizándose cerca de sus duros pezones, pero sin tocarlos.

El deseo la invadió y sus caderas se movieron inquietas. Un gemido brotó de su garganta, pero Bethany lo reprimió. Se negaba a suplicar. Había suplicado demasiadas veces desde que conoció a Zach Savage. Aunque lo había tenido subyugado cuando le había hecho una mamada el día que llegaron a Marrakech, pronto se dio cuenta de que ese momento no se repetiría. Claro, le había hecho varias mamadas desde entonces, pero ese momento de control fracturado seguía siendo esquivo.

Obligó a sus caderas a quedarse quietas e inhaló profundamente para regular su acelerado ritmo cardíaco. Su piel seguía hormigueando y la excitación era profunda, por supuesto, pero tenía la intención de aferrarse a su control el mayor tiempo posible.

Su mirada se estrechó lentamente mientras sus manos se deslizaban por sus hombros en una caricia suave y devastadora. Al bajar y rodear sus pechos, sus intensos ojos evaluaron su reacción. Cuando ella permaneció inmóvil, él bajó más, por su estómago hasta los huesos de la pelvis. Amasó su carne, y el calor de sus manos envió corrientes eléctricas a lo largo de sus terminaciones nerviosas.

Otro gemido amenazó con salir. Ella lo tragó. Sus manos abandonaron su cuerpo por un momento, pero solo para verter más aceite en su palma antes de comenzar un asalto aún más intenso a sus muslos. Sus firmes pulgares se clavaron en su piel en círculos eróticos, cada rotación acercándose a la sensible parte interna de sus muslos.

Estaba a punto de rozar la piel exterior de su sexo cuando ella se apartó bruscamente.

—Creo que ya he terminado con la parte delantera.

Se dio la vuelta y fue recompensada con un momento de triunfo cuando él soltó un suspiro. Durante varios segundos, él no se movió. Entonces ella oyó el lento deslizamiento de sus palmas frotándose entre sí. Él se dirigió directamente a su culo, como ella sabía que haría.

Protegida de su mirada inquisitiva y eléctrica, reafirmó su control, que se estaba desvaneciendo. Pero incluso con los ojos bien cerrados, no podía negar la ardiente excitación que recorría su cuerpo. El placer se elevó más y más hasta que se quedó suspendida al borde del éxtasis.

Bethany estaba contemplando la posibilidad de rendirse y suplicarle que la tomara cuando su aliento rozó su oreja izquierda.

—Bravo, globitos. Creo que estás lista para visitar mi sala de juegos.

Giró la cabeza bruscamente y su mirada chocó con la de él.

Unos ojos gris tormenta la observaban con una mezcla de admiración y especulación.

—¿Perdona? ¿Me estabas poniendo a prueba?

Él negó con la cabeza.

—No conscientemente. Me gusta tu respuesta desinhibida. Pero creo que podemos divertirnos aún más si estás dispuesta a practicar un poco más de moderación.

—¿Y solo me dejarás entrar en tu sala de juegos si no me rindo fácilmente?

—Siempre has tenido acceso a ella. Te lo dije antes de salir de París, pero no mostraste ningún interés. —Se encogió de hombros—. No tienes por qué verla si no quieres.

Ella se humedeció los labios secos, sin saber muy bien adónde iba a parar la conversación. Ni si quería seguir adelante con ella. Pero la emoción le recorría la piel y su curiosidad se había despertado.

Diversión. Para eso estaba allí, para atreverse a lanzarse a la aventura, ¿no?

—Bueno, como nunca he visto una sala de juegos, no puedo decirte ni sí ni no.

Sus ojos brillaron, oscureciéndose un poco.

—¿Te gustaría verla?

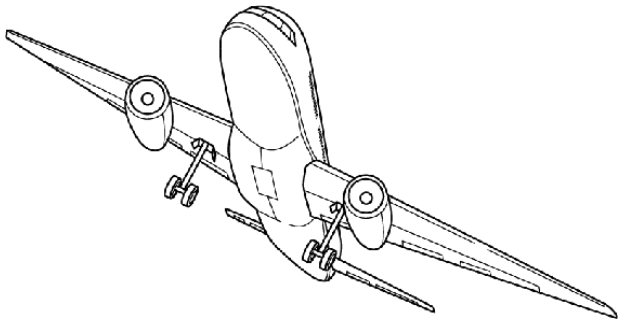
Ella lo pensó un segundo y se encogió de hombros con indiferencia.

—Claro. ¿Por qué no?

La lenta y maliciosa sonrisa que se extendió por su rostro le hizo saltar la alarma de su instinto de supervivencia. Se puso de pie, con su erección gruesa y orgullosa. Su estómago dio un vuelco y una debilidad invadió sus huesos. Apenas pudo levantar la mano cuando él le tendió la suya.

—Ven.

Capítulo 13



La condujo por el largo pasillo que pasaba por su suite en el ala oeste de la casa.

La idea de que estaba caminando desnuda por un auténtico palacio se sumaba a lo surrealista del momento.

Pero no tuvo tiempo de darle vueltas al asunto. Los dedos que rodeaban los suyos no le dejaban lugar a la ambivalencia ni a acobardarse. Y la excitación que la invadía le impedía cambiar de opinión.

Zach se detuvo frente a una gran puerta arqueada e introdujo un código en el panel de seguridad situado en el marco.

El mecanismo hizo clic y la abrió. Apartándose a un lado, la empujó suavemente hacia el interior de la habitación.

Bethany no estaba segura de qué esperar de una sala de juegos. En sus fantasías más descabelladas, había imaginado una réplica de los lujosos salones de los aviones de Zach.

No podía estar más equivocada. Cuando él había mencionado juguetes, se refería realmente a juguetes.

Aparatos, grandes y pequeños, estaban dispuestos por toda la habitación, cada uno más sugerente que el anterior.

En el centro de la habitación, un gran columpio de cuero, con cuna y arnés, colgaba de un robusto trípode. Ella había visto uno en una despedida de soltera, pero no era ni de lejos tan sofisticado

como este. Hipnotizada por las ideas que se agolpaban en su mente, pasó los dedos por el cuero liso y fresco.

—¿Te imaginas atada a él, globitos? —le susurró Zach al oído—. ¿Tu hermoso cuerpo extendido para que te la clave?

El calor de su cuerpo le acarició la espalda y ella se estremeció ante el pecado decadente de su voz. Sus pezones se endurecieron al imaginar esa escena y el deseo se retorció en su pelvis. Se obligó a respirar profundamente.

Conténte.

—Hum, tal vez.

Con una última caricia al cuero, pasó al siguiente equipo.

La silla de color índigo y respaldo alto parecía bastante inocua, hasta que una simple pulsación de un interruptor lateral la dejó sin aliento. El consolador que se elevaba desde el centro del asiento era negro, enorme y veteado, y tan realista que se acercó para tocarlo, solo para que él le agarrara la mano con firmeza.

—No vas a necesitar eso.

Ella se rio.

—¿Detecto un toque de celos ahí, amorcito? —bromeó.

—No, nena, solo podrás usarlo si estoy demasiado agotado de follarte como para mover un solo músculo. Y te garantizo que eso no va a suceder.

La llevó más allá de una camilla modificada equipada con esposas y una vitrina que contenía de todo, desde bolas anales y pinzas para pezones hasta látigos y anillos para el pene.

—Vaya, y yo que pensaba que mi cajón de juguetes era impresionante.

Él sonrió.

—Me tomo el placer muy en serio —dijo él.

—Se nota —respondió ella.

Llegó a otra vitrina con la etiqueta «verdad o reto» y se detuvo. Dentro había una baraja de cartas y dos objetos: un cinturón de castidad unisex de exquisita factura y una venda de seda negra para los ojos.

Zach se detuvo a su lado y siguió su mirada.

—Otra cosa que no vas a necesitar.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—Porque no andamos con jueguecitos. Ya hemos superado esa etapa.

—Pero los juegos pueden ser divertidos, Zach. Y divertirme era la razón por la que vine a este viaje, ¿recuerdas?

No estaba segura de si se lo estaba recordando a él o a sí misma. En algún momento del camino, había empezado a perder de vista la razón por la que había subido al avión del Indigo Lounge en primer lugar.

Diablos, ni siquiera había tenido la oportunidad de experimentar un solo evento del club. Y con cada día que pasaba en la esfera de existencia de Zach Savage, se adentraba más en territorio desconocido. Un territorio en el que el suelo temblaba bajo sus pies ante la idea de que este viaje terminara y de alejarse de él cuando lo hiciera.

Independientemente de lo que él hubiera dicho en París, lo que había entre ellos, esa fantasía, no tenía una vida útil real. Los mundos de los que procedían eran demasiado diferentes para que cualquier tipo de relación duradera funcionara.

Su vida estaba en Nueva York. La de él no. Y si Chris le había enseñado algo, era lo fácil que era dejarse engañar por alguien a quien amabas, incluso viviendo en la misma ciudad.

Zachary Savage era un hombre atractivo, dominante e infinitamente carismático al que las mujeres se le echaban encima. También tenía intereses comerciales internacionales que le llevaban por todo el mundo. Desde el momento en que se alejaba de ella hasta que regresaba, se sentía atada en mil nudos. Su capacidad para confiar se había reducido a nada gracias a Chris.

¿Era esa la vida que quería para sí misma, aunque fuera a corto plazo? Su respiración se entrecortó y él se volvió bruscamente hacia ella.

—¿Qué pasa? —preguntó, entrecerrando los ojos.

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Nada. ¿Qué es eso? —Señaló el último y más grande objeto de la habitación.

Estaba cubierto con una tela de seda negra y colocado contra la pared del fondo.

Con otra sonrisa seductora, la atrajo hacia él hasta que se detuvieron frente al objeto. Con un tirón firme, retiró la tela.

Una cruz de San Andrés hecha de acero y cuero, de más de dos metros de altura, descansaba en ángulo. Los estribos para las manos y los pies estaban desatados, listos para que una víctima dispuesta se subiera y se abriera de piernas para el placer. Dobles remaches recubrían los bordes de la cruz. Cerró los ojos por un segundo y una imagen impactante de sí misma en esa cruz, con el cuerpo frotándose contra esos remaches, pasó por su mente.

Una mirada furtiva a Zach captó su mirada intensa sobre ella. La pequeña sonrisa que se dibujó en sus labios indicaba que había leído su mente.

—Ahora sí que nos lo podemos pasar bien.

—Quieres decir que tú te lo puedes pasar bien. No te molestes en negarlo, Savage. Veo cómo se te hace la boca agua al pensar en tenerme cautiva y hacer lo que quieras conmigo.

Él se rio, y ella fue incapaz de impedir que aquel sonido profundo y agradable le llegara al alma y la sedujera. Cuando él le rodeó la nuca con la mano y la atrajo hacia sí, ella no se resistió. Él le acarició los labios con el pulgar antes de bajar la cabeza para sellar su boca con la de ella. Cuando se separaron para respirar unos minutos más tarde, ambos jadeaban.

—¿Qué culpa tengo yo? Descubrir diferentes formas de hacerte llegar al clímax se está convirtiendo en mi obsesión. Simplemente no me canso de ti, Bethany.

La debilidad que invadía su cuerpo no era nueva, a diferencia de la repentina certeza de que corría un grave riesgo de enamorarse de ese hombre.

—¿Quieres elegir algo y probarlo? ¿La cruz, tal vez? —murmuró contra sus labios.

Ella quería responder que sí con todas sus fuerzas, su cuerpo temblaba de deseo. Tuvo que hacer acopio de todo su control para decir:

—Tal vez más tarde.

Su sorpresa atónita le dio el tiempo que necesitaba. Dando media vuelta, salió corriendo de la habitación. Estaba a mitad del pasillo cuando él la alcanzó.

—¿Bethany?

—Solo necesito...

Él la agarró de la muñeca y la obligó a detenerse.

—¿Qué demonios está pasando? —La preocupación en su voz era inconfundible.

Ella sacudió la cabeza.

—Todo esto, lo que estamos haciendo... está muy lejos de mi zona de confort.

Él frunció el ceño.

—¿No era eso precisamente lo que buscabas cuando nos conocimos?

—Sí. Pero eso no significa que no pueda asustarme un poco de vez en cuando.

Su mirada se desvió hacia la puerta que tenían detrás y volvió a posarse en ella.

—¿Y la sala de juegos te ha asustado?

—No. Bueno, quizá un poco. Pero ahora mismo solo quiero tomarme un respiro.

Él inhaló bruscamente.

—¿Un respiro? ¿Qué significa eso exactamente?

Ella se mordió el labio.

—No tener sexo. Durante un día.

—No. Ni hablar.

—Zach...

—Bethany —gruñó él. Tenía los labios apretados y las arrugas que enmarcaban su boca se habían profundizado—. Te daré lo que quieras, excepto eso.

—Pero eso es lo que quiero. No puedo pensar con claridad cuando estamos así. —Ella agitó una mano entre ellos.

Él se acercó, acortando la distancia entre ambos. Deslizó ambas manos alrededor de su nuca y le levantó la cabeza.

—No quiero que pienses con claridad. Quiero que estés tan descontrolada conmigo como yo lo estoy contigo.

—Zach, esto es una locura...

Él la miró fijamente durante varios segundos antes de suspirar.

—No es una locura, pero tú ganas. No habrá sexo durante el resto del día.

—¿En serio? —Ella no sabía muy bien cómo interpretar su capitulación.

Él se inclinó y rozó sus labios con los suyos.

—No te muestres tan contenta. Lo único que estás haciendo es torturarnos a los dos. Innecesariamente. Pero supongo que podemos intentar ocupar nuestro tiempo de otra manera. Ve a vestirte. Tengo una idea de lo que podemos hacer.

Ella sonrió y rápidamente enderezó el rostro cuando él frunció el ceño ante su alegría.

—Eh... ¿Hay algo en particular que deba saber?

Él negó con la cabeza, dio un paso atrás y le tomó la mano.

—Es una sorpresa. Pero tendrás que vestirte cómodamente, preferiblemente con pantalones. Y puedes ponerte bragas. Solo por esta vez.

Intrigada, asintió lentamente. Entraron en su habitación y él se detuvo.

—¿Qué? —preguntó ella.

—No creo que deba estar aquí. Ve a ducharte y prepárate. Yo usaré otro baño.

Su mirada se deslizó por su apetecible cuerpo hasta la erección desenfrenada que no había disminuido. El deseo la embargó con

tanta fuerza que se preguntó en qué había estado pensando cuando le pidió dejar de lado el sexo.

—Yo..., esto... —Dios, incluso hablar le resultaba difícil.

Él abrió las fosas nasales y dio un paso atrás.

—Vete, Bethany.

Ella se dio la vuelta y se dirigió a la ducha. No necesitó mirar atrás para saber que él tenía los ojos clavados en su culo. La ardiente sensación que recorría toda su piel era prueba suficiente.



A pesar de seguir un poco molesto por la prohibición de sexo, Zach se alegró de salir de la casa durante unas horas.

Aunque había sido Bethany quien lo había expresado en voz alta, la sensación resbaladiza de estar perdiendo el control que lo acompañaba desde que la había traído a Marrakech no dejaba de crecer. Lo más inquietante era que no quería detenerse.

No se había sentido tan alterado, tan impotente, desde hacía seis años. Desde… Farrah.

El nombre lo tensó de inmediato.

A su lado, en el asiento trasero del todoterreno, Bethany lo miró de reojo.

—¿Eh? ¿Me estás castigando con el silencio? —bromeó, aunque sus ojos reflejaban una ligera inquietud.

Él sonrió distraído, aún incapaz de procesar el pensamiento que ardía en su mente.

Farrah.

La última persona en la que quería pensar. Y mucho menos estando con Bethany.

Y, sin embargo, la había traído justo allí, al único lugar que garantizaba que pensaría en lo ocurrido seis años atrás. De todas sus propiedades por el mundo, había elegido aquella…

Madre mía, un terapeuta se lo pasaría en grande con él.

Unas manos suaves le acariciaron la mejilla y lo devolvieron al presente. Capturó la mano de Bethany y le besó los nudillos.

Su sonrisa, teñida de alivio, le hizo darse cuenta de que había permanecido callado casi media hora.

El vehículo se desvió por un camino de tierra y, al cabo de unos minutos, una hilera de tiendas beduinas apareció ante ellos. Zach le devolvió la sonrisa.

—¿Lista para tu sorpresa?

—Eh… no. Esa mirada tuya no me inspira mucha confianza, Savage.

Su sonrisa se amplió, y la presión en su pecho se aflojó un poco. Le rozó la mejilla con un dedo.

—No voy a dejar que te pase nada malo, pero no puedo prometerte que no vayas a pasarlo de miedo.

—Ajá. Eso me da aún más miedo.

Rió mientras el coche se detenía junto a la tienda más grande, una estructura roja y dorada en el centro del campamento. Varios beduinos los saludaron y los condujeron al interior. Cojines mullidos cubrían las alfombras persas, y lámparas marroquíes colgaban sin encender del techo.

Parecía una escena sacada de una película, y Zach observó cómo Bethany la contemplaba maravillada.

—Vale, me gusta. Pero ¿por qué tengo la sensación de que estoy esperando a que me gastes una broma de cámara oculta?

Le tomó la mano y la atrajo hacia la salida.

—Ten un poco de fe, globitos. Si quisiera gastarte una broma, te aseguro que no la verías venir.

Levantó la solapa de la tienda, y la exclamación de Bethany se ahogó en su garganta.

Ante ella, a pocos metros, un camello blanco los observaba con ojos tranquilos. Había varios más dispersos en el recinto, pero la mirada de ella se clavó en aquel.

El animal avanzó al mismo tiempo que ella, y Bethany dio un respingo antes de mirar a Zach.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó en un susurro.

—Claro, adelante.

Le acarició el cuello, aunque enseguida retiró la mano cuando el camello giró la cabeza con gesto arisco.

—Ups, creo que no le ha gustado.

Él soltó una carcajada.

—Yo diría que está impaciente por empezar.

—¿Empezar con qué? —preguntó, cada vez más recelosa.

Zach asintió hacia los ayudantes que esperaban. Uno de ellos se adelantó con la silla de montar, parecida a una butaca. A una orden en dialecto beduino, el camello se arrodilló con elegancia.

Los demás hicieron lo mismo con sus animales, mientras de las tiendas cercanas salían más participantes.

Bethany soltó un jadeo.

—Eh…, espero que no sea lo que estoy pensando.

Detrás de él, Philip le entregó el sombrero de ala ancha que Zach le había pedido. Se lo colocó a Bethany en la cabeza.

—Es exactamente lo que crees, cariño, vamos a correr en camello.

Un rato más tarde, Bethany gritaba de emoción al adelantarlo, aferrada a los pomos de madera de la silla.

Durante media hora habían cabalgado hacia el interior del desierto junto a otros quince jinetes. Las dunas se extendían como olas rojizas hasta el horizonte, y la arena se alzaba en nubes bajo las patas de los animales.

El guía beduino lanzó un grito agudo, y los camellos aceleraron.

Bethany volvió a mirar a Zach, y a él se le encogió el pecho ante el brillo puro de felicidad en su rostro. Hasta entonces solo había visto esa expresión cuando estaban en la cama. Se estaba volviendo adicto a verla así. Quizá por eso le resultaba imposible mantener las manos alejadas de ella. Y también por eso posponía cada vez más el regreso al mundo real.

Por mucho que hubiese presumido en París, empezaba a dudar de que lo suyo pudiera sobrevivir fuera de aquella burbuja. Todo lo que

había prometido podía cumplirse, sí, pero incluso él sabía que había fuerzas que escapaban a su control.Las mismas que le habían arrebatado a Farrah.

Maldita sea, ¿por qué pensaba en ella hoy? Cerró los dientes, consciente de que, en cierto modo, había usado el sexo con Bethany para acallar lo que Marrakech le despertaba.

Pero por mucho que intentara ignorarlo, sabía que pronto tendría que enfrentarse a la realidad. Aunque quisiera quedarse allí para siempre —y sabía que no podía—, Bethany tenía una vida a la que volver. Una vida de la que él deseaba formar parte.

Solo necesitaba encontrar la forma de hacerlo posible.

—Tierra llamando a Savage.

Volvió a enfocarla: cabalgaba el camello blanco, con el pelo ondeando al viento.

—¿Te estás divirtiendo, globitos?

—Y tanto. Me encanta. —Su mirada bajó a su boca, y se humedeció los labios. Saber que quería besarlo le hizo arder por dentro—. Gracias.

—Podrás agradecérmelo como es debido más tarde —repuso él.

Los ojos de ella se oscurecieron, y aferró con más fuerza la silla. La tentación de inclinarse y besarla fue casi insoportable.

El grito del guía beduino trajo una distracción oportuna.

Se miraron de nuevo, y el calor de esa mirada le recorrió las entrañas antes de espolear a su montura.

Bethany, ya confiada, giró la suya y se alineó con el resto de los jinetes.

La expresión que le dirigió, justo cuando el líder alzó el revólver, fue un reto y una promesa. Cuando sonó el disparo, ella hundió los talones en el flanco del animal y salió disparada. Zach la dejó tomar ventaja, satisfecho de ver su entusiasmo y de poder admirar, de paso, el contoneo de su cuerpo desde atrás.

Su empeño la llevó a quedar segunda, y él sonrió al verla levantar el sombrero como una victoriosa amazona.

Acercó su camello al de ella. En cuanto bajaron, la atrajo hacia sí.

Dios, le encantaba cómo encajaba en sus brazos. Tanto, que un hilo de miedo atravesó su placer. Pero no lo suficiente como para soltarla.

—Hola, globitos —murmuró suavemente.

—Hola —respondió ella, rodeándole la cintura con los brazos. Su aliento le rozó el rostro y él tragó saliva.

—¿Estás dolorida?

—Más que en toda mi vida —bromeó con una mueca.

Él soltó una carcajada.

—Hum, entonces no debo de estar follándote bien.

—Solo a ti se te ocurriría tomártelo como un reto. Es un dolor completamente distinto, Savage.

Dios, hasta le encantaba cuando lo llamaba así. Miró su boca, deseando besarla, pero se contuvo.

—Ven, vamos a comer algo. Luego te llevaré a un sitio donde se te pasará el dolor.

—¿Otra sorpresa?

—Sí. Y te va a encantar, lo prometo.



Bethany salió del vestuario del lujoso balneario al que Zach la había llevado después de la carrera y sonrió a la empleada que le entregó un grueso albornoz.

—Por aquí, por favor.

La mujer la guio por un pasillo de paredes color topo, iluminado por velas encastradas y música oriental de fondo. El aire que entraba por los ventanales arrastraba el perfume del jardín. Suspiró cuando la puerta se abrió ante ella.

La estancia, decorada con mosaicos dorados y plateados, contenía una camilla de masaje. Una cortina blanca cruzaba la sala, ocultando lo que había detrás.

Bethany dio un paso hacia ella, curiosa, y contuvo un grito cuando el tejido se descorrió y Zach apareció al otro lado, con solo

una toalla a la cintura.

El corazón se le aceleró al recorrer con la mirada su piel húmeda.

Él la tomó de los hombros y la guio hacia la camilla.

—Hora del masaje.

Le quitó el albornoz y lo colgó tras la puerta antes de echar el cerrojo.

—No sé si merece la pena preguntar si tienes permiso para esto.

—¿El qué? Has decretado un día sin sexo, ¿recuerdas? Solo estoy aquí para asegurarme de que lo disfrutes al máximo. Sin sexo.

La punzada de decepción le mordió el pecho mientras se tumbaba.

Él tomó una botella con un líquido color ámbar. El juego de músculos de su abdomen la hizo replantearse su decisión de abstinencia.

Pero aquel día, durante la carrera, el almuerzo y el trayecto de vuelta, había visto otra faceta suya. Y quería más de eso. Quería a Zachary Savage también fuera del dormitorio. Quería más citas. Quería saber más de él, no solo qué lo excitaba o cuánto tiempo podía mantener el control en la cama.

Para conseguirlo, debía ser capaz de resistir la tentación y dejar que la tocara sin rendirse del todo. Necesitaba sentir sus manos sobre ella y pensar con claridad mientras lo hacía. De lo contrario, lo suyo se reduciría solo al deseo.

Tragó saliva.

¿Qué había pasado con la idea de simplemente divertirse?

Sintió su mirada sobre ella y cerró los ojos. No estaba lista para reconocer lo que aquello significaba.

Las manos de él se deslizaron por su vientre y ella tuvo que luchar contra el vértigo.

¿Merecía la pena imaginar un futuro con ese hombre? El corazón decía que sí, pero la razón la frenaba.

Zach había dicho en París que no acabarían cuando terminara el viaje.

Y, sin embargo, después de una semana, apenas sabía unas pocas cosas sobre él.

Enamorarse de Zachary Savage —si se lo permitía— sería como enamorarse de un fantasma.

—Puedo oírte pensar, globitos. Estás más tensa que una tabla. Relájate.

Apartó sus pensamientos y se abandonó a su masaje firme y envolvente.

Flotaba entre oleadas de placer cuando su voz volvió a resonar junto a su oído.

—Tachaste una experiencia que ni siquiera sabías que querías, con lo de las carreras de camellos. ¿Qué tal si vencemos otro miedo?

Abrió los ojos despacio. Él sonreía, aunque sus ojos estaban serios.

—¿De qué estás hablando?

La ayudó a incorporarse y la llevó hasta la cortina.

—Sigues dolorida. Un baño caliente te sentará de maravilla…

El miedo le heló el estómago.

—No. El masaje y la ducha son más que suficientes.

—Bethany…

—Zach…

Él descorrió la cortina. Una bañera cuadrada, incrustada en el suelo, relucía entre mosaicos. Vapor perfumado con eucalipto se elevaba del agua cubierta de pétalos.

Pero nada de eso disipó el terror que la atenazó.

Soltando la toalla, Zach se volvió hacia ella.

—¿Confías en que no dejaré que te pase nada?

Bethany negó con la cabeza.

—Confiar en ti no es el problema, Zach. Es que no puedo hacerlo.

—Estás dejando que el miedo gane. Estás dejando que gane ese cabrón que te hizo daño.

La ira atravesó su miedo.

—Y tú intentas manipularme para que haga algo que no quiero hacer. ¿Te parece justo? —susurró.

—No. Pero prefiero jugar un poco sucio antes que permitir que sigas viviendo con ese miedo.

Él entró en el agua. Solo le llegaba a la mitad de la pierna.

Ella lo miró, sorprendida.

—¿Creías que te metería en agua profunda el primer día?

—No he dicho que vaya a hacerlo.

Sus dedos se cerraron alrededor de los suyos.

—Sé valiente. Déjame ayudarte.

Bethany miró de él al agua. Dio un paso más cerca y se dio cuenta de que apenas alcanzaba a distinguir el fondo de la bañera. El corazón le golpeaba contra las costillas mientras se obligaba a no pensar en lo que había ocurrido la última vez que había estado cerca de una masa de agua. Pero el recuerdo de verse sumergida, de sentir cómo los pulmones le estallaban por falta de aire mientras unas manos fuertes la mantenían abajo, era demasiado intenso.

Con un jadeo entrecortado intentó liberarse, alejarse de aquella sensación aterradora.

Zach salió del agua de un salto y la sujetó contra su cuerpo. Le besó la sien, hundió el rostro en su pelo y la abrazó con fuerza mientras los temblores recorrían su cuerpo.

—Tranquila. No tenemos que hacerlo ahora si no quieres.

Bethany cerró los ojos con fuerza, pero el olor del baño seguía en su nariz. Aferrándose a él, los abrió poco a poco.

Durante casi diez años había dejado que el miedo gobernara su vida.

«Estás dejando que gane ese cabrón que te hizo daño».

—Vamos, cariño. Siento haberte presionado —murmuró Zach, rodeándole la cintura con un brazo y girándola hacia las duchas del otro extremo de la sala.

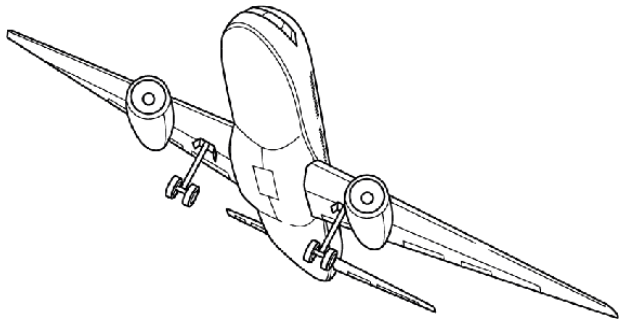
Bethany frenó, clavando los pies en el suelo.

—Espera.

Él se detuvo, sin decir nada, con los ojos grises fijos en los suyos.

—Quiero hacerlo.

Capítulo 14



—¿Estás segura? —preguntó Zach.

Bethany miró el agua, con el corazón aún desbocado, y asintió despacio.

—Quiero intentarlo.

La admiración en la sonrisa de Zach reforzó su determinación.

—Esa es mi chica. —Inclinándose, le rozó la boca con la suya antes de llevarla suavemente de nuevo hacia el borde del baño.

—Prométeme que no me soltarás —dijo ella de golpe, cuando el miedo amenazó con volver a apoderarse de ella.

Una sombra cruzó el rostro de él, pero desapareció antes de que ella pudiera interpretarla.

—Lo prometo —dijo simplemente, aunque su voz tuvo un matiz sombrío. Si Bethany no hubiese estado tan concentrada en dominar su temor y acercarse al borde, se habría preguntado por qué.

Pero él ya se había metido en el agua salpicada de pétalos de rosa y se volvió hacia ella.

—Agárrate a mí. Acostúmbrate al agua en los pies antes de avanzar, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuró. Entró en la bañera.

Sus dedos se crisparon sobre los bíceps de él al sentir cómo la sensación de contacto con el agua le disparaba el pánico. Intentó tragarse el miedo que amenazaba con dominarla.

—Tranquila, cariño. Lo estás haciendo muy bien. Deja de pensar en lo que el agua puede hacerte y piensa en cómo se siente sobre tu piel. Descríbemelo.

Se humedeció los labios, tratando de articular las palabras.

—Está… caliente. Suave. —Bajó la mirada y vio un pétalo pegado a su rodilla. La imagen, tan inocua, mitigó un poco su miedo—. Huele a cielo.

—Bien. —Zach se colocó frente a ella, de espaldas al resto del baño, bloqueando gran parte de la vista del agua—. Ahora intenta bajar un poco más. Ya sabes lo poco profunda que es. Si resulta demasiado, salimos enseguida.

Deslizando las manos desde su nuca, Bethany fue bajando lentamente hasta que las rodillas quedaron cubiertas. Más pétalos se adhirieron a su piel y el perfume se intensificó.

Zach la imitó, arrodillándose frente a ella. Sin soltarla, atrajo su cuerpo contra el suyo.

—Lo estás haciendo de maravilla, cariño.

Sus palabras de aliento le arrancaron otra capa al miedo. Entrelazando los dedos con los de él, se dejó caer poco a poco hasta que sus glúteos tocaron los talones. El agua le lamió los muslos y le llegó hasta la cintura.

Permanecieron así varios minutos, hasta que él liberó una mano con suavidad. Tomó una gran esponja de espuma que descansaba en el borde y empezó a eliminar los restos del aceite de masaje de su piel.

El miedo no se había ido del todo, pero ya no la dominaba por completo.

Al menos tenía la claridad suficiente para observar su rostro mientras la lavaba.

—¿Por qué es tan importante esto para ti? —preguntó.

Él guardó silencio tanto tiempo que pensó que no respondería. Luego bajó los párpados, siguiendo con la mirada el movimiento de su mano por su vientre hasta los muslos.

—Cuando era joven, nadar lo era todo para mí. Era mi forma de escapar.

—¿Escapar de qué?

—De lo que no quería afrontar. —Sus ojos se encontraron con los de ella, y el dolor afilado que vio en ellos le cortó la respiración—. De cosas de las que no quiero hablar ahora. En este momento solo quiero cuidarte.

Había una súplica tan desnuda en su mirada que no tuvo corazón para rechazarla.

Y, en realidad, ¿cómo exigirle nada cuando acababa de reducir a la mitad el monstruo que la había aterrorizado durante casi diez años?

Bethany llevó la mano aún entrelazada con la suya hasta su rostro y le besó el dorso.

Él contuvo el aliento y la observó unos segundos antes de reanudar el lavado.

—¿Recuerdas lo que dijiste sobre quitarme el miedo, Zach? —preguntó en voz baja.

Él asintió.

—Pues pienso hacer lo mismo contigo. —Vio en sus ojos el brillo duro de la negación y negó con la cabeza—. No. No puedes ser el tipo duro que carga con los problemas del mundo pero nunca afronta los suyos. No sé si podré ayudarte, ni cómo, pero lo intentaré.

—Das por hecho demasiadas cosas, Beth. No cargo con los problemas del mundo. Solo con los tuyos. En cuanto a los míos… —se encogió de hombros— he aprendido a vivir con ellos.

Antes de que pudiera replicar, se colocó detrás de ella. En silencio, le lavó la espalda y luego la levantó del agua. La llevó hasta el asiento acolchado donde les esperaba un juego de té.

Vertió té de menta y le ofreció una taza diminuta. Ella la sostuvo entre las manos y lo observó beber de la suya.

Una vez más, el mensaje de que no quería hablar de sí mismo fue nítido. La frustración se mezcló con la gratitud por lo que había

hecho por ella, y al final decidió morderse la lengua y no insistir. Al menos por ahora.

Su mirada se desvió hacia el baño y volvió a él.

—Gracias.

—Lo has hecho tú solita, Bethany. Has vencido tu miedo y triunfado.

—Sabes que no es verdad. Jamás habría podido hacerlo sin ti.

Su sonrisa fue lenta y devastadora para sus sentidos.

—En ese caso, acepto tu agradecimiento. Puedes demostrármelo más tarde.

—Estoy acumulando una buena deuda contigo, Savage. ¿Crees que algún día podré saldarla?

—Estoy seguro, globitos. Cuando llegue el momento, solo tendrás que ponerle empeño. —Le guiñó un ojo y apuró su té.

Esperó a que ella terminara antes de hacer sonar una campanilla para llamar a la asistente.

—¿Qué toca ahora? —preguntó él mientras iba a abrir la puerta.

—Me han ofrecido una manicura y pedicura. O depilación. O algo así. —El letargo la envolvía, resultado del té y de haber disipado ya la adrenalina del miedo.

—Quédate con la manicura y pedicura o un facial. No necesitas depilarte.

La risa le brotó sin remedio.

—¿Habla tu cavernícola interior?

Él se inclinó para besarla, con un brillo travieso en los ojos, justo cuando sonó un golpe en la puerta.

—Sí, y no pienso disculparme por él. —Le ajustó el albornoz y dio un paso atrás—. Voy a la piscina. ¿Nos vemos en una hora?

Bethany asintió y lo acompañó hasta la puerta. Se separaron al final del pasillo. Lo observó alejarse, incapaz de apartar la vista de aquel cuerpo impresionante.

Dos mujeres con diminutos albornoces pasaron junto a ella y, al volver la cabeza para mirar abiertamente a Zach, le provocaron una punzada de celos. Que él no se girara ni les dedicara la menor

atención hizo que los puños, que había apretado sin darse cuenta, se relajaran un poco; pero la ansiedad que se le enroscaba en el pecho no desapareció.

«Bueno, Bethany, esto no tiene nada de divertido, ¿verdad?».

La voz burlona en su cabeza no se dejaba acallar. Tampoco la certeza, cada vez más clara, de que estaba enamorándose de Zachary Savage.

La asistente carraspeó suavemente, sacándola de sus pensamientos.

Bethany pasó por toda la sesión de belleza sin enterarse apenas de lo que le hacían, mientras la realidad se le imponía con una fuerza brutal.

Aquello ya no era algo casual. Y se iba a volver tan complicado como había temido desde el primer instante en que puso los ojos en Zach.



—¿Así que ahora tú también me castigas con el silencio? —preguntó Zach mientras regresaban a casa.

Le había pedido a Philip que tomara el camino largo, y el gigante bonachón había obedecido, conduciéndolos por las carreteras serpenteantes que ascendían hacia el Atlas.

El sol empezaba a ponerse, y Marrakech se extendía bajo ellos, toda dorada y roja en la luz del atardecer.

—¿Qué pasa, cariño? —insistió Zach, con una ligera presión en su barbilla que la obligó a mirarlo.

—Ha sido un día fantástico… pero también un poco abrumador —respondió con sinceridad.

Le maravillaba su compasión, su empeño en ayudarla a vencer el miedo. Pero el pensamiento de que estaba arriesgando el corazón por un hombre que seguía siendo un enigma la atenazaba.

Chris no había sido un enigma: había sido un mentiroso y un infiel. También le había ocultado cosas, y el desenlace había sido

devastador. No había sabido lo que hacía el hombre con el que compartía la cama hasta que él le arrojó la verdad a los pies.

El problema era que presentía que cualquier bomba que Zach soltara a sus pies sería mucho más destructiva que las de Chris.

El corazón le dio un salto y volvió a latir con fuerza cuando él le inclinó la cabeza hacia atrás y la miró a los ojos. Aquella mirada intensa y fija le cortó la respiración.

Dios, podría hacer el ridículo de la forma más monumental por ese hombre… si no lo había hecho ya.

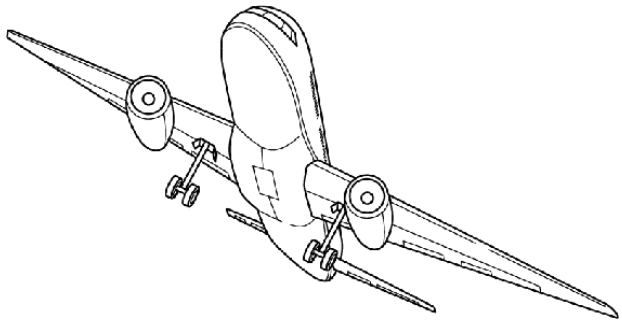
—No tienes que preocuparte de nada más, globitos. Estoy aquí. ¿Entiendes?

Asintió con torpeza, con las lágrimas asomándole a los ojos. Estaba parpadeando para contenerlas cuando el todoterreno redujo la marcha y se detuvo. Miró por la ventanilla y vio que habían parado en un saliente al borde de la carretera. Zach bajó y le ofreció la mano para ayudarla a salir.

—¿Por qué paramos?

—Porque tienes que ver esto.

Capítulo 15



La condujo hasta la parte delantera del todoterreno, se apoyó en el capó y la colocó delante de él. Durante varios segundos, Bethany contempló el horizonte, incapaz de decidir qué aspecto de aquel paisaje merecía más su atención.

Empezó a volverse hacia él.

—Espera —susurró Zach junto a su oído—. Va a pasar en cualquier momento. —El aliento sobre su piel le provocó un escalofrío. Con un brazo la rodeó con suavidad y levantó el otro para señalar un punto entre dos montañas—. Mira ahí.

Obedeció. Menos de un minuto después, el sol descendió hasta posarse en ese punto, tiñendo las montañas nevadas de llamas plateadas y anaranjadas. Poco a poco, el color se extendió por el valle y sobre la ciudad. La escena era tan sobrecogedora, tan hermosa, que Bethany se llevó las manos a la boca, maravillada.

Permanecieron así varios minutos, hasta que el sol desapareció tras las montañas.

—Dios mío, ha sido más que precioso.

—Sí —murmuró él—. Lo ha sido.

Aquel asentimiento sencillo la hizo mirarlo. En su rostro había una serena alegría mientras contemplaba el paisaje, pero también un matiz de tristeza y dolor que le hizo encogerse el estómago.

—Te encanta este lugar, pero también te entristece —observó en voz baja—. ¿Por qué, Zach?

Él se tensó al instante. Su brazo empezó a apartarse, pero ella lo sujetó.

—Háblame, Zach. Por favor. No puedo ayudarte si no me dejas entrar.

La mandíbula de él se endureció.

—¿Se te ha ocurrido pensar que quizá no necesito tu ayuda? Te lo dije desde el principio: no hay nada lo bastante importante como para afectar a lo que pasa entre nosotros.

—Pero esto sí es importante, ¿no lo ves? No puedo ver tu dolor y fingir que no existe. Igual que no puedo fingir que no me doy cuenta de que, aunque no querías subir al avión del Indigo Lounge, lo hiciste de todos modos. Llámame presuntuosa, pero creo que lo hiciste por mí.

—Sí, lo hice.

Se volvió por completo entre sus brazos.

—¿Pero por qué? ¿Qué ocurrió? El Indigo Lounge es uno de los negocios más exitosos de esta década, y aun así apenas has tenido relación con él desde que se fundó.

—Tengo empleados muy bien pagados y motivados…

—No me sueltes el discurso corporativo, Zach. No soy tonta. Hay algo en este sitio que te ata, igual que el Indigo Lounge. No tienes por qué contármelo, pero no niegues que afecta a lo que nos pasa.

—¿Y qué crees que nos pasa?

—Tú das, y esperas que yo solo reciba sin ofrecer nada a cambio. No soy así. Necesito saber que puedo darte algo que merezca la pena.

—Ya lo haces.

Suspiró.

—No hablo de sexo, Zach.

—Ni yo. —Sus ojos se oscurecieron bajo la luz que se apagaba. Ella contuvo el aliento y esperó—. Estar contigo… me ayuda —dijo en voz baja.

El corazón de Bethany dio un salto.

—¿Te ayuda… con qué?

—Simplemente me ayuda, Bethany. ¿Podemos dejarlo ahí? —susurró con hostilidad.

Empezó a negar con la cabeza, pero alcanzó a ver a Philip, sentado al volante, con el rostro vuelto hacia otro lado en un intento de discreción. Sin embargo, no cabía duda de que había presenciado la discusión.

Una mirada a Zach le confirmó que él también lo sabía, aunque en su rostro no se veía rastro de vergüenza. Se preguntó cuántas veces habría tenido su conductor que fingir no ver ni oír nada.

—No sé casi nada de ti, Zach. Eso tiene que cambiar.

Los ojos grises se entrecerraron.

—¿Es una amenaza?

—Es la verdad, sin más. El sexo es genial, pero necesito más. Mucho más. O esto no funcionará a largo plazo. —Hizo una pausa y tragó saliva—. O quizá no haya un largo plazo para nosotros.

—Bethany…

—No te exijo nada imposible. Fui la novia tan confiada y ciega que su propio novio tuvo que explicárselo todo, ¿recuerdas? Pero hoy me llamaste valiente. Me ayudaste a enfrentarme a mi miedo y a aplastarlo. Lo único que te pido es que pienses en hacer lo mismo.

—¿Y si no lo hago?

Le costó encogerse de hombros.

—No lo sé. No soy experta en relaciones. Pero sé que no puedo vivir eternamente en el vacío.

Él guardó silencio largo rato. Finalmente, asintió.

—Entendido.

El viaje de regreso transcurrió en silencio. Durante todo el trayecto, Zach la mantuvo abrazada, con la cabeza apoyada bajo su barbilla. Los breves vistazos que le lanzó le mostraron un rostro en el que se cruzaban expresiones imposibles de descifrar.

Fuera lo que fuera lo que atormentaba a Zachary Savage, estaba rugiendo con toda su fuerza. Y aunque le dolía pensar que quizá ella había despertado esos demonios, le consolaba que al menos no los ignorara.

Su pecho se movía en sacudidas irregulares cuando atravesaron las puertas de la casa.

Bethany le aferró la camisa al sentir su dolor. Entrecruzando los dedos con los de ella, Zach la condujo hacia dentro, pero se detuvo en el amplio vestíbulo.

—Tengo que hacer unas llamadas. He descuidado algunos asuntos desde que llegamos. ¿Nos vemos en un par de horas?

El corazón se le hundió.

—Está bien —murmuró.

—Si tienes hambre, llama a la cocina. Te prepararán algo.

Intentó sonreír a pesar del nudo que le apretaba el pecho. Zach se replegaba sobre sí mismo. No tenía intención de enfrentarse a sus fantasmas. Al menos, no esa noche.

—No te preocupes, estaré bien.

La atrajo hacia sí y le dio un beso breve y firme en los labios. El calor la envolvió al instante, pero él se apartó y se dirigió a su despacho.

Bethany se quedó allí, tocándose la boca aún palpitante mientras él cerraba la puerta tras de sí. Por primera vez desde que lo conocía, Zach se había alejado de ella por voluntad propia.

La inquietud le anidó en el estómago y fue creciendo con cada segundo.

«Perspectiva. Necesitas perspectiva, chica».

Se dio la vuelta, subió las escaleras de prisa y se dirigió a su dormitorio. Sentándose a su lado de la cama, cogió el teléfono.

Keely contestó al tercer tono.

—Hola, globitos.

Bethany hizo una mueca.

—Si te dijera que estoy aterrada por perder a un hombre al que apenas conozco desde hace una semana, ¿me llamarías loca?

—No, en absoluto. Yo vivo con el miedo constante de perder hombres que ni siquiera he conocido, y mucho menos… —Keely hizo una pausa expresiva—. Bueno, ya me entiendes.

Bethany cerró los ojos con fuerza.

—Hablo en serio, Keel.

Un suspiro comprensivo sonó al otro lado de la línea.

—Lo sé, cariño. Lo supe cuando hablamos la semana pasada. Las relaciones casuales no son lo tuyo. ¿Esperaba que esta vez hicieras una excepción? Puede. Y desde luego no contaba con que tu «relación sin compromiso» fuese con Zachary Savage en persona. Así que, digamos, estaba esperando esta llamada. —La voz de Keely destilaba ternura.

—¿Qué hago? Él…, él no quiere hablar conmigo.

—Tienes que encontrar la manera de obligarlo a hacerlo.

—He intentado todo lo que se me ocurre.

—Pues prueba otra cosa. Algo que seguro capte su atención. Arriesga o da la experiencia por terminada y vuelve a casa antes de que duela más.

Bethany se quitó los zapatos y se deslizó en la cama. Pasó el pie por encima de la colcha y respiró despacio.

—Lo único que llama su atención es el sexo.

Al reconocerlo, sintió un pinchazo en el pecho. Se llevó una mano al punto justo debajo del esternón y apretó el teléfono con más fuerza.

—¿Estás segura? Te tiene tan enganchada que hasta le envió flores y champán a una completa desconocida. Puede que sea una cosa de multimillonarios, pero no es una cosa habitual de multimillonarios, sobre todo en alguien tan celoso de su intimidad como Savage.

—No quiero hacerme ilusiones, Keel. Me da miedo volver a salir herida.

—Tiene todo el sentido del mundo. Pero, ¿no es mejor que duela ahora, antes de estar más metida, que después?

Aunque sabía que su amiga tenía razón, Bethany no quiso admitir ninguna de las dos opciones.

—Y recuerda, nada te impide coger un avión y volver ya.

La sola idea le retorció las entrañas de pánico.

—No creo que pueda.

Keely guardó silencio unos segundos.

—Entonces haz lo que la tía Keely recomienda encarecidamente: ve con todo.

Ir con todo. ¿Sería capaz? ¿Y si no lo era, podría vivir sabiendo que ni siquiera lo había intentado?

Un escalofrío de aprensión la recorrió. Se recostó más en la cama, giró el rostro sobre la almohada de Zach e inspiró su aroma inconfundible. La idea de no volver a olerlo nunca más le hizo caer el alma a los pies.

Aprovechando la oportunidad para cambiar de tema, sonrió.

—Hablando de tías, ¿cómo está la tía Mel?

—Podría tener una recuperación milagrosa mañana. O empeorar. Tú dime lo que prefieres, y lo arreglo.

Vaya. Keely era demasiado lista a veces. Bethany había llamado buscando perspectiva, y su amiga le estaba poniendo el espejo delante con una eficacia brutal. No le quedaba más remedio que afrontar lo que tenía delante.

Se mordió el labio y pasó la mano libre sobre la almohada de Zach. Recordó el destello de dolor que había visto en sus ojos y se reafirmó en su determinación.

—Creo que la tía Mel debería seguir enferma un poquito más.

—Así me gusta. Ve y enséñale de qué estás hecha.

No tuvo oportunidad de hacerlo aquella noche.

Después de desnudarse y lavarse los dientes, decidió llamar a sus padres. Ser vaga sobre la fecha de regreso requirió más malabarismo mental del que había imaginado. Agotada tras la llamada, atrajo la almohada de Zach y la abrazó.

En cuestión de minutos, se quedó dormida.



Despertó sola a la mañana siguiente. El lado de la cama de Zach estaba frío y apenas parecía haber sido ocupado.

El corazón se le aceleró de nuevo. Apartó la sábana, se puso la camiseta que él había dejado tirada y respiró hondo, reconfortada por su olor. Aquello la hizo sentirse un poco mejor, aunque también le recordó hasta qué punto Zachary Savage se había vuelto importante para ella.

Salió de la habitación, bajó las escaleras y se dirigió al despacho. La puerta estaba entreabierta. La empujó despacio.

Zach estaba sentado tras un enorme escritorio de roble, los dedos volando sobre el teclado del portátil. La expresión concentrada en su rostro la detuvo un instante.

—Buenos días, globitos —la saludó con suavidad, sin levantar la vista.

El saludo le subió un poco el ánimo y respiró más tranquila, aunque el nudo en el pecho no desapareció del todo. Avanzó y se dejó caer en la silla frente a él.

—¿Usas gafas para leer? —Demonios, incluso eso le quedaba sexi. Los marcos negros y angulosos realzaban su mirada y aumentaban su atractivo, como poco, otros mil grados.

Él dejó de escribir y la miró. Los ojos grises la atravesaron, y ver en ellos el deseo familiar le dio un pequeño impulso de confianza. Fuera lo que fuese lo que pasaba entre ellos, el sexo seguía vivo y palpitante.

—¿Por qué te sorprende? —preguntó.

—Porque eres inhumano en todo lo demás. Me haces el amor como si pudieras hacerlo eternamente…

—Puedo —dijo, sin asomo de arrogancia.

Un cosquilleo empezó a arderle en el vientre.

—Pero necesitas gafas para leer una página.

Él sonrió, se quitó las gafas y, al mirarla, su expresión se volvió grave.

—Puede que mi vista no sea perfecta, pero cuando estás conmigo solo te veo a ti, Bethany. Solo a ti. Y, cuando se trata de ti, mi visión es perfecta.

Jesús.

¿Cómo podía decirle cosas así y, aun así, mantenerla al margen?

—No estabas cuando me desperté.

—Dormías tan tranquila que me dio pena despertarte. Estabas agotada después de ayer, y no me pareció justo molestarte.

Ella asintió, y su mirada se desvió hacia el portátil.

—Y ahora te interrumpo. Parecías tan serio hace un momento.

—Intentaba adelantar trabajo antes de que despertaras.

—¿Por qué?

Jugó con las patillas de las gafas.

—Porque quiero dedicar el día a hacerte feliz.

Dicho con esa sencillez, sin adornos, la dejó sin palabras. Aquellas palabras la estaban haciendo caer rendida.

En realidad, ya lo había hecho. Había caído rápido y sin remedio, y ya no habría vuelta atrás, pasara lo que pasara, aunque supiera que su corazón acabaría roto en mil pedazos.

«Ve con todo».

—La única forma en que podrías hacerme infeliz sería alejándote de mí —dijo con valentía.

Los ojos de Zach se oscurecieron.

—Intentaré hacerlo mejor —respondió.

El corazón de Bethany se detuvo un instante. Había esperado un rechazo frontal, así que aquello era un avance. No era un gran paso, pero serviría por ahora.

—Es todo lo que te pido. Gracias.

Él asintió, aunque sus ojos permanecieron serios, vigilantes, como si esperara algo más.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Anoche estuviste un buen rato al teléfono.

No se le escapó la pregunta velada.

—Sí.

—¿Todo bien?

—Mi tía Mel sigue enferma.

La preocupación nubló de inmediato sus ojos. Dejó las gafas y rodeó el escritorio para ponerse en cuclillas frente a ella.

—Cariño, ¿por qué no me lo dijiste?

Bethany intentó mantener el gesto serio, pero la risa silenciosa le agitó los hombros, sobre todo al ver la expresión desconcertada de él.

—Perdona, no debería reírme. —Le explicó toda la historia de la tía Mel, y sus ojos se abrieron de par en par.

—Recuérdame no enfrentarme nunca a tu amiga.

La risa de Bethany fue apagándose.

—Sí, puede ser bastante fiera cuando se lo propone.

—Me alegra que te haya estado cuidando.

Le pasó la mano por las pantorrillas desnudas en una caricia firme que ascendió hasta sus rodillas.

Ella contuvo la respiración.

—Lo dices como si fuera algo del pasado.

Sus manos subieron por los muslos y los masajearon con suavidad.

—Me encantaría ocuparme yo de cuidarte a partir de ahora.

Otra oleada de emoción la golpeó.

—Es cosa de dos, Zach.

Él asintió despacio.

—Quieres equilibrar un poco el terreno de juego. Lo entiendo. Y haré todo lo posible por corresponderte.

Incapaz de resistirse a tocarlo (le parecía que hacía una eternidad que no lo hacía), alzó la mano y deslizó los dedos por su cabello.

—Me alegra oírlo.

Permanecieron así varios minutos. Las manos expertas de Zach separaron lentamente sus muslos y ascendieron con una caricia más íntima.

—¿Cómo te sientes? —susurró.

—¿Física o emocionalmente?

La desconfianza se apoderó de sus ojos, pero no se alejó de ella.

—Ambas cosas. Puedes contarme lo que quieras, Bethany. Ya lo sabes.

—Vale. Estaba... molesta cuando me desperté y no estabas allí.

—Te dije...

—Sé lo que dijiste, pero así es como me sentí. Y después de lo que pasó ayer, supongo que estoy un poco... sensible con todo.

—¿Cómo puedo hacerte sentir mejor? —preguntó él.

Sus dedos se deslizaron por su oreja y le tocaron justo debajo del lóbulo. Su pequeño siseo delató su estado de ánimo.

—Tenerte tan cerca ayuda.

—Entonces no me voy a ir a ningún sitio, globitos.

—Dios, Zach. ¿Está mal que te desee tanto? —susurró ella con voz entrecortada.

—Por supuesto que no. Si te deseara más de lo que te deseo, tendrían que llevarme en una maldita camisa de fuerza.

Sus dedos se deslizaron más arriba y tocaron el exterior de su vulva. Ambos gimieron cuando una sensación de naturaleza diferente alteró el ambiente.

—¿Es mi camiseta la que llevas puesta, cariño?

Ella asintió con un movimiento brusco. El pulgar de él moviéndose arriba y abajo por su clítoris le impedía articular palabra.

—Hum, siento un repentino escalofrío. Creo que la quiero de vuelta.

Su mohín atrajo la mirada de él hacia su boca. Lentamente, ella se humedeció los labios y observó cómo él abría las fosas nasales.

—¿Y yo? Seguro que no quieres que me resfríe.

—Yo te mantendré caliente —prometió él—. Ahora devuélvemela.

Ella agarró los bordes de la camiseta, se la quitó por la cabeza y la dejó caer al suelo.

—Dios, eres la hostia de preciosa. —Su pulgar siguió acariciándola, pero se apartó ligeramente—. Ponte más hacia el borde del asiento.

La expectación la invadió mientras obedecía. Bethany no podía creer que apenas hubieran pasado veinticuatro horas desde la última vez que hicieron el amor. Le parecía toda una vida.

Se agarró a los reposabrazos mientras él le separaba más los muslos y bajaba la cabeza. La estela de besos por su abdomen la

dejó sin aliento.

Ver su placer mientras su boca bajaba era un afrodisíaco en sí mismo. Oírlo gemir mientras su piel se estremecía bajo sus besos la excitaba aún más.

Quizás había algo más después de todo. Algo que iba más allá del sexo para él. Ningún hombre podía excitarse tanto solo con el sexo, ¿verdad?

Los pensamientos se esfumaron de su cabeza al sentir el contacto de su lengua contra su clítoris. Pero un fuerte trino procedente de su escritorio interrumpió bruscamente su grito de placer.

Él se sobresaltó y cerró los ojos con un conciso juramento.

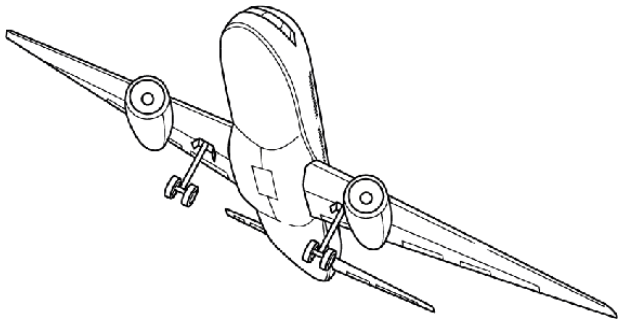
—¿Qué? —preguntó ella con voz ronca.

—Lo siento. Olvidé que había concertado una videoconferencia. —La palabra «vídeo» la hizo apresurarse a buscar la camiseta—. Tranquila, nadie va a verte desnuda. Te lo garantizo. —Él posó la mirada en su vulva húmeda y gimió.

—No pasa nada —dijo ella, aunque lo último que sentía en ese momento era que no pasaba nada.

—Sí que pasa, joder. Pero como lo he concertado yo, tengo que aparecer. —Una profunda pena se reflejó en sus ojos mientras ella se colocaba la camiseta—. No te alejes. Tenemos asuntos pendientes.

Capítulo 16



Se duchó, se puso un vestido blanco suelto hasta la rodilla, desayunó y trató de convencerse de que no se comportaba como una idiota enamorada al decidir esperar a Zach en el salón más próximo a su despacho.

El sonido grave y apagado de su voz, mientras atendía una llamada tras otra, la tranquilizaba, aunque su sangre palpitaba de expectación por retomar lo que habían dejado pendiente esa mañana.

Cuando pasaron dos horas sin que él apareciera, Bethany tomó su tablet y abrió los marcadores que había guardado un par de semanas antes.

Tras su último encontronazo con su jefa, había tanteado algunas ofertas de trabajo con buenas perspectivas. Hasta entonces había soportado la actitud ácida de Sheena porque aún se lamía las heridas que le había dejado Chris. Pero la idea de volver a Neon para seguir siendo el blanco de los ataques de su jefa le revolvía el estómago.

Había experimentado tantos cambios en tan pocos días…

Era hora de abrazarlos en todos los ámbitos de su vida.

Estaba enviando su currículum a una tercera empresa de organización de eventos cuando oyó pasos.

El corazón se le aceleró y estuvo a punto de dejar la tablet, pero la sonrisa que le nacía en el pecho murió al instante al ver el rostro

de Zach al entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Llevaba una camisa color índigo, medio desabotonada, y el pelo revuelto, como si se hubiera pasado las manos por el pelo una y otra vez.

—Hay un problema en una de mis empresas. Uno de los directivos se ha marchado en un momento crítico de una negociación delicada. Tengo que intervenir, o todo se irá al carajo.

—¿Puedo hacer algo? —empezó a levantarse, pero él negó con la cabeza y la empujó suavemente hacia el asiento, como había hecho en el despacho.

—Te agradezco la oferta, pero no. Solo he venido a disculparme por descuidarte. Tengo otra llamada en menos de cinco minutos. Después de eso… no sé cuánto tiempo me llevará arreglarlo. —Sus ojos grises se fijaron en los suyos, reflejando irritación y preocupación.

—Está bien, Zach. Soy mayorcita; puedo entretenerme un rato más.

La inquietud en su mirada no disminuyó.

—¿Estás segura?

Asintió, a pesar de las ganas de aferrarse a él como una lapa patética.

—Segurísima. También tengo cosas que poner al día.

Su mirada se desvió a la tablet y volvió a ella.

—De acuerdo. Te lo compensaré, lo prometo.

Sonó su teléfono y soltó una maldición. Se inclinó, la besó con lentitud y se incorporó.

—Ah, una cosa más. Tu cumpleaños es la semana que viene. No hagas planes, ¿vale? Tengo una sorpresa para ti. —Con otro beso y una sonrisa cargada de pesar, salió deprisa de la habitación.

Su cumpleaños…

La idea de pasarlo con Zach la alegró mucho más de lo que era aconsejable o saludable. Aquello la desasosegó tanto que se levantó de golpe.

Sin pensar adónde iba, vagó de una estancia a otra hasta llegar al salón de baile. No había vuelto desde que Zach la había llevado allí el primer día.

La caja con las zapatillas de bailarina seguía en el suelo, donde él la había dejado. Con dedos temblorosos, la abrió y sacó las delicadas zapatillas. Eran de un tono índigo intenso —el color no era casual— y le calzaban a la perfección cuando se las puso y ató las cintas sobre el tobillo.

Con el corazón desbocado, cruzó el suelo hasta el control remoto del sistema de sonido. Recorrió las opciones, eligió una y lo dejó en su sitio.

Los suaves compases de las Suites para violonchelo de Bach, interpretadas por Yo-Yo Ma, llenaron el aire. La música familiar alivió su ansiedad y la centró.

«Si te hace feliz, hazlo…».

La voz de Zach resonó en su cabeza como si se la susurrara al oído. Con el corazón latiendo con fuerza, hizo algunos ejercicios de calentamiento. Le tiraron las pantorrillas al hacer el primer demi-plié, pero pronto el cuerpo recordó lo aprendido. Mantenerse en forma había conservado su cuerpo lo bastante ágil para atreverse con un salto girado a mitad de la pieza.

—¡Sí! —exclamó, sonriendo, y siguió bailando. Aunque el grand jeté no salió perfecto, continuó moviéndose, con una sensación de alegría efervescente bajo la piel mientras giraba de un extremo del salón al otro.



En su despacho, Zach contuvo el gruñido que le subía a la garganta y se obligó a escuchar a otro directivo más poner excusas.

Sabía que Bethany ya no estaba en el salón contiguo; la había visto pasar hacía una hora, un destello blanco al cruzar ante su puerta. Cada célula de su cuerpo anhelaba estar con ella, y la sensación no era del todo agradable.

Su necesidad de ella crecía más allá de lo razonable. En realidad, hacía tiempo que habían dejado atrás lo razonable, pero él había esperado que la atracción se fuera atenuando poco a poco. En lugar de eso, se había pasado la noche entera pensando cómo darle a Bethany lo que pedía sin perderla.

El cielo había empezado a clarear cuando por fin se metió en la cama junto a ella. Y aun así no había encontrado una manera de abrirle su vida y su pasado sin arriesgarse a que lo abandonara.

Sabía que, tarde o temprano, tendría que contarle lo de Farrah.

La verdad no podía permanecer oculta para siempre, sobre todo cuando volvieran al mundo real. Por mucho que intentara mantener su relación en secreto, su vida era demasiado interesante para la prensa sensacionalista como para pasar inadvertida.

Sus abogados habían hecho un buen trabajo enterrando lo ocurrido hacía seis años. Él había hecho un trabajo aún mejor enterrando sus emociones… hasta hacía poco.

¿Podía arriesgarse a contárselo ahora? ¿Lo entendería? Dios, lo más probable era que saliera corriendo y desapareciera de su vida.

El mero pensamiento le hizo apretar los puños contra los reposabrazos.

No pensaba permitir que eso ocurriera.

—¿Señor Savage?

Volvió a centrarse en la pantalla de la videoconferencia y alzó una ceja hacia la mesa de hombres trajeados al otro lado.

—El setenta y cinco por ciento no es negociable. Intentaron presionar a mi anterior ejecutivo, pero la verdad es que mi empresa aporta las piezas aeronáuticas y el personal para montar los aviones. Lo único que ustedes ponen es el equipamiento interior. Las cifras cuadran. Piénsenlo un minuto. Mejor aún, tómense cinco.

Ellos se apartaron a deliberar, y Zach se reclinó en su asiento. Cogió el portátil y abrió el programa de las cámaras de seguridad.

Fue pasando el vídeo hasta que la vio.

El aire se le escapó del pecho con tal fuerza que se irguió de golpe. Totalmente hipnotizado, contempló a Bethany deslizándose

por el suelo del salón de baile. No oía la música, pero el fluir de su cuerpo, la gracia de sus movimientos y el placer evidente en su rostro le provocaron un estremecimiento.

Jesús… Bailaba como un maldito sueño.

Se dio cuenta de que había dejado de respirar cuando los pulmones empezaron a arderle. Aspirando con fuerza, la vio alzar los brazos en un arco perfecto sobre la cabeza. Luego, sin romper la pose, ejecutó un arabesque impecable.

Zach apretó los dientes al notar cómo su cuerpo respondía al instante, pero, más allá de la excitación esperable, algo en el pecho lo dejó inmóvil.

Felicidad…

—Señor Savage.

Con la boca seca, siguió mirando la pantalla, incapaz de apartar la vista de aquella figura que giraba y se deslizaba.

Felicidad, deseo, orgullo… Miedo. Todo se agitaba dentro de él, anudándole las entrañas.

Con la mandíbula tensa, admitió que algo estaba ocurriendo. Algo que no podía controlar del todo. Durante toda su vida, incluso antes de Farrah, siempre había podido dominar sus reacciones ante las mujeres. Marcaba las reglas, no pedía disculpas, no perdía el control.

—¿Señor Savage?

Comprendió entonces que verla bailar tenía el poder de conmoverlo hasta lo más hondo, de despertar en él una mezcla imposible de anhelo desesperado y posesividad absoluta.

La deseaba. Más aún: la necesitaba en un nivel en el que jamás había necesitado a nadie. Quería reclamarla en todos los sentidos. Por completo. De inmediato.

—Señor Savage. ¡Señor!

Arrancándose de la pantalla, levantó la vista. Varias miradas lo observaban con distintos grados de desconcierto.

Forzando el aire en sus pulmones, carraspeó.

—Caballeros, ¿han tomado una decisión?

—Aceptamos sus condiciones.

—Excelente. Pasemos al siguiente punto del orden del día.

Esperó a que su atención se desviara de él antes de mirar de nuevo la pantalla. Fuera la que fuera la música que sonaba, había terminado, porque Bethany se había hundido en una reverencia perfecta.

El sudor le perlaba la piel, pero en su rostro brillaba una felicidad pura.Con los dedos algo temblorosos, Zach cerró el portátil lentamente, mientras una sensación inamovible le recorría el pecho como una hoja afilada.

A partir de ese momento, quería ser él quien pusiera esa expresión en su rostro.

Aunque sabía que, para lograrlo, tendría que desenterrar partes de su vida que bien podrían alejarla de él para siempre.



Bethany seguía sonriendo cuando salió de su segunda ducha del día. Pasaban de las siete, y el sol empezaba a teñir el cielo de ese rojo anaranjado tan impresionante que obligaba a detenerse a mirarlo.

Zach no había salido del despacho en todo el día, pero el almuerzo le había llegado acompañado de una rosa amarilla de tallo largo y una nota que decía: «Pienso en ti, globitos».

Había que reconocerle el mérito: tenía una habilidad especial para desarmarla sin apenas esfuerzo. Como método para hacerle olvidar que había un lado de él que apenas conocía, resultaba de lo más eficaz.

Llevó la rosa consigo al subir a la habitación y aspiró su fragancia seductora al abrir las puertas francesas que daban al balcón. Descalza, salió a la terraza.

Las losas, aún tibias por el sol, le aliviaron los pies doloridos por el esfuerzo del baile. No le importaba el leve malestar: la alegría de volver a danzar había sido inmensa.

Solo deseaba que Zach hubiera estado allí para verla.

Dios. Estaba perdida. Muy, muy perdida.

Apoyó una mano en la barandilla, contempló el horizonte y trató de no pensar demasiado en lo que había decidido bajo la ducha. Cuanto más reflexionaba sobre lo que iba a hacer para provocar una conversación más profunda con Zach, más convencida estaba de haberse vuelto loca.

Además, las probabilidades de que saliera mal eran enormes.

«Ve con todo».

Inspiró hondo; los pétalos de la rosa le rozaron la nariz. ¿Podía el hombre que le había enviado aquella flor apartarse de ella tan fácilmente si le exigía algo más?

Esa mañana él le había dicho que lo intentaría. Podía esperar a que Zach eligiera el momento de tender un puente entre ellos… o podía ayudarle a dar el paso.

Necesitaba un acercamiento lento y calculado. La pequeña sonrisa que curvó sus labios alivió parte de su ansiedad. Todavía no se sentía del todo cómoda con el poder de atracción que parecía ejercer sobre Zachary Savage, pero si eso podía servir para que se abriera a ella, pensaba aprovecharlo.

El sol se deslizaba ya tras el horizonte, y las luces automáticas del jardín comenzaron a encenderse. Brillaban sobre la piscina y la fuente, proyectando reflejos irisados mientras el agua se elevaba en surtidores. Pasando la mano por la barandilla, Bethany caminó despacio hasta el extremo de la terraza.

Al mirar hacia abajo, vio más agua reluciente, pues las pozas poco profundas se iluminaban también. Pese a lo que Zach la había ayudado a lograr el día anterior, la visión de tanta agua hizo que el pulso se le acelerara con alarma.

Estaba a punto de volverse cuando algo captó su atención.

Una losa alargada cruzaba una de las pozas y terminaba en un montículo de rocas incrustado en el muro del jardín. A un lado de las rocas se alzaba una pequeña tienda beduina.

Distraída por el agua, no la había visto al principio. Frunció el ceño, sorprendida por aquella visión inesperada, pero, incapaz de

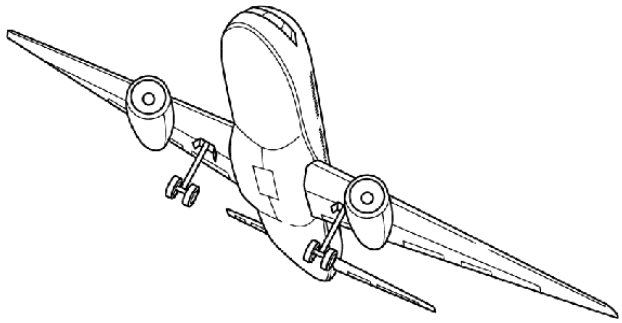
adivinar a esa distancia qué podía ser, se dio la vuelta y regresó al interior.

La puerta de la sala de juegos estaba sin cerrar. Antes de que se le pasara el impulso, Bethany entró rápidamente y fue directa al objeto que buscaba.

Con una sonrisa pícara, se lo puso y volvió a colocarse la bata justo cuando un sonido la hizo girarse.

Zach estaba en el umbral, con los ojos fijos en ella.

Capítulo 17



—Ahí estás —dijo él. Su voz sonó profunda, segura. Y su cuerpo era tan hipnótico como el atardecer de hacía unos minutos.

Ella se inclinó hacia él.

Él la atrapó en sus brazos y la besó con una intensidad que pareció eterna.

Cuando alzó la cabeza, Bethany apenas podía sostenerse en pie. La miraba con los ojos grises, oscuros y hambrientos.

—¿Has terminado de trabajar? —preguntó ella, con un hilo de voz entrecortado que la hizo encogerse por dentro.

Él le acarició la mejilla con los dedos, y con la otra mano la atrajo contra su cuerpo firme.

—Por ahora. Tratar con cuatro directores ejecutivos con agendas distintas tiene lo suyo. Veremos qué trae el día de mañana.

—Pero te gusta, ¿verdad? Todo ese toma y daca —dijo ella.

Su sonrisa, tan irresistible como cansada, se ensanchó.

—No uses expresiones como «toma y daca» cuando estamos así de cerca, nena. Me fundes el cerebro. —Su sonrojo lo hizo reír—. Sí, supongo que me gusta. No lo haría si no me interesara. —Sus dedos descendieron por su mandíbula y se curvaron en su nuca.

La besó de nuevo. El aroma de la rosa se intensificó, y ella se dio cuenta de que la habían aplastado entre los cuerpos. Cayó inútilmente al suelo cuando él se apartó.

—Te he echado de menos, globitos.

—Yo también te he echado de menos.

Temblaba de pies a cabeza por el poder que él ejercía sobre ella, aunque esa sensación reforzaba su determinación de llegar más hondo, de descubrir al hombre que ahora poseía su corazón.

Atrapándole la nuca del mismo modo, recorrió sus labios con la lengua. Él gruñó, pero se apartó un paso.

—No hay nada que me apetezca más que llevarte a la cama y hacerte el amor hasta que ninguno de los dos pueda moverse. Pero tenemos tiempo de terminar lo que empezamos esta mañana en mi despacho antes de… —Se interrumpió con un gruñido abrupto—. ¿Qué demonios llevas puesto?

—Exactamente lo que crees. Me pediste que eligiera algo, ¿no?

Él le abrió la bata de un tirón y se quedó mirándola con incredulidad.

—¿Y decidiste ponerte un maldito cinturón de castidad? ¿Estás loca?

—Al contrario, nunca he estado más cuerda. Además, ¿por qué lo tenías en tu colección si lo detestas tanto?

—¡Porque nunca imaginé que alguien lo usaría contra mí!

—Ah.

—¿Ah? —Sacudió la cabeza, mirando el cierre como si fuera su enemigo mortal—. Ayúdame, globitos. Me estoy perdiendo algo. ¿Qué demonios significa ese «ah»?

Se humedeció los labios, de pronto insegura.

—Te escucho —gruñó él.

—Pensé que podríamos…, ya sabes, jugar a un juego.

—¿Un juego? —Escupió la palabra como si le supiera a veneno—. Jugaré al juego que quieras, preciosa, en cuanto te quites esa maldita cosa.

Tiró del cinturón y recorrió con los dedos la unión buscando una abertura.

—Así no funciona, Zach.

—Jesús, Bethany. Esto no va a acabar bien y lo sabes.

—Si dejas de pensar en lo que te impide avanzar un segundo, quizá descubras que no es tan malo.

Se irguió despacio y cruzó los brazos.

Se le secó la boca al sentir el peso de su mirada.

—De acuerdo —dijo él por fin—. Dime las reglas. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos. Y podré empezar a castigarte por lo que me estás haciendo ahora.

—Zachary…

—No, nena. Ahora no puedes echarte atrás ni usar mi nombre completo con esa voz tuya para salirte con la tuya.Haré lo que tú quieras. Luego tú harás lo que yo quiera.

—He escondido la llave en algún lugar de esta habitación. Si la encuentras en cinco minutos, puedes quitarme el cinturón. Si no, te haré una pregunta y tendrás que responder con la verdad.

Él se tensó, y los ojos se le entornaron.

—Eso no fue lo que acordamos esta mañana.

Ella se encogió de hombros. Su mirada descendió hasta sus pechos, y la mandíbula se le endureció.

—Lo sé. Solo quería ayudarte un poco.

—Créeme, globitos, esto no ayuda. En absoluto. —Miró otra vez el cinturón y apretó los labios—. Pero jugaré.

La sorpresa la dejó muda.

—¿En serio?

—No te emociones todavía, nena. Pienso ganar. —Se quitó el reloj y se lo entregó—. Dime cuándo.

Atónita de que aceptara el desafío, Bethany miró la esfera unos segundos antes de reaccionar. Cuando la aguja marcó las doce, dijo:

—Ya.

Él recorrió la habitación con calma, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Miró bajo los juguetes, revisó entre las correas del columpio y bajo la silla oscilante.

Bethany contuvo la respiración cuando pasaron cuatro minutos. Él pasó los dedos por encima del armario justo cuando quedaba un minuto.

Entonces se volvió despacio. Su mirada se detuvo en ella. Caminó hacia adelante con paso indolente y se detuvo frente a ella.

—Globitos…

El corazón le dio un vuelco cuando él la alcanzó.

—No… Zach…

—Ah —repitió él, con la misma entonación que ella había usado antes.

Unas manos firmes la atrajeron contra su cuerpo sólido. Sus dedos se enredaron en su pelo mientras bajaba la cabeza para besarla. La bata cayó al suelo, y las manos de él descendieron por su espalda hasta el cinturón.

Al deslizar los dedos por debajo de la tira posterior, ella dejó escapar un gemido rendido. Él sacó la llave del escondite entre sus nalgas y se apartó.

—¿Tiempo? —preguntó con una sonrisa de triunfo.

Bethany miró el reloj con la mente en blanco.

—Seis segundos para que acabara.

Él no contestó. Se limitó a situarse a un lado y encajar la llave en el pequeño candado. Giró con un movimiento rápido. El roce del metal contra su piel la hizo soltar un jadeo.

Él entrecerró los ojos.

—He ganado. No deberías disfrutar de esto.

—No… lo hago.

—Mentirosa. —Arrojó el cinturón a un lado, la alzó en brazos y la llevó hasta la camilla. Apenas tuvo tiempo de respirar antes de que él apartara sus muslos.

El resto de la escena quedó sumida en el deseo y la tensión suspendida. Cuando por fin se incorporó, él murmuró:

—Por ahora, eso es todo.

—¡Zach!

Él dudó un instante y se pasó una mano por el pelo.

—No. Te lo has buscado, nena. Vas a sufrir tanto como yo. Además, tenemos que irnos o llegaremos tarde a la reserva.

—¿Qué reserva? —preguntó ella, ronca.

Él se acercó a una esquina y recogió el cinturón.

—Una que he preparado para ti. Y no, no es otra carrera de camellos, aunque te aseguro que no has vivido de verdad hasta que montas un camello en el desierto negro de noche.

—Creo que dejaré ese placer para la próxima vida. Dicen que por aquí los escorpiones del tamaño de un autobús salen de noche.

—No tienes nada que temer, Bethany. Yo te protegeré.

Ella volvió a temblar. Él lo notó, y una sonrisa de satisfacción masculina se dibujó en su boca.

Diez minutos después, con un vestido de encaje color índigo y temblando de energía contenida, preguntó:

—¿Y qué has planeado?

—Vamos a un espectáculo. Más o menos. —Mientras bajaban las escaleras, vio que él aún llevaba el cinturón—. Dame un segundo, tengo que hacer algo.

Lo siguió hasta la cocina, donde el fuego abierto para cocer pan tradicional ardía con fuerza. Él se acercó y arrojó el cinturón a las llamas.

Bethany soltó una risa sorprendida.

—No me creo que acabes de hacer eso.

—Créelo. Ahora vamos a disfrutar del espectáculo.



Dos horas más tarde, Bethany volvió a enfrentarse a otra punzada de celos que le retorció el estómago. Sentada en el asiento acolchado del exclusivo restaurante al que Zachary la había llevado en Gueliz, intentaba mantener a raya sus emociones.

Una tarea imposible cuando el sonido de los cascabeles al acercarse anunciaba el regreso de la criatura exótica que había sido el origen de su ira contenida durante la última hora.

De las tres bailarinas de vientre que se movían entre las mesas, aquella era la más impresionante: ojos que prometían placeres

celestiales y unas caderas que ondulaban con una sensualidad imposible.

El que se hubiera dirigido directamente a Zach en cuanto lo vio había puesto a Bethany de los nervios. El que él no hiciera el menor esfuerzo por ignorar cada uno de sus movimientos hipnóticos la hizo desear abofetearlo. Con fuerza.

—No estás comiendo —observó él, justo cuando la bailarina volvía a acercarse.

—Me sorprende que te hayas dado cuenta.

Él frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

La bailarina estaba otra vez frente a él, moviéndose y girando como una cobra ante el sonido de una flauta.

—De nada. Disfruta de tu espectáculo.

—¿Mi espectáculo? —repitió él, alzando las cejas.

El tintineo de los adornos se volvió casi ensordecedor. Zach se giró justo cuando la bailarina se inclinaba hacia delante y le ofrecía sus pechos exuberantes, apenas contenidos por el sujetador.

Bethany se puso en pie de un salto.

—No tengo hambre, Zach. ¿Podemos irnos, por favor?

No esperó su respuesta. Con los tacones hundiéndose en la alfombra mullida, salió del restaurante y se encaminó hacia la plaza iluminada.

Zach la alcanzó apenas un minuto después. No dijo nada ni intentó frenar su paso decidido.

Ella avanzó hasta el centro de la plaza abarrotada y se detuvo de golpe.

—Azúcar. Quiero azúcar.

Miró a un lado y a otro, y se dirigió al puesto que ofrecía justo lo que necesitaba. Examinó los dulces y eligió uno que goteaba miel.

Zach apretó la mandíbula cuando ella fue a sacar el monedero, y le tendió un billete antes de que pudiera hacerlo. La instrucción de quedarse con el cambio provocó una avalancha de agradecimientos que los siguió hasta que se alejaron de la plaza.

Bethany mordisqueaba el dulce pegajoso, consciente de las miradas furtivas que él le lanzaba mientras caminaban por un zoco más tranquilo.

—Háblame, Bethany. No quiero esta distancia entre nosotros.

—¿Ah, así que notas la distancia?

Él resopló.

—¿Lo dices en serio? Es un maldito abismo.

Ella arrojó el último trozo a una papelera cercana y lo fulminó con la mirada.

—Bueno, ver a esa bailarina devorarte con los ojos toda la noche tiene un efecto bastante frío en mi entusiasmo.

Los ojos de Zach se agrandaron y una sonrisa lenta se extendió por su rostro.

—¿De eso se trata? ¿Estás celosa?

—No hace falta que suenes tan asquerosamente complacido.

Bethany se dio la vuelta, pero él le atrapó la mano y le besó los nudillos con rudeza.

—Oh, pero lo estoy. Estoy muy, muy complacido —dijo con voz ronca. Le agarró el trasero y apretó con fuerza—. Ni siquiera recuerdo cómo era.

—Eso no lo mejora.

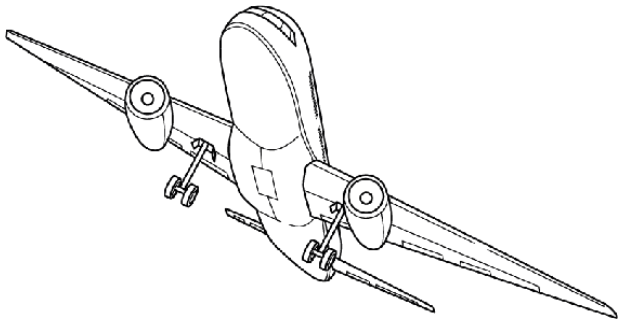
—Sé lo que lo hará.

Echó a andar por un callejón estrecho, arrastrándola tras él.

—¿Adónde vamos? Zach, baja el paso.

—No.

Capítulo 18



El callejón se volvió más oscuro; las paredes, a ambos lados, se alzaban cuatro pisos sobre ellos. En otras circunstancias, habría sentido recelo por encontrarse en un lugar así, pero estar con Zach —incluso cuando la sacaba de quicio— la hacía sentirse a salvo.

Aunque la seguridad era lo último en lo que pensaba cuando unas manos fuertes e impacientes la alzaron del suelo y la empujaron contra la pared.

—¡Zach!

—¿Sabes que, si nos descubren, nos meterán en la cárcel durante años? Aunque fueras mi esposa, nos arrestarían igual.

Ella se estremeció e intentó apartarlo.

—Zach… no.

La idea de que él estuviera casado con alguien, con ella, la hizo tambalearse por dentro. Pensamientos que había evitado empezaron a atropellarse en su cabeza: esperanzas, sueños de un futuro en el que no debía ni pensar. Apenas lo conocía desde hacía unos días, por el amor de Dios.

—Pero el peligro hace que la espera sea más intensa, ¿verdad?

El deseo la golpeó de lleno. Los dedos de él subieron por su muslo, bajo el vestido, dejando un rastro de fuego en la piel.

—No podemos…

—No, no podemos. Está prohibido. —Pero no se detuvo. Sus dedos rozaron la tela de las bragas, la encontraron húmeda,

necesitada. Soltó una maldición—. ¿Qué te dije sobre las bragas, globitos?

—Eeh…, que no debía llevar ninguna.

—¿Entonces qué es esto?

—No puedes salirte siempre con la tuya. Sobre todo cuando me irritas.

—¿Y cómo de irritada puedes estar si ya estás mojada por mí?

—Puede que mi cuerpo esté loco por ti, pero eso no te da carta blanca sobre mí.

Su mirada ardiente descendió hasta sus labios.

—Te vi bailar hoy. En mi salón de baile.

El sobresalto la dejó paralizada el tiempo suficiente para que él le separara más las piernas.

—¿Ah, sí?

—Sí —jadeó—. Estabas preciosa, cariño. Deslumbrante. No he visto nada más hermoso en mi vida.

—Oh, Zach… ¿cómo puedo estar enfadada contigo y, al mismo tiempo, derretirme cuando me dices esas cosas?

Gimió cuando él rozó su clítoris con el pulgar.

—No tienes por qué enfadarte conmigo. Ni ponerte celosa porque mire a otra mujer. Verla bailar me recordó a esta tarde, a lo que sentí al verte a ti.

De un tirón rápido le arrancó las bragas, las metió en el bolsillo trasero y bajó la cremallera.

El murmullo de la gente que pasaba se filtraba en el callejón, acompañado por la música que sonaba en el mercado nocturno a un par de calles.

—¿Cómo…, cómo te sentiste?

—Como si estuviera contemplando la belleza más pura. Como si pudiera morir en ese instante y ser feliz haciéndolo.

—¡Dios!

Podían descubrirlos en cualquier momento. Pero las palabras de Zach, unidas al deseo abrasador que la consumía por dentro, eran

imposibles de contener. Tampoco pudo detener el tirón con el que él le bajó el escote, exponiendo sus pechos a la voracidad de su boca.

Con una mano en su garganta, sujetándola contra la pared, y la otra entre sus piernas, Zach bajó la cabeza y atrapó un pezón entre los labios.

Ella se mordió el labio para no gritar.

El peligro flotaba en el aire cálido y denso de la noche, recorriéndoles la piel y avivando cada sensación. Zach tiró con más fuerza del pezón y luego lo lamió con la lengua.

Dos dedos se deslizaron en su humedad, preparándola para el sexo duro y grueso que presionaba contra su muslo.

Bethany se aferró a sus hombros al sentir cómo se deslizaba lentamente por la pared rugosa y fría.

—Zachary… —murmuró, la voz velada por el deseo.

—No me importa que me metan en la cárcel por indecencia pública, Bethany. Tengo que follarte aquí mismo, ahora mismo —susurró, con la voz rota—. Súbete el vestido, nena.

Ella obedeció sin pensarlo. Porque, Dios, también lo deseaba. Quería sentir su sexo dentro de ella más que respirar. Necesitaba demostrar que, de algún modo, él le pertenecía, más incluso que conservar la libertad que podrían perder si los descubrían.

Metiendo la mano dentro de sus pantalones, liberó su polla y oyó su gemido mientras acariciaba su rígida erección.

—Fóllame, Zach. Mete tu polla dentro de mí y haz que me corra.

—Joder, Bethany. Eres como una droga en mis venas. Por mucho que tenga, solo quiero más de ti.

La forma en que habló le provocó un dolor punzante en el pecho. El placer de la confesión era forzado. De hecho, ella detectó un ligero indicio de ira.

El dolor se transformó en placer cuando él le separó los muslos y se adentró en ella con una fuerte embestida.

Sus gemidos ahogados lo excitaron. Él volvió a penetrarla con fuerza y ella oyó su grito ahogado de placer cuando él la tocó en ese lugar que solo él parecía encontrar.

—Tú me llevas a esto, Bethany. Te deseo con locura. Todo el maldito tiempo.

Una vez más, ella escuchó la ira reprimida en su voz mientras la follaba en el callejón prohibido.

Él aumentó el ritmo, apretando con fuerza su mano sobre la boca de ella, cuyos gritos se hacían cada vez más frecuentes y fuertes. Ella no podía evitarlo.

Era lo que él le hacía. Demasiado pronto, sintió cómo se acumulaba el impulso orgásmico. Se humedeció más, se volvió más resbaladiza, incluso cuando su cuerpo se tensó con la acumulación de sensaciones.

—¿Estás a punto, globitos?

Ella asintió frenéticamente, con las manos agarradas a sus anchos hombros. Él bombeó con más fuerza dentro de ella. Sus dientes despiadados le mordieron el lado del cuello, luego su lengua alivió el dolor, solo para repetirlo una y otra vez. Él enganchó una rodilla alrededor de su cadera, abriéndola aún más para su penetración.

Luego, con un gruñido, la embistió.

—Ahora, nena. ¡Córrete para mí ahora!

Y lo hizo. Por supuesto que lo hizo. Porque este hombre estaba tan en sintonía con su cuerpo, tan en control de sus emociones, que podía provocarle un orgasmo con poco más que unas pocas embestidas y palabras potentes y sensuales.

Mientras la felicidad la invadía en oleadas convulsivas, él apartó la mano de su boca y la sustituyó por sus labios. Se tragó sus gritos de placer, devorándolos hasta que se convirtieron en gemidos suaves e indefensos.

Ella todavía estaba temblando por el último espasmo de su clímax cuando él hundió los dientes en su hombro con un ahogado «¡Joder!».

Impotente, bombeó su semilla dentro de ella, caliente y dura, llenándola hasta que sintió su semen gotear por la parte interna de sus muslos.

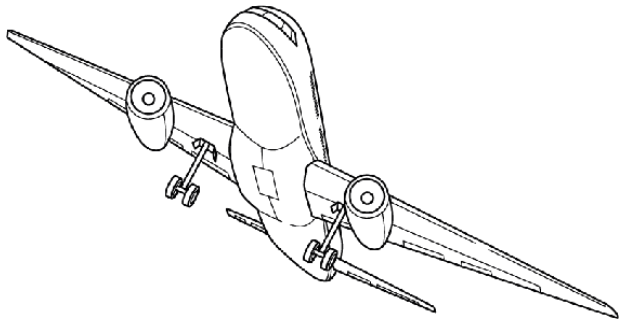
—Zach —murmuró ella, abrumada por las emociones que la invadían.

Le tocó la mejilla, esperando que él se girara y le besara la palma de la mano, como solía hacer. En cambio, él permaneció inmóvil durante varios segundos y luego se retiró de ella.

Dio un paso atrás y se ajustó los pantalones. Sacó las bragas de su bolsillo trasero y las utilizó para limpiarla.

Luego, en silencio, deslizó sus dedos entre los de ella y la sacó del oscuro callejón.

Capítulo 19



No pronunció una sola palabra mientras la ayudaba a subir al coche, aunque mantuvo un brazo alrededor de sus hombros y su cabeza apoyada bajo su barbilla durante todo el trayecto de regreso a casa.

Las miradas furtivas que Bethany le lanzaba revelaban un rostro tenso, con los ojos perdidos en un punto lejano, y a ella se le oprimía el pecho.

—¿Qué demonios acaba de pasar? —soltó sin poder contenerse.

—Hemos infringido la ley, pero no nos han pillado —respondió él.

—No hablo de eso…

El brazo de Zach se apretó un poco más en torno a sus hombros.

—Lo sé. Pero no tengo respuestas, Bethany. Para mí también es la primera vez.

Notó que sus dedos temblaban sobre su piel desnuda. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al comprender que aquello lo estaba afectando tanto como a ella.

—¿Eso es todo? ¿Vamos a seguir sin hablar de ello, fingiendo que no pasa nada?

El suspiro de Zach arrastraba una pesadez infinita.

—¿Qué quieres que diga? ¿Que no sé qué me posee cuando te toco? ¿Que te deseo más allá de toda razón? Eso ya lo sabes. Quiero verte empapada en sudor, suplicando clemencia y gritando mi nombre cuando te follo. Quiero que pierdas la cabeza, que te

vuelvas loca por mí. Y después quiero que lo repitamos una y otra vez hasta que alguno de los dos se desmaye.

Un escalofrío helado le erizó la piel.

—Lo que quiero saber es por qué eso te hace infeliz.

—Quizá porque nunca me había sentido así. Y me aterra.

Ella contuvo el aliento. Se apartó un poco y buscó su mirada.

Los ojos grises, oscurecidos, se hundieron en los suyos, dejándole ver la verdad de sus palabras. Su corazón latía con un ritmo distinto, más profundo, más perturbador que el del sexo salvaje que acababan de compartir contra la pared del callejón.

Zach Savage le estaba mostrando una parte de su alma. Y aquella certeza la hizo tambalearse.

—Zach…

Él inspiró despacio, con un temblor apenas perceptible.

—He sido tu esclavo desde el momento en que te vi. Nada me complace más que verte sonreír, reír, ser feliz. Siento que mi torpeza esta noche te haya hecho sentir celos. Pero, incluso cuando miraba a otra mujer, estaba pensando en ti. Eso es lo que me has hecho, cariño. Y sí, me asusta como nada me ha asustado jamás.

Aquello la dejó sin habla. Lo dijo con una sencillez capaz de desarmarla, sin dramatismos. Pero nadie la había puesto en primer lugar antes. Nunca. Y no sabía muy bien cómo manejarlo.

Aún trataba de procesarlo cuando él la rodeó por la cintura.

—Ahora di algo antes de que me vuelva loco.

—Creo que me estoy enamorando de ti —confesó de golpe.

Él se quedó helado, los labios entreabiertos, las aletas de la nariz tensas mientras palidecía un poco.

—Jesús… —susurró al fin.

El corazón de Bethany se le subió a la garganta.

—¿Eso es un Jesús bueno o un Jesús muy malo?

Él negó despacio.

—Es un «Jesús-no-lo-veía-venir».

La risa ahogada de Bethany lo hizo alzar una ceja.

—¿En serio? Eres uno de los hombres más fascinantes y sexis del planeta. Desde que nos conocimos has sido como un huracán de fuerza diez, Zach. Me he aferrado a ti con uñas y dientes para intentar sobrevivir.

Él frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—De que me sorprende que ni siquiera seas consciente de lo increíble que eres.

—Si te refieres al sexo…

—Me refiero al sexo, y también a las cosas que me dices, a cómo me cuidas, a lo que hiciste por mí ayer. Claro que hay mucho que quiero saber, pero lo que ya sé hace que sea muy fácil enamorarme de ti.

Sus párpados bajaron, ocultando su expresión.

—No te precipites, Bethany. Puede que a la larga no esté a la altura de tus expectativas.

El tono duro y seco de su voz le recorrió la espalda como un hilo de miedo.

—¿Por qué dices eso?

Él negó con la cabeza.

—Hay cosas sobre mí que no sabes, cosas que no puedo contarte…

—Puedes contarme cualquier cosa, Zach.

El todoterreno dio un pequeño salto al pasar sobre un bache. Zach apartó la mirada. Bethany observó su perfil endurecido, la mandíbula apretada mientras exhalaba con brusquedad y negaba de nuevo.

—No, no puedo. Prefiero que te alejes de mí por lo que no te digo que por algo que te haga odiarme.

El aire se le quedó atascado en el pecho.

—¿Crees que lo que escondes me haría dejarte? ¿Qué te dije esta mañana en tu despacho?

Sus labios se tensaron.

—Que la única manera de hacerte infeliz sería alejarme de ti.

—Exacto. Y si ya estás anticipando que te voy a dejar, ¿en qué lugar nos deja eso?

Él volvió a mirarla y le acarició la cara con la mano justo cuando el coche reducía la velocidad.

—Esto no es algo pequeño, Bethany. Es enorme, y no puedo arriesgarme a que nos destruya. Significas demasiado para mí. Y sí, sé que suena egoísta, pero dame un poco más de tiempo, cariño. Por favor.

El corazón le latía con fuerza, resonando en sus oídos.

—No puedo esperar eternamente, Zach.

—Lo sé, y te lo agradezco. —Se inclinó hacia ella y la besó con una ternura reverente—. Gracias.

Entraron en la casa y subieron al dormitorio. En la ducha, él la lavó con la misma devoción con que la había besado.

Pero el deseo entre ambos seguía siendo tan intenso como en el callejón, y pronto la atmósfera del baño se volvió sofocante, cargada de pasión. Antes de que el fuego la consumiera del todo, Bethany se apartó.

—Hagamos un trato.

La sospecha nubló sus ojos.

—No, si piensas intentar otra vez lo del cinturón.

—¿Cómo podría? Lo redujiste a cenizas, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. Pero ya has demostrado lo ingeniosa que puedes ser. Bethany, estoy bastante seguro de que la cagaré antes de acertar con algunas cosas. Solo te pido que no me castigues de esa forma.

El dolor reflejado en sus ojos la dejó sin aliento.

Bethany le acarició el rostro, disfrutando de la aspereza de la barba incipiente bajo su palma.

—Fueron menos de cinco minutos, Zach.

Un temblor profundo recorrió su cuerpo.

—Me parecieron una jodida eternidad.

—Oh, cariño.

Se inclinó hacia él con la intención de besarlo, de aliviarlo con un roce de labios, pero su mano la sujetó con firmeza. Al alzar la vista, Bethany vio en sus ojos una determinación que no admitía réplica.

Él quería oír la promesa. Nada menos lo satisfaría. Ese hombre que lo tenía todo parecía necesitarla con una pasión capaz de arrasarlo todo cada vez que la tocaba.

—Te lo prometo —susurró ella—. No volveré a mantenerme alejada de ti así, nunca más.

El ancho pecho de Zach se relajó con un suspiro profundo. Cuando sonrió, pareció más joven, y el brillo travieso que encendió sus ojos hizo que a Bethany se le encogiera el corazón.

—Gracias. Es por tu propio bien, ya lo sabes.

—No te pongas chulo, Savage. Te acabo de hacer una promesa de corazón, así que cuidado con lo que haces.

—Sí, pero tú nunca rompes tus promesas. Es de las primeras cosas que aprendí sobre ti. Y cuando he dicho que era por tu bien, me refería a que vi lo mucho que te afectaba mantenerte lejos de mí. Ese dulce cuerpo tuyo necesita atención constante y delicada. Y necesito saber que puedo dársela siempre que sea necesario.

—¿Ah, sí? ¿Y desde cuándo te has vuelto imprescindible para mí?

—Soy imprescindible para ti, igual que tú lo eres para mí. Solo la idea de no tenerte me mata. Te necesito.

La besó.

Bethany vivía en la ciudad más cosmopolita del mundo, y sin embargo nunca había conocido a nadie capaz de provocar semejante torbellino de emociones solo con palabras, como lo hacía Zachary Savage.

—¿En qué piensas? —murmuró él contra sus labios.

—Pienso que aún no hemos hablado de mi trato.

Zach se apartó y la miró con seriedad repentina.

—Sé lo que quieres, y acepto —soltó de golpe, como si las palabras le quemaran la boca.

—¿De verdad aceptas contarme un detalle sobre ti cada día?

—¿Te refieres a cosas como mi número de zapato o cómo coloco mis cosas cuando me visto? —bromeó, aunque la cautela seguía en su mirada.

Ella le dio un golpe suave en el brazo y obtuvo a cambio un beso rápido y firme.

—No, estoy bastante segura de que ya sé ambas respuestas. Me refiero a que, hasta que estés listo para contarme eso tan grande que podría separarnos, me digas cosas como quién fue tu amor de instituto, qué hiciste con tu primer sueldo… ese tipo de cosas.

Él apagó la ducha, tomó una toalla y la envolvió con ella.

—La de hoy es fácil: no tuve ningún amor de instituto.

—Oh —murmuró ella, siguiéndolo hacia el dormitorio—. ¿Ni siquiera uno pequeño?

Él la miró por encima del hombro y sonrió.

—¿Cuenta la natación?

—No, no cuenta. —Frunció los labios en un mohín.

—Siento decepcionarte, cariño. —Se sentó al borde de la cama y le hizo un gesto con la mano—. Ven aquí.

El corazón de Bethany palpitó con deseo, necesidad y… amor, mientras se acercaba. Con movimientos lentos, él la secó y luego retiró las sábanas.

Ella se deslizó entre ellas, y él la siguió.

Hicieron el amor despacio, con ternura, con una intensidad tan profunda que las lágrimas le llenaron los ojos. Él las borró con los dedos, murmurando palabras suaves mientras la acunaba contra su pecho. Bethany suspiró, se acurrucó en él y dejó que el ritmo constante de su corazón la arrullara hasta quedarse dormida.

Despertó en mitad de la noche con el estómago encogido por la ansiedad.

El espacio de Zach estaba vacío y frío, igual que la noche anterior. Intentó no pensar demasiado en por qué se había marchado del lecho a esas horas, se puso la bata y abrió la puerta del dormitorio.

El pasillo estaba en penumbra y la casa, en silencio. ¿Habría bajado para atender otra llamada de trabajo?

Regresó al dormitorio. La puerta del balcón estaba entreabierta; fue a cerrarla, pero, por un impulso repentino, salió al exterior. Los grillos cantaban en la noche templada y el aire olía a especias exóticas. Se abrazó a sí misma y respiró hondo.

Guiada por una intuición que no sabía explicar, volvió a recorrer la terraza hasta el punto donde Zach la había encontrado horas antes y se quedó mirando el montículo de rocas frente a la pequeña tienda beduina. Mientras observaba, una luz se encendió dentro de la tienda. El aliento se le quedó atrapado al ver una sombra conocida recortada contra la tela.

Mil preguntas se agolparon en su mente mientras permanecía inmóvil, incapaz de apartar la vista.

¿Qué demonios hacía allí fuera, solo, en mitad de la noche?

La inquietud le creció en el pecho. Más que nada, deseaba bajar corriendo y exigirle una explicación. Pero se obligó a aferrarse a la barandilla.

Le había prometido darle tiempo. Él había aceptado responderle una pregunta al día. Presionarlo más podría hacer que se cerrara del todo, y eso era lo último que quería.

La sombra se movió, y Bethany dio un paso atrás. Zach salió de la tienda, con la cabeza gacha y una tensión en los hombros que nunca le había visto. Bajo la camiseta blanca, su cuerpo parecía más rígido, sus movimientos, pesados, desprovistos de su habitual elegancia felina.

Bethany regresó deprisa al dormitorio y se metió en la cama. El corazón le golpeaba con fuerza mientras aguardaba. Pero una hora después, él seguía sin volver.

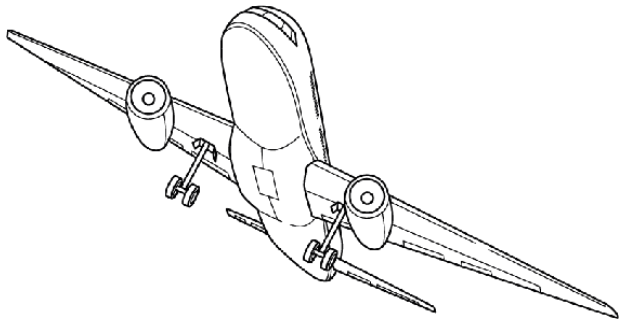
La idea de que estuviera ahí fuera, enfrentándose a los demonios que lo atormentaban, la impulsó a levantarse de nuevo. Abrió la puerta dispuesta a bajar, cuando un resplandor bajo la puerta al final del pasillo llamó su atención.

La sala de los juguetes.

Con la boca seca, se acercó y giró el pomo.

Zach se volvió bruscamente hacia ella, con la mano aún alzada sobre una de las correas de cuero que colgaban de la cruz de San Andrés.

Capítulo 20



—Bethany… —susurró él.

El dolor emanaba de su cuerpo en oleadas tan intensas que la golpearon de lleno. De no haber estado agarrada al pomo de la puerta, se habría tambaleado hacia atrás.

—Dime qué necesitas, Zach —suplicó ella—. Dime cómo puedo ayudarte.

La áspera exhalación que brotó de él sacudió todo su cuerpo. Sus ojos atormentados se clavaron en los de ella desde el otro extremo de la habitación, cargados de exigencias mudas, de palabras que no se atrevían a salir.

Horas antes, Bethany había planeado usar el sexo para arrancarle a Zach lo que necesitaba de él. Pero, después de lo ocurrido en el callejón, había descartado la idea: utilizar el deseo como moneda de cambio pondría en riesgo todo lo que tenían. El sexo era lo más valioso que compartían. Por ahora.

Aunque comprendió que no necesitaba usarlo como arma, sino como lenguaje. Podía comunicarse con el hombre del que se había enamorado. Con el hombre sin el que ya no estaba segura de poder vivir.

Soltó el pomo y cerró la puerta con suavidad.

Era hora de apostar el todo por el todo.

Cruzó la estancia hasta quedar a un paso de él. Muy despacio, se desató el cinturón de la bata y la dejó caer al suelo.

El jadeo de Zach fue entrecortado, desgarrado por hilos de deseo.

Con el corazón desbocado, Bethany extendió la mano y rozó su mandíbula con la yema de los dedos.

—Enséñame cómo puedo ayudarte, Zachary.

Él tragó saliva con fuerza y negó despacio.

—No puedo. No quiero perderte.

—No me vas a perder. Te lo prometo.

—No. —Su voz fue un látigo—. No hagas promesas que no puedas cumplir. He aprendido a golpes que nada dura para siempre. Dices que crees estar enamorada de mí…

—No lo creo. Lo sé. Te quiero, Zach.

Retrocedió como si le hubieran disparado. Estaba pálido y sacudía la cabeza una y otra vez, rechazando aquellas palabras que se interpusieron entre los dos como un guante ardiente.

—No. Lo que sientes no es amor. Es solo tu cerebro reaccionando al buen sexo.

Fue ella quien se estremeció entonces. El frío la envolvió y dejó caer las manos de su rostro.

—No menosprecies mis sentimientos.

—Solo digo los hechos, según mi experiencia.

—¿Según tu experiencia? No te atrevas a decirme cómo me siento.

—Bethany…

—No. Si no quieres mi amor, está bien. No, en realidad no está bien. Vas a tener que darme una razón de peso para rechazarlo, porque cada vez que me miras, veo cuánto me deseas.

—Y es verdad —murmuró con voz ronca—. Te deseo más que… — Negó con la cabeza.

—Y aquí estoy, justo delante de ti. No quieres que me marche, pero intentas rebajar lo que tengo que darte. ¿Qué demonios quieres de mí, Zach?

Él apretó los puños a los lados del cuerpo, igual que la primera vez que se conocieron, como si contuviera un impulso incontrolable. Su calor la envolvía, marcándole la piel.

—Algo que no tengo derecho a pedir.

—Inténtalo de todos modos.

—Quiero tiempo. Mucho tiempo. Y tu fe en que, ocurra lo que ocurra, no te haré daño. No de forma deliberada.

—¿Y mi amor? ¿Qué se supone que debo hacer con él? —preguntó ella.

—Úsalo para quedarte. Úsalo para comprender que no puedo contarte mi pasado como si fuera un libro abierto.

Bethany tembló ante la oscuridad que oía en su voz. Más que nada en el mundo, quería acercarse, abrazarlo y dejar que lo único que siempre había sido perfecto entre ellos se impusiera una vez más.

Pero necesitaba más. Solo un poco más.

—Es de día, un nuevo día. Hora de otra pregunta.

Zach cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, agotado. Sin abrirlos, asintió.

—Cuando me dijiste que no tenías familia de la que quisieras hablar, ¿a qué te referías?

La tensión le recorrió los brazos; los bíceps se le endurecieron con el esfuerzo de mantener los puños cerrados.

—Mi madre vive en Luisiana. No hablo con ella desde hace más de diez años.

—¿Por qué?

—Porque ese fue el momento en que acepté que, por mucho que quisiera negarlo, ella nunca sería la persona que yo necesitaba que fuera —murmuró con voz ronca, y el dolor que emanaba de él tenía tal intensidad que a Bethany le dolió en el estómago.

—Lo siento, Zach.

Abrió los ojos, y el destello implacable que brilló entre la pena la dejó sin aire.

—No lo sientas. Sabía que era tóxica mucho antes de apartarla de mi vida.

—Dios… ¿Qué te hizo?

—¿A mí? Nada. El problema fue lo que se hizo a sí misma. Lo que permitió que otros le hicieran.

—¿Qué quieres decir con…?

La detuvo posando un dedo sobre sus labios.

—No. Ya he respondido a tu pregunta. Lo que significa que el interrogatorio se ha acabado por hoy. Y también que te tengo conmigo otro día más. —Su dedo se deslizó lentamente sobre su boca, y ella notó que temblaba—. Te necesito, Bethany.

La súplica desnuda en su voz, en su mirada, le llenó la garganta de lágrimas.

—Ya me tienes —respondió simplemente, con la esperanza de que el amor que sentía bastara para curarle, aunque fuera un poco.

El aliento de Zach se quebró al salir. Le levantó el mentón con un dedo y la miró a los ojos.

—Si te hago mía esta noche, no puedo prometerte que seré delicado. ¿Está bien para ti?

La emoción le ardía en el pecho, mezclada con la excitación.

—Sé que no me harás daño.

Él la rodeó con un brazo, pegándola contra su cuerpo duro.

—Jamás te haré daño, globitos. No intencionadamente.

Ella asintió, y su mirada se desvió hacia la estructura que tenía detrás.

—Pero ahora mismo quieres atarme a una cruz, ¿verdad? —preguntó con voz ronca, la excitación evidente.

Él esbozó una sonrisa ladeada, con un punto de vergüenza.

—Nunca había pensado en lo que significaba controlar… ni en lo que se siente al perder el control, hasta que te conocí. Ahora me tocas y siento que pierdo la cabeza.

—Yo siento lo mismo.

Zach se inclinó hasta que sus frentes se rozaron.

—Hoy ha sido… un día difícil.

—Lo sé —susurró ella.

—Dame esto —susurró él, girándola hasta que la espalda de Bethany tocó la cruz—. Ayúdame a mantener los pies en la tierra,

¿sí?

Un estremecimiento la recorrió al sentir los remaches de hierro frío contra su piel desnuda. El rostro de Zach se encendió de deseo cuando su mirada descendió hasta sus pezones, que se endurecían bajo la caricia invisible de su atención. Sus labios se entreabrieron y la punta de su lengua asomó para humedecer el labio inferior.

Saber que él estaba tan atrapado como ella en el mismo torbellino de emoción y deseo le dio el valor necesario para dar el paso final.

Gratitud, asombro y anticipación se reflejaron en el rostro de Zachary cuando Bethany levantó lentamente las manos hacia él.

Él las sujetó y aseguró por encima de su cabeza, ajustando las correas de cuero lo justo, sin apretar. Después, dejó que sus dedos bajaran por el brazo de ella y recorrieran sus costados desnudos, provocándole un espasmo de necesidad y una punzada de ansiedad que le revolvió el estómago.

Dios, había traspasado todos los límites de su zona de confort; resultaba casi absurdo. Pero confiaba en Zach. Sabía que allí no pasaría nada que ella no deseara.

—Ponte de puntillas, cariño. —Su voz grave y ronca vibró en el aire mientras se agachaba frente a ella, una mano lista para sujetarle el tobillo.

Mordiéndose el labio, Bethany colocó los pies sobre el pequeño saliente. Él aseguró las correas con rapidez y se irguió sobre ella.

Le acarició la mejilla con un dedo, su mirada era intensa.

—Dime cómo te sientes.

—Me siento indefensa y poderosa al mismo tiempo —jadeó.

—Perfecto. Significa que no te rendirás fácilmente.

—¿Rendirme a qué?

—A esto. —Inclinó la cabeza y atrapó un pezón en su boca, mordiéndolo después con fuerza.

—¡Zach! —El grito se le escapó de la garganta mientras el fuego le estallaba en el vientre.

Ya estaba empapada antes de que él se volviera hacia el otro pecho para repetir la caricia.

Sus manos tiraron de las ataduras, recordándole lo indefensa que estaba. Pero cada tirón le traía una nueva oleada de placer, no de miedo.

Zach empezó a levantar la cabeza. Ella gimió, protestando.

—No. Más.

La sonrisa lenta y satisfecha que se dibujó en su rostro le tiró del corazón. Repitió la acción, cerrando los ojos para concentrarse mientras ella se retorcía bajo la oleada de placer.

Cuando alzó la cabeza, el control había vuelto por completo a él.

Zachary Savage estaba en su elemento.

El hombre devorado por el tormento había desaparecido, y en su lugar quedaba el maestro del placer, el amante experto que dominaba cada detalle.

La chupó con fuerza, la lamió con pasadas lentas hasta dejarla al borde del orgasmo.

Entonces se apartó. Desde detrás, le apartó el pelo y le cubrió la nuca de besos ardientes.

Rodeándola, le acarició un pecho y dejó que la otra mano descendiera por su vientre. Se detuvo justo sobre el pubis.

—¿Quieres que te toque aquí, globitos? —le susurró al oído.

—Sí.

—Primero dime lo mojada que estás —ordenó con voz áspera.

—Mucho… Me estoy derritiendo. Te necesito, Zach. —Su voz se quebró en un sollozo.

Él tembló a su espalda y la acarició con rudeza.

—Ahí está tu poder, Bethany. No sabes cuánto deseo tomar lo que me ofreces.

—Tómalo. Es tuyo.

Zach dejó caer la cabeza entre sus omóplatos, respirando con dificultad.

—Dios, Bethany, no sabes lo que me haces. Estar contigo lo intensifica todo, me hace querer agarrar la vida por los huevos y exprimirla hasta la última gota de felicidad. Es más de lo que he

querido en mucho tiempo. No quiero contenerme. No me pidas que me contenga. No puedo. No contigo.

—Te quiero —repitió ella, porque no podía callárselo, porque necesitaba que él lo supiera, para ayudarlo a luchar contra sus demonios, aunque solo fuera por un rato—. Te quiero, Zach.

Las lágrimas le resbalaron por las mejillas. Tras ella, oyó un gemido ronco de dolor.

De pronto, él la soltó y rodeó la cruz hasta quedar frente a ella.

La miró, con los ojos cargados de emociones turbulentas, antes de cubrirle la boca con un beso feroz. La besó hasta hacerle daño; su lengua exigía dominio sobre la de ella y quería ganar.

Cuando el aire los obligó a separarse, apenas les concedió un segundo. Volvió a besarla. Sus manos la sujetaron con fuerza posesiva, una fuerza que sabía que le dejaría marcas.

Pero a Bethany no le importaba. Solo quería su sexo duro y palpitante entre las piernas y a Zach tan perdido en el placer que olvidara su dolor.

—Te quiero.

Él se estremeció de nuevo ante la confesión.

—Bethany…

—Sí. Por favor.

Él se aferró al pene y lo acarició desde la base hasta la punta. Una gota de líquido perló su extremo, haciendo que el deseo le desgarrara las entrañas. Acercándose, le sujetó las caderas y se hundió en ella de un solo empuje.

Su gemido conjunto resonó por la habitación. Un temblor los recorrió mientras la primera oleada de placer se disipaba apenas un poco. Pero era solo la calma antes de la tormenta que llevaba horas gestándose.

Sus testículos golpeaban contra sus nalgas en cada arremetida. A pesar de la ligera ventaja de altura que le daba el saliente, la fuerza de su embestida la levantaba del suelo.

El placer, indescriptible, le atravesó el cuerpo como un grito.

—Zach… —sollozó, sintiendo el clímax acercarse a toda velocidad.

Él la penetraba sin descanso, devorándole la piel con la boca: las mejillas, el cuello, la parte interna del brazo.

—Joder, no… No tengo suficiente de ti. No puedo… —gruñó—. No me dejes nunca, Bethany. Por favor.

—No lo haré… No lo haré… Oh, Dios… —gritó cuando el orgasmo estalló desde su coño.

—Cariño…, globitos… —oyó su gemido gutural antes de sentir cómo la llenaba, oleadas calientes de semen inundándola con cada espasmo.

Él le acarició la piel con suavidad hasta que sus respiraciones se calmaron y, estirando el brazo, le liberó las manos.

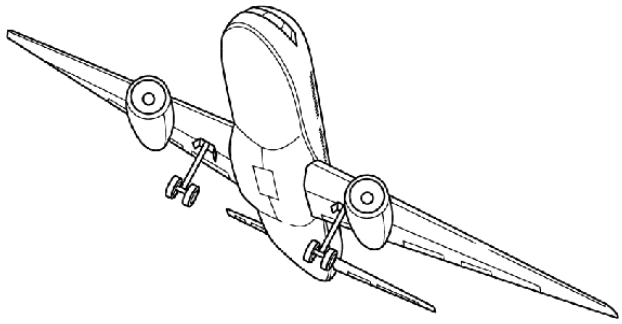
Abrazada a su cuerpo aún ardiente, Bethany sintió cómo la invadía una paz tenue. No se engañaba creyendo que duraría, pero la acogió igualmente, aferrándose a ella con todas sus fuerzas.

Cuando la liberó por completo y la llevó en brazos hasta la camilla, Bethany no ofreció resistencia. Hicieron el amor de nuevo allí, y luego él la sujetó al columpio. Cuando finalmente la acomodó en el sillón sin artilugios, apenas podía moverse.

En algún momento, antes de que la mañana se deslizara hacia la tarde y esta se fundiera en otra noche cargada de ansiedad, Zach la tomó de nuevo y la llevó a su suite. Pidió que les subieran una bandeja de comida.

Comieron, se ducharon y regresaron a la cama. Allí, él la acurrucó contra su pecho, rodeándola con los brazos, y se quedó dormido.

Capítulo 21



El sonido de un gemido la despertó. Giró la cabeza y contuvo la respiración cuando otro gemido se escapó de los labios entreabiertos de Zach.

No parecía atrapado en una pesadilla, pero lo que fuera que soñaba era lo bastante vívido para provocarle una reacción intensa. Sonrió… y luego frunció el ceño.

Levantó una mano, como si saludara a alguien, y después la dejó caer pesadamente. De pronto se giró, dándole la espalda.

—Fa… —murmuró.

Bethany alzó la mano para tocarlo, pero él se movió otra vez y volvió a quedar frente a ella.

La sonrisa bienaventurada que se dibujó en su rostro le robó el aliento. De nuevo, alzó la mano, y esta vez sus dedos se movieron en una caricia suave, como si estuviera tocando algo… o a alguien.

El dolor que la atravesó fue tan irracional como imposible de acallar.

—Zach.

Por egoísta que sonara, no quería que él estuviera atrapado en un sueño con otra persona mientras ella estaba allí, a su lado.

Su cabeza dio un respingo, pero no despertó.

—Farrah —susurró al exhalar, con un largo suspiro—. Farrah.

Bethany se quedó helada. Su mente bullía con cientos de pensamientos.

Farrah.

Frunció el ceño. El nombre le resultaba familiar. Era lo bastante inusual como para saber que no lo había oído mal.

Farrah.

Aspiró bruscamente cuando el recuerdo de dónde lo había visto se encendió en su mente. Una ola de frío y de mal presentimiento la invadió.

Se deslizó fuera de la cama, se puso una camiseta que había quedado tirada y salió de la habitación. Era demasiado temprano para que el personal estuviera despierto, lo cual era una suerte: no quería testigos de su caída en la desesperación y la locura.

Abrió las puertas francesas y salió a la terraza.

La vista de las piscinas poco profundas y las más hondas que rodeaban la casa hizo que su ansiedad se disparara. La apartó con esfuerzo y rodeó el edificio hasta llegar a la larga losa de piedra que cruzaba el estanque más bajo.

Con el corazón martilleándole, fijó la vista en su objetivo y avanzó por la pasarela hasta la estructura de la que había visto salir a Zach la noche anterior.

De cerca, observó que las rocas habían sido alisadas hasta quedar con formas oblongas y regulares. También vio una gruesa vela multicolor encendida a un lado, que desprendía un aroma a jazmín y eucalipto en el aire fino de la noche.

Su corazón subía y bajaba, su pulso latía frenético mientras daba un paso más.

Allí, grabado en la piedra más grande, estaba el nombre que acababa de oír en los labios del hombre al que amaba. Del hombre al que había creído que algún día podría pertenecerle tanto como su corazón le pertenecía a él.

Farrah.

—Bethany. —Su nombre resonó detrás de ella, mitad súplica, mitad orden.

Se volvió bruscamente.

Zach estaba de pie a su espalda, solo con unos bóxeres que se había puesto a toda prisa.

Era tan hermoso a la luz de la luna, tan sobrecogedoramente perfecto. Y, comprendió con un frío pinchazo de realidad, tan irremediablemente fuera de su alcance. Aun así, no pudo apartar la mirada ni negar a su corazón una última oportunidad de detener el quebranto que sabía inminente.

—¿Qué es este lugar? —preguntó.

Él negó despacio, con los ojos intensos y prohibitivos.

—No me lo preguntes, Bethany. Por favor.

—No puedo evitarlo. —Su voz tembló.

El pecho de Zach subió y bajó con una exhalación temblorosa. Y esperó.

—¿Quién es Farrah, Zach? —preguntó ella, aunque en el fondo de su alma ya sabía que debía de ser una antigua amante. O algo más.

Bethany recordó haber visto aquel nombre en un periódico, en París. Pero, al estar junto a muchos otros, no había tenido forma de imaginar su significado.

Ahora estaba a punto de averiguarlo.

—Farrah era mi esposa —dijo él por fin—. Estuvimos casados un solo día. Luego… la maté.

Sobre la autora

Zara Cox escribe romance spicy, con intensas historias de amor protagonizadas por millonarios, entre ellas la serie *Deseo en las alturas*.

Chic Editorial te agradece la atención dedicada a Deseo en las alturas, de Zara Cox. Esperamos que hayas disfrutado de la lectura y te invitamos a visitarnos en www.chiceditorial.com, donde encontrarás más información sobre nuestras publicaciones.

Si lo deseas, también puedes seguirnos a través de Facebook, Twitter o Instagram utilizando tu teléfono móvil para leer los siguientes códigos QR:









Primera edición: febrero de 2026
Título original: *Mile High Addiction*

© Zara Cox, 2013
© de la traducción, Isabel fuentes, 2026
© de esta edición, Futurbox Project S. L., 2026
Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial de la obra.
Ninguna parte de este libro se podrá utilizar ni reproducir bajo ninguna circunstancia con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. Esta obra queda excluida de la minería de texto y datos (Artículo 4(3) de la Directiva (UE) 2019/790).

Diseño de cubierta: Taller de los Libros
Imagen de cubierta:
Corrección: Teresa Ponce

Publicado por Chic Editorial
C/ Roger de Flor, n.º 49, escalera B, entresuelo, oficina 10
08013, Barcelona
chic@chiceditorial.com
www.chiceditorial.com

ISBN: 978-84-19702-82-1
THEMA: FRD
Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Tabla de contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Sobre la autora



Cosas que nunca dejamos atrás

Score, Lucy
9788417972912
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Si hay algo que tiene claro, es que no es su tipo. Para nada.

Knox prefiere vivir su vida tal y como se toma el café: solo. Pero todo cambia cuando llega a su pueblecito un terremoto llamado

Naomi, una novia a la fuga en busca de su gemela, de la que lleva años sin saber nada. Lástima que su hermana le robe el coche y el dinero y la deje a cargo de una sobrina que no sabía que existía. Al ver cómo la vida de Naomi se va al traste, Knox decide hacer lo que mejor se le da: sacar a la gente de apuros. Después, volverá a su rutina solitaria… O ese es el plan.

El gran fenómeno del año en BookTok con más de 30 millones de visualizaciones

Lucy Score ha vendido más de 6 millones de ejemplares

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cosas que dejamos en el olvido

Score, Lucy
9788419702128
648

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los chicos malos no tienen finales felices, ¿verdad?

Lucian Rollins es un despiadado hombre de negocios que no teme a nada ni a nadie, excepto a Sloane Walton, la descarada bibliotecaria

de Knockemout. A ambos les une un antiguo secreto, pero las raras veces en que hablan, siempre acaban discutiendo. ¿Por qué se llevan tan mal?

Ahora, el padre de Sloane acaba de fallecer y la bibliotecaria está devastada. Lucian deja a un lado su orgullo y acude a Knockemout para ayudarla a ella y a su familia en todo lo que necesiten.

Sloane y Lucian empiezan a pasar más tiempo juntos, y la llama del deseo no tarda en arder… Si Lucian y Sloane juegan con ese fuego, ¿acabarán quemándose?

Número 1 en el *New York Times*

El gran fenómeno del año en BookTok

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Cosas que ocultamos de la luz

Score, Lucy
9788419702043
576

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Los chicos buenos no se enamoran de las chicas malas, ¿verdad?

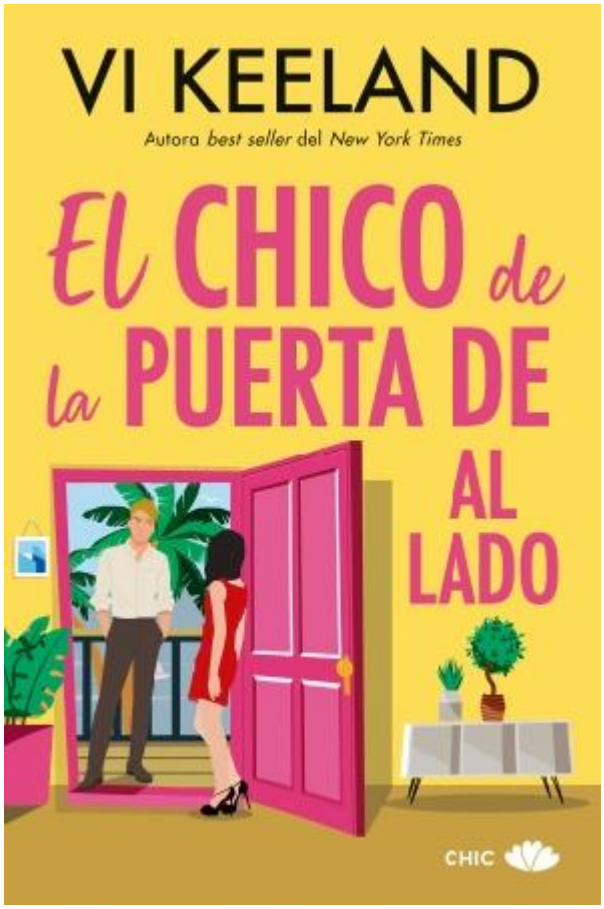
Nash siempre ha sido el bueno de los dos hermanos Morgan. Es el jefe de policía de Knockemout y se está recuperando de un balazo. Desde entonces, aunque se empeña en ocultárselo a todo el mundo, su encanto sureño se ha visto ensombrecido por ataques de pánico y pesadillas.

Lina Solavita acaba de mudarse a Knockemout y es la nueva vecina de Nash. Inteligente y *sexy,* es la única que ve las sombras que oculta el jefe de policía. A Lina no le gusta el contacto personal, pero, por alguna razón, el tacto de Nash es diferente. Él también lo nota. Lástima que Lina tenga sus propios secretos y, si Nash descubre la verdadera razón por la que está en el pueblo, no se lo perdonará. Pero cuando Nash por fin decide lanzarse a por Lina, no se rendirá… incluso aunque tenga que enfrentarse a un peligro que casi acaba con él.

Número 1 en el *New York Times*

El gran fenómeno del año en BookTok

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El chico de la puerta de al lado

Keeland, Vi
9788419702463
324

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces, las mejores sorpresas se encuentran a la vuelta de la esquina

Valentina tiene treinta y siete años y está divorciada. Su mejor amiga cree que ha llegado el momento de que vuelva a salir con alguien y le crea un perfil en una red de citas. A escondidas. A Valentina no le hace ninguna gracia, claro, pero la curiosidad es poderosa y empieza a chatear con un chico. Es divertido, atento… pero también demasiado joven, solo tiene veinticinco años.

Cuando deciden tener una cita, las cosas no van como Valentina esperaba. Es muy atractivo, desde luego, pero ¡resulta que es Ford Donovan, el hijo de sus vecinos de la casa de verano! ¿Se atreverán a romper las reglas y darle una oportunidad al amor?

Una novela adictiva de la autora *best seller* del *New York Times* y el *USA Today*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El juego

Keeland, Vi
9788419702425
342

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Por qué lo prohibido siempre resulta tan tentador?

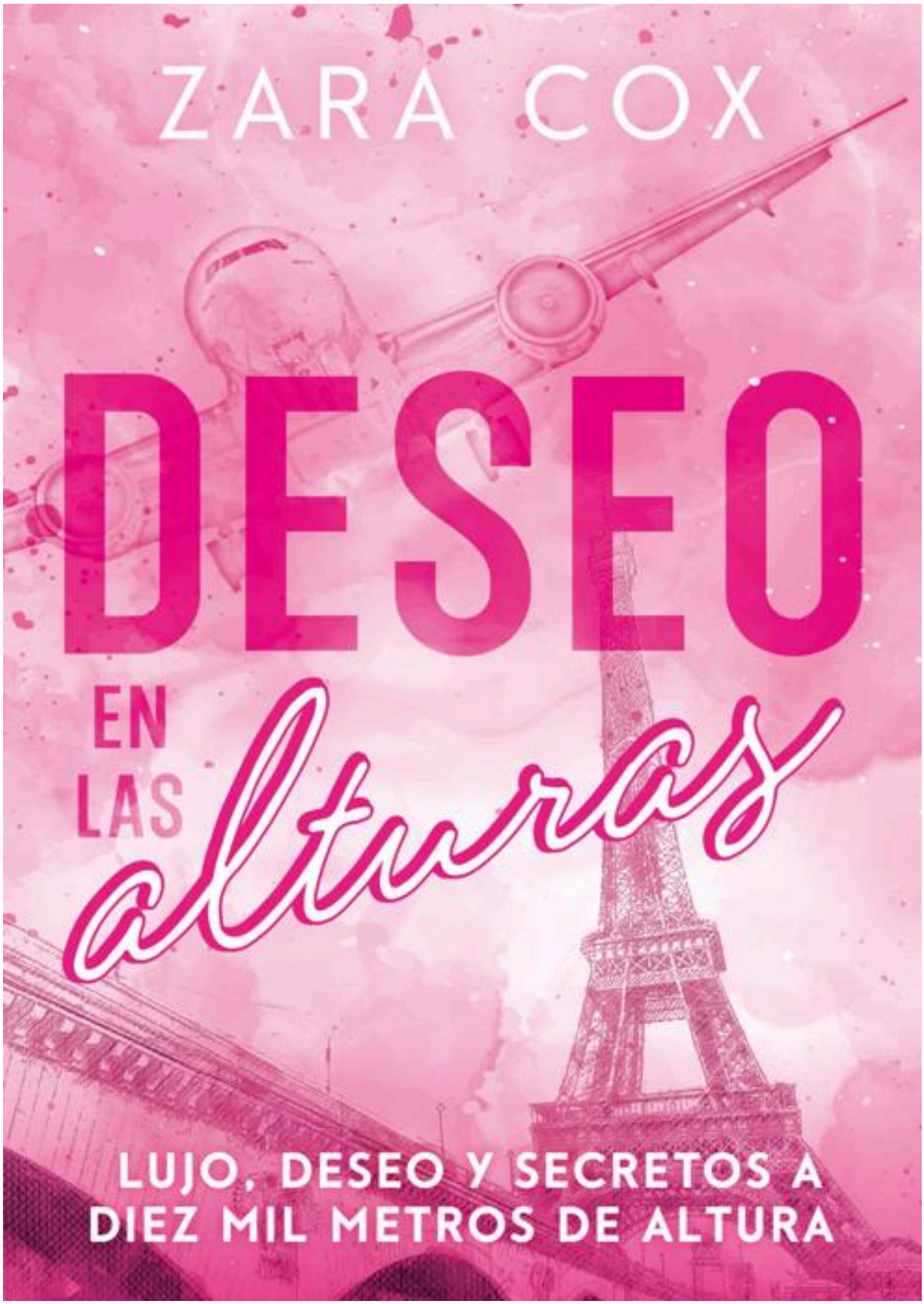
Bella Keating es una experta en algoritmos y, en su tiempo libre, está desarrollando una fórmula para encontrar a su pareja ideal…

Hasta que un día hereda un equipo profesional de la NFL de un padre al que nunca conoció.

Aunque la herencia por sorpresa supone un gran reto, lo que realmente le rompe los esquemas es la insistente presencia del *quarterback* del equipo. Christian Knox es guapo, seductor y su algoritmo diría que no son nada compatibles. Pero ¿quién dijo que la ciencia nunca se equivoca?

Una novela adictiva de la autora *best seller* del *New York Times* y el *USA Today*

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


ZARA COX
DESEO
EN LAS
alturas
LUJO, DESEO Y SECRETOS A
DIEZ MIL METROS DE ALTURA